

# La interpretación franquista de Joan Maragall

Adrián Presas Sobrado

Director: Carles Santacana Torres

Master en Història Contemporània i Món Actual

Universitat de Barcelona – Facultat de Geografia i Història

Curso 2013 - 2014

## Índice

Introducción: objetivos y fuentes .....	2
Los fundamentos políticos de la dictadura .....	6
Poder político, economía y represión cultural.....	8
La política en la ciudad de Barcelona .....	15
La literatura española de la posguerra.....	21
Los orígenes y los precursores .....	21
La literatura española de posguerra.....	26
El debate sobre el «Ser de España».....	29
La inclusión de la cultura catalana en el programa franquista .....	36
El cambio de los años 50: nuevos paradigmas, evolución de ideas .....	37
Los actos de homenaje a Joan Maragall.....	45
La Junta de Homenaje a Juan Maragall.....	48
El discurso inclusivo de Maragall .....	55
<i>Homenaje de Cataluña liberada: un primer intento de inclusión</i> .....	55
Los discursos de la Biblioteca Central .....	56
Las lecturas de la prensa.....	63
Pedro Laín: Maragall y la Generación del 98.....	68
El discurso de la intelectualidad catalana.....	72
Josep Pla: Maragall y el «gracejo».....	73
Josep Benet: «El nostre» Joan Maragall.....	74
Criterion: El mensaje y la estética maragalliana .....	78
Conclusiones .....	84
La lectura franquista de Maragall.....	84
La lectura catalanista de Maragall.....	87
Una explicación a la lectura franquista de Joan Maragall.....	89
Bibliografía .....	93

## Introducción: objetivos y fuentes

En el momento de abordar una investigación de tipo histórico, el investigador que se ponga delante del problema que pretende tratar debe tener la capacidad suficiente para formular las preguntas adecuadas, siempre con la máxima honestidad hacia uno mismo y hacia todos aquellos a los que esté destinada la lectura de los resultados de la investigación. En este punto, es necesario valorar de manera correcta cual es la adscripción temática del asunto a tratar –política, economía, sociedad, cultura- y saber dónde están los límites de nuestras fuentes para así, evitar caer en conclusiones precipitadas o poco fundamentadas.

Dentro de la temática de la historia cultural, el estudio que presentaremos en las próximas páginas debemos encuadrarlo en las líneas de la historia de los intelectuales y de la historia de las ideas. Decimos de los intelectuales porque haremos un recorrido por la historia de todos aquellos que tuvieron algo que decir en la evolución cultural de una etapa fundamental para entender la configuración del Estado español: la dictadura franquista. Decimos de las ideas porque podremos comprobar cómo estas van evolucionando y adaptándose a patrones y modelos que llegan de más allá de la frontera montañosa que separa la península Ibérica del Viejo Continente.

El estudio de la figura del poeta catalán Joan Maragall se inserta de manera efectiva en las dos líneas. Digamos dos aspectos que definen hoy por hoy al personaje: intelectual, y con un cuerpo sólido de ideales. La cuestión que se tratará en este trabajo será la lectura que de él pudo haberse producido en los años sesenta del siglo XX, en plena dictadura en un contexto donde las libertades colectivas e individuales estaban, literalmente, sometidas. Haremos también un ejercicio de reconstrucción de la memoria oficial de la dictadura: cuáles eran sus mecanismos de difusión; hasta dónde llegaban sus límites en la tolerancia hacia ciertas manifestaciones culturales; cómo se articulaba el discurso de los intelectuales y cuáles fueron sus bases teóricas; y finalmente, cuál fue la evolución de los preceptos teóricos del franquismo.

Lo que ocurre es que, aunque hablamos de cambio en los paradigmas intelectuales, no podemos olvidar que nos estaremos moviendo en una dictadura. La naturaleza de la misma puede ser objeto de discusión entre historiadores: fascista, totalitaria, fascista con detalles nazistas, autoritaria... Pero lo que no debemos obviar es que fue un régimen que limitó, hasta su desaparición, las libertades individuales; reprimió las manifestaciones

culturales e intelectuales que no se manifestaban acordes a su programa de acción político y social; que ejerció el terror entre aquellos individuos que se atrevieron a contestarle, atacarle o que, simplemente, habían cometido la osadía de tener unas ideas subversivas y que apoyaban, o habían sentido simpatía hacia él, a un régimen constitucional, democrático y legítimo.

Ese era el marco para los intelectuales del régimen. A lo largo de este trabajo se citarán con frecuencia casos de evolución intelectual que les afectan directamente. Mas lo que nunca se podrá decir es que aquellos que formaban parte del «núcleo duro» dejaron a un lado los preceptos totalitarios que fundamentaban el régimen político totalitario. Es decir: nunca dejaron de ser franquistas, bien fuera falangistas, católicos, carlistas o monárquicos. Y en ese contexto, analizaremos la posible lectura franquista de Joan Maragall.

La principal hipótesis con la que trabajaremos se manifiesta en la siguiente pregunta: ¿se produjo una lectura franquista de Joan Maragall? Si la respuesta a esa pregunta fuese afirmativa, deberíamos cuestionarnos sobre otros aspectos: ¿qué es lo más importante que se destaca de Maragall? ¿Por qué se hace una lectura como esa? Y de manera encadenada, y casi obligada por el contexto, ¿existió contestación, o una lectura alternativa, por parte de los sectores catalanistas?

Sobre estos interrogantes pivotará nuestro discurso utilizando todas las herramientas que a nuestro alcance tengamos. A ellas debemos hacer, de manera imperativa, una referencia. Porque el enorme volumen de información y estudios sobre la cultura y los intelectuales durante la dictadura franquista obliga a hacer una lectura gradual de los mismos: de obras de carácter general hacia otras más concretas que ofrezcan un mayor nivel de detalle. Las dos obras que han fundamentado en primer término el trabajo desarrollado son dos volúmenes que recogen sendas antologías de textos, acompañadas de unas excelentes introducciones que hacen la tarea de contextualizar el todo: *Falange y literatura* y *El ensayo español: siglo XX*.

José-Carlos Mainer publicó por primera vez en 1971 su obra en la que recoge fragmentos de los autores «clásicos» del primer falangismo: Ernesto Giménez Caballero, Agustín de Foxá, Rafael Sánchez Mazas, Samuel Ros, Dionisio Ridruejo, Gonzalo Torrente Ballester, y muchos otros. *Falange y literatura* se abre con un prólogo que explica la evolución intelectual del profascismo al fascismo español que servirá después

de 1939 de soporte ideológico al proyecto político que nacerá en España. Mainer publicó, como hemos dicho, esta obra en 1971 por primera vez. Ello implicaba ciertas consideraciones a evitar que han sido subsanadas en una nueva edición de la obra que vio la luz en 2013, lo que permite un mayor detalle en un discurso que se haya libre de cualquier censura. De Mainer es también *La corona hecha trizas (1930 – 1960). Una literatura en crisis* (2005), un compendio de capítulos, que fueron parte de otras obras de carácter colectivo en las que participó el autor, ahora aumentados y que ofrecen una visión estética y temática de la literatura protagonista de su antología antes citada.

Siguiendo la línea marcada por Mainer, Domingo Ródenas y Jordi Gracia elaboraron *El Ensayo español: siglo XX* (2005). Si Mainer se centraba en la novela y en la poesía, Ródenas y Gracia se centran en un género más libre en cuanto a temática y forma: el ensayo. Con una introducción que sobrepasa el centenar de páginas, los autores esbozan un extraordinario recorrido por los fundamentos teóricos de todas las formas de pensamiento de la España contemporánea: la ciencia médica, la política, la sociedad, la historia, la cultura, y un largo etcétera. Con una selección de textos muy cuidada, hacen una lectura desde los orígenes contemporáneos de este género literario en la figura de Miguel de Unamuno, hasta fechas más cercanas a nosotros con escritores y pensadores como Fernando Savater, por ejemplo. Un recorrido evolutivo similar, pero acotado ente 1940 – 1960, realiza Jordi Gracia en *Estado y cultura. El despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo* (1996). En esta ocasión, Gracia ofrece un recorrido por el proceso de adaptación de los intelectuales españoles a las nuevas ideas que llegaban desde Europa, y la adaptación de aquellas en las revistas que tenían permitida su difusión.

Estas dos obras abren un enorme abanico de opciones y posibilidades de consulta que fundamentan el trabajo realizado. Si tuviéramos que analizar en estas líneas una por una todas ellas, no tendríamos espacio suficiente. En la relación bibliográfica final se hace referencia a las obras consultadas; a ella remitimos para su consulta y análisis detallado.

Si esto ocurre con los trabajos que sirven como base del discurso que explica el contexto en el cual nos moveremos, lo mismo sucede con aquellos empleados como bibliografía primaria para el estudio del caso de la lectura de Maragall. Para ello, hay un autor fundamental: Pedro Laín Entralgo. Falangista de primera hora, tendrá siempre la preocupación por intentar encajar el pasado liberal dentro de los rigurosos márgenes de la dictadura. Su ensayo sobre *La Generación del 98* (1948, la edición aquí empleada es de 1997) será un claro ejemplo de esa voluntad.

Josep Pla y Josep Benet actuaban por la otra banda, manifestando la existencia de una cultura literaria catalana propia que ensalzaba unos valores y puntos de unión concretos y específicos. Pla lo refleja en sus *Homenots*; Benet en sus estudios sobre historia de la represión de la cultura catalana: *L'intent franquista de genocidi cultural contra Catalunya* (1995).

Además de todo ello, no debemos dejar de hacer referencia a las fuentes hemerográficas que ilustran algunos apartados del estudio sobre Maragall. Como difusora del pensamiento e ideología oficial, la prensa es una herramienta fundamental para conocer la posición de la dictadura ante Maragall. También, toda aquella documentación conservada en el Arxiu Maragall referida a los años 60 ha sido tratada para la elaboración de este trabajo. Todas las citas que se recogen, han sido transcritas tal y como aparecen en la fuente principal; solo se han introducido anotaciones entre corchetes en el caso de que fuera difícil entender el contenido del texto original.

Llegados a este punto, con la mochila cargada de todo aquello indispensable para nuestra tarea, podemos comenzar nuestro camino.

## Los fundamentos políticos de la dictadura

Los militares sublevados que se alzaron en contra de la República democrática y legítimamente constituida en abril de 1931 nunca ocultaron que unas de las cuestiones esenciales que los llevaron a tomar tal decisión fue la voluntad de detener el, para ellos, incipiente movimiento separatista que estaba inundando España promovido por las diferentes regiones. El hecho de que una comunidad como Cataluña contara con un Estatuto de autonomía, y que otras dos como Euskadi y Galicia estuvieran en el camino para hacerlo no era aceptado por los sectores más reaccionarios del ejército y la sociedad española. La Guerra Civil vino a ser la respuesta adecuada para arrancar de raíz el problema del separatismo que amenazaba con destruir la unidad de España. Una vez finalizada la contienda y derrotada la República a través de un parte oficial de uno de los bandos, se puso en marcha la maquinaria represiva física, administrativa y cultural: una única lengua, una única cultura para todos los españoles.

Los años cuarenta no fueron sencillos para la sociedad española. El régimen no tenía claro cuál era su proyecto de Estado, por lo que empezó a tomar medidas políticas y económicas destinadas a solucionar y paliar los problemas producidos por la guerra. La autarquía llegó como el remedio que solucionaría todos los problemas económicos de España. La dictadura buscaba un estado autónomo económicamente, que no dependiera del exterior para el suministro de materias primas o manufacturas. Fueron los años de las plantas bituminosas que harían que España dejara de ser dependiente de los combustibles del exterior. Los años del racionamiento, con dificultades para acceder a los alimentos básicos como el pan, el arroz, el azúcar, el aceite, las mantecas y mantequillas, la carne, o el pescado. Los años en los que los cortes de luz –allí donde había suministro-, eran continuos y únicamente se podía disfrutar de su energía durante unas horas al día. Los años del hambre y de las enfermedades como el Tifus. Los años del «sea usted patriota, hable castellano», en los que hablar una lengua vernácula que no fuera el castellano era cosa imposible en la administración, los servicios, y en algunos casos en las relaciones personales. Esta era la España de la posguerra.

El proyecto político de los militares sublevados había comenzado a andar poco después del estallido de la contienda civil, pero sienta sus bases definitivamente a partir del primer día de abril de 1939 cuando, de manera unilateral, el ejército sublevado decreta el final de la guerra mediante un documento firmado por el general Francisco Franco. El debate existente sobre el origen y fundamentos del nuevo estado dictatorial continúa

vigente en la historiografía española entre los que consideran su origen como una consecuencia derivada de los efectos de la Guerra Civil, y aquellos que toman como referencia la existencia de proyectos previos a la guerra de carácter contrarrevolucionario que habrían marcado el devenir de la dictadura y su programa de actuación<sup>1</sup>.

Contrariamente a lo que la propaganda de la dictadura pregonaba con todos los medios que tenía su alcance, el objetivo de la sublevación no era adelantarse a una más que supuesta revolución comunista en España que convertiría al país en un satélite de Moscú. El objetivo principal era eliminar la República y todos aquellos demonios que había traído consigo: la democracia que había abierto, a ojos de los sectores más reaccionarios, las puertas al temor continuo a una revolución popular; los movimientos separatistas que habían implicado la aceptación de la existencia de autonomías regionales que ponían en peligro la unidad de España; el laicismo que ponía en peligro la unidad religiosa por la separación entre la Iglesia y el Estado; la reforma agraria que atacaba a los grandes propietarios y daba alas a los campesinos y jornaleros para demandar mejoras económicas y de calidad de vida... Porque la República había puesto en peligro ni más ni menos que el orden social burgués.

La acción de los insurrectos iba destinada a acabar de la manera más efectiva posible, y utilizando una violencia extrema<sup>2</sup>, con las instituciones democráticas; las organizaciones sindicales y políticas; los movimientos de carácter cívico-cultural; los movimientos izquierdistas y nacionalistas catalanes, gallegos y vascos; y con todos los proyectos puestos en marcha que suponían intentos reales para llevar a cabo una transformación de España y de su sociedad.

Lo que dio el sustento ideológico que faltaba al movimiento reaccionario contra la República fue el programa político de Falange Española: nacionalismo radical español marcado por la una retórica siempre fervorosa, deseosa y tendente a la añoranza y construcción de un nuevo Imperio español; el antiliberalismo manifestado por la oposición a la participación democrática, y el antimarxismo en el rechazo a cualquier manifestación comunista; una retórica –en este caso, la manera apasionada de expresión escrita y oral-, y rituales de masas; los fundamentos para la fundación de lo que serán los

---

<sup>1</sup> MOLINERO, C. Y YSÀS, P. (2003): p. 13; MARÍN I CORBERA, M. (2006): p. 26 – 39.

<sup>2</sup> MOLINERO, C. Y YSÀS, P. (2003): p. 15.

instrumentos políticos de control de masas por parte del Estado: el Sindicato Vertical, las organizaciones juveniles y femeninas y el aparato propagandístico.

Con la unión forzada entre falangistas y carlistas en abril de 1937, estos últimos también aportaron su grano de arena para la construcción del entramado ideológico del régimen dictatorial. El autoritarismo, los valores monárquicos, el tradicionalismo católico y su mezcla con elementos arcaizantes, entraban como otros elementos dentro de la mochila que era la ideología de la dictadura. De ahí que Falange pasara a llamarse Falange Española Tradicionalista y de las JONS, con el consiguiente problema de hacer confluir de manera satisfactoria las tendencias que dentro de esta casa se daban cabida. Por eso, y para poner un cierto orden en el caos, existía el «Caudillo».

Y es que el general Francisco Franco reunió en su persona más poderes que cualquier otro gobernante español anterior: jefe del gobierno y del Estado, con potestad para dictar normas jurídicas, jefe supremo de las fuerzas armadas, jefe nacional de FET-JONS, y *Caudillo de España por la Gracia de Dios*, es decir solo responsable de sus actos ante Dios y la Historia.

### Poder político, economía y represión cultural

Más allá del origen del proyecto político de la dictadura, en lo que se debe poner el punto de atención es en la estructura de poder que la definirá, con lo que de control político, económico y social llevará implícito. Todo el sistema se basaba en la adaptación del entramado institucional español de origen liberal pero modificando totalmente su naturaleza. El esquema institucional se articulaba alrededor de una concepción jerárquica y centralizada del poder: se aplicaban en todo el Estado una serie de cargos e instituciones que, siguiendo la división provincial, respondían ante el omnímodo ministerio de la Gobernación. Con ello se elimina cualquier posibilidad de descentralización del poder como había ocurrido durante la Segunda República entre las regiones con una identidad diferenciada, como era el caso de Cataluña, Galicia, o Euskadi.

Y es que este modelo de estructuración del poder en la dictadura implicaba que se estableciera, entre los diferentes actores que formaban parte de todo el entramado, una relación estrecha basada en el binomio confianza-dependencia entre los rangos superiores

e inferiores. Esto evitaba que se produjeran opiniones contrarias dentro del aparato de poder al programa del gobierno, siguiendo una fórmula genuinamente fascista<sup>3</sup>.

Como representante del ministerio de la Gobernación en las provincias se encontraba el Gobernador Civil, miembro visible de la administración del Estado en su territorio. El Gobernador Civil era el interlocutor entre la provincia –esencialmente entre los intereses económicos-, y el Gobierno. El Gobernador Civil debía hacer cumplir las disposiciones que se enviaran desde el gobierno central en Madrid y, al mismo tiempo, informar de la situación social y política de la provincia con el fin de saber si las medidas adoptadas debilitaban o no los apoyos a la dictadura. Para cumplir con las encomiendas gubernativas, el Gobernador contaba con la Guardia Civil y la policía, de las cuales era jefe<sup>4</sup>.

Por debajo del Gobernador Civil se encontraban los alcaldes que desde 1948, una vez se puso fin a la provisionalidad de los cargos públicos después de la Guerra Civil, eran nombrados o bien por el ministerio de la Gobernación en ciudades de más de 10.000 habitantes, o bien por el Gobernador en aquellas que no superaban aquella cifra. El resto de la corporación municipal era elegida por tercios en lo que se dio en llamar una «democracia orgánica»: un tercio elegido por los vecinos «cabezas de familia», otro tercio elegido por la organización sindical local, y otro tercio elegido por los otros dos tercios anteriores entre una lista de personalidades económicas, profesionales o culturales que presentaba el Gobernador Civil. Al frente de las diputaciones provinciales se colocaba un presidente que era nombrado por el Gobernador Civil. Lo local era pues el ámbito en el que se movían los soportes fundamentales de la dictadura: el poder económico y social, por lo cual era necesario controlarlo hasta el último rincón posible para que resultara imposible la aparición de voces discordantes.

Porque el control de la política local no era para nada tarea sencilla. El Gobernador Civil era el puesto de mando más elevado de la provincia, pero tenía que convivir con la presencia de la dirección de FET-JONS provincial y, en muchas ocasiones la convivencia no era sencilla. El partido único de la dictadura ya traía incorporadas sus tensiones internas entre los falangistas de primera hora –los «camisas viejas»- que habían entrado a la formación antes de julio de 1936, y los militantes recién llegados –los «camisas

---

<sup>3</sup> MARÍN I CORBERA, M. (2000): p. 12.

<sup>4</sup> BARBAGALLO, F. GARRABOU, R. Y OTROS (1990): p. 152.

nuevas»- procedentes de otras formaciones o sin filiación política previa. FET-JONS intentó ocupar desde el principio de la dictadura la totalidad del espacio político, pero se encontró de frente con dos de los poderes fácticos que servían de soporte fundamental del régimen dictatorial: la Iglesia y el Ejército. Para intentar controlar de manera efectiva a las secciones provinciales de la Falange, Ramón Serrano Suñer, ya en 1940 comenzó el proceso de unificación de la figura del Gobernador Civil con el de Jefe provincial de FET-JONS, pero el proceso no se culminaría hasta 1944, ya como ministro Secretario del Partido José Luis Arrese.

Porque aunque FET-JONS era el partido único y soporte ideológico de la dictadura de Franco, este, de quien se fiaba verdaderamente era de los militares. El ministro de la Gobernación en 1940 y 1941 era un militar –Valentín Galarza Morante-, y la subsecretaría de la Presidencia del Gobierno estaba ocupada por otro: Luis Carrero Blanco. A este no le sobraban prendas en señalar a los culpables de que la situación de España fuera la que era en los años cuarenta: la ineficacia de la administración y el partido único; el culpable exclusivo de que la situación de divorcio entre este y el ejército continuara en el tiempo, y de que los españoles lo percibieran como un lastre para el Estado y su economía<sup>5</sup>.

La ciudad de Barcelona fue un ejemplo paradigmático de las luchas internas dentro del partido único. Desde el momento de la toma de la ciudad en enero de 1939 las tensiones entre miembros del partido «camisas viejas», «camisas nuevas» y carlistas fueron palpables en todos los ambientes. Después de una visita del dictador a la ciudad en 1942, un informe de la Dirección General de Seguridad recogía las sensaciones que esta había despertado entre los diferentes sectores sociales. Los tradicionalistas “no comparten el entusiasmo de otros sectores”, y aunque “afirmaban que nada tiene que ver el prestigio de Franco, que no dudan ni discuten”, existía “un problema político planteado<sup>6</sup>” que no tenía visos de solucionarse; y ese problema político que preocupaba a los tradicionalistas no era ni más ni menos que el entrismo dentro del partido. Porque la Falange en Barcelona estaba absolutamente desorganizada, lo que la llevó a ser definida en una ocasión como un “montaje falso<sup>7</sup>.”

---

<sup>5</sup> CAZORLA, A. (2005): p. 24.

<sup>6</sup> *Documentos Inéditos para la Historia del Generalísimo Franco*, p. 251, Madrid, Fundación Francisco Franco.

<sup>7</sup> CAZORLA, A. (2005): p. 29.

En julio de 1945, cuando la derrota de las potencias del Eje era más que evidente, la dictadura se ve en la obligación de moderar su discurso fascista, para lo cual era necesario eliminar el factor falangista del gobierno. Si bien este grupo mantuvo su presencia en el cambio de gobierno de abril de 1945, el ministerio de la Secretaría General del Movimiento desaparece; entran en el ejecutivo los católicos a través de la Asociación Nacional Católica de Propagandistas, que se hace con la cartera de Asuntos Exteriores en la figura de Alberto Martín Artajo, y con otros cargos de gobierno. Artajo tenía la difícil tarea de buscar en el exterior los apoyos de los partidos demócratacristianos europeos a través de los sectores más conservadores de las democracias occidentales<sup>8</sup>.

La política, la economía y la sociedad de la España de los años cuarenta y primer tercio de los cincuenta se caracteriza por la aplicación y seguimiento, por parte del gobierno de la dictadura, de una política económica que buscaba la consecución de un elevado grado de independencia económica del exterior en cuanto a importaciones de materias primas y manufacturas. La autarquía fue el modelo económico de la dictadura inspirado en los modelos económicos que ejecutaban también los otros regímenes fascistas. Esta política económica supuso la restauración del poder de las clases tradicionalmente dominantes, y el aumento de peso de poder del sector militar dentro del ejecutivo del régimen<sup>9</sup>.

Este modelo económico basado en el control absoluto del tráfico de materias primas y productos elaborados, con la aparición del racionamiento de alimentos, fracasó estrepitosamente produciendo el descontento no solo de la clase política, también de los españoles que se veían ahogados por la precaria situación económica del Estado. Esta política económica implicaba un elevado control por parte de las autoridades. El organismo principal de la gestión de la actividad económica era la Comisaría de Abastos y Transportes, alrededor de la cual se estableció una tupida red clientelar que enfangó la actividad política del primer franquismo con luchas internas dentro de FET-JONS y con el aumento de la desconfianza de los españoles hacia el partido único<sup>10</sup>. Enfermedades relacionadas con la mala alimentación, como el tifus, alcanzaron niveles epidémicos en algunas zonas del Estado por causa de este modelo económico cuya aplicación no hizo más que aumentar los devastadores efectos de la Guerra Civil.

---

<sup>8</sup> MOLINERO, C. Y YSÀS, P. (2003): p. 29.

<sup>9</sup> MOLINERO, C. Y YSÀS, P. (2003): p. 62.

<sup>10</sup> CAZORLA, A. (2005): p. 51 – 52.

El año 1951 es el momento de cambio de modelo económico. Los sectores opuestos a la autarquía hacen ver a la dictadura que el modelo está agotado; y representan ese descontento en un fenómeno fácil de medir: las protestas populares que se producen en diferentes zonas del Estado contra la política del gobierno dictatorial. Para estos sectores contrarios a la autarquía, era necesario iniciar un proceso de liberalización que permitiera que España se introdujera en la dinámica del capitalismo mundial.

El nuevo gobierno surgido en 1951 inició la política económica liberalizadora, apoyada por el reconocimiento internacional a España y por el apoyo económico de los Estados Unidos. De esta manera se consiguió un crecimiento de la economía estatal, entre 1950 y 1957, de más de un 50%<sup>11</sup>. El aumento de la productividad trajo consigo un aumento de los salarios, que implicó una subida de la demanda interior que llevó finalmente a un proceso de inflación sobre los precios. La desaparición de controles sobre la economía –precisamente aquello que había caracterizado a la autarquía-, facilitó la aparición de movimientos obreros que solicitaban mejoras salariales. Estas se consiguieron después de las huelgas de 1951, 1953 y 1956 fomentando el proceso inflacionista existente y provocando que España se situara al borde del precipicio económico por su incapacidad para controlar su sistema. Si a esta situación se le añaden las primeras huelgas estudiantiles de la dictadura que alcanzarán su punto álgido en Madrid en 1956, obtenemos como resultado que el gobierno de 1951 comenzara a tambalearse.

En 1957 Franco acometió un nuevo cambio de gobierno que significó la entrada con fuerza de un nuevo sector vinculado a la Iglesia católica: el Opus Dei. Los miembros de esta organización, conocidos como tecnócratas, se encargaron fundamentalmente del control de las finanzas del Estado para hacerlo converger con la economía mundial. Al año siguiente España entra en la Organización Europea de Cooperación Económica (OECE) y en el Fondo Monetario Internacional (FMI). En 1959 aprueba el Plan de Estabilización: modernización y liberalización de la economía española sin olvidar el fuerte componente autoritario que si gobernaba en la política de los humanos también debía hacerlo en la de los números. El Plan fue elaborado por los tecnócratas españoles, el FMI y la OECE con tres objetivos a conseguir: eliminar en la medida de lo posible los

---

<sup>11</sup> MOLINERO, C. Y YSÀS, P. (2003): p. 68.

controles estatales favoreciendo la inversión extranjera; la reforma del sistema financiero; y la apertura de las negociaciones para entrar en la Comunidad Económica Europea.

A partir de 1964 España dirigirá su economía por medio de los llamados Planes de Desarrollo, que vendrían a confirmar el extraordinario crecimiento económico del Estado desde 1961. El llamado «milagro español» por las autoridades de la dictadura no era más que la explicación de un crecimiento extraordinario de la economía basado en la apertura al exterior y en el aumento de la capacidad de compra de productos y servicios foráneos gracias a la enorme entrada de divisas. Esto se produjo gracias al cambio dentro de la estructura productiva del país, verdadero paso hacia adelante desde los años cincuenta. La agricultura deja de ser el sector productivo dominante dejando paso a la industria y al sector servicios que, con el aumento del turismo extranjero comienza a emplear a buena parte de la población activa.

La dictadura franquista empleó la represión ideológica y social como sistema para perseguir y eliminar cualquier conato de oposición a lo que ella consideraba que era España: católica, de alma castellana, e imperial. La represión cultural, a parte de la física, fue generalizada, pues había que eliminar del país todas aquellas ideas que habían contaminado y adulterado la esencia española. Había que eliminar de raíz el pensamiento de los vencidos e imponer el de los vencedores a toda costa<sup>12</sup>.

Con este último objetivo comenzó a construirse un discurso cultural dominante que buscaba denigrar a los oponentes con el uso equívoco de calificativos que terminaron por perder su sentido original. Así, adjetivos como masón, liberal, anarquista, marxista, rojo, etc., se confundían en un marasmo de acusaciones que podían llevar al contrasentido de declarar a un individuo anarquista-separatista<sup>13</sup>. La depuración de los ideales opuestos al régimen continuó por los libros,

“Se retiraron títulos como *El asno de oro* de Apuleyo, *El libro del buen amor* del Arcipreste de Hita, *La Celestina* de Fernando de Rojas, *Diablo mundo* de Espronceda, *La educación sentimental* de Flaubert, *Werther* de Goethe, *Artículos de costumbres* de Larra, *La rebelión de las masas* de Ortega y Gasset, *Papa Goriot* de Balzac, *Sonata de otoño* de Valle-Inclán, *Poesías completas* de Antonio Machado, *Nuestro padre san Daniel* de Gabriel Miró, *La hermana san Sulpicio* de Palacio Valdés, *El retrato de Dorian Gray* de Oscar Wilde, *Los miserables* o *Nuestra señora de París* de Víctor Hugo, *Los pazos de Ulloa* de Emilia Pardo Bazán, *El Fuego* de Barbusse, *Sin novedad en el*

<sup>12</sup> MARTÍNEZ RUS, A. (2012): p. 365.

<sup>13</sup> MARTÍ I CORBERA, M. (2006): p. 74.

frente de Remarque, *Los siete ahorcados* de Andreiev, *Las almas muertas* de Gogol, *Crimen y Castigo* de Dostoievski, *Cómo enseña Gertrudis a sus hijos* de Pestalozzi, *Guerra y Paz* de Tolstoi, *Historia de la civilización española* de Rafael Altamira. Asimismo retiraron varios títulos de Azorín y numerosos de Pérez Galdós y Pío Baroja, a pesar del libelo que escribió sobre comunistas y judíos, y todos los de Blasco Ibáñez<sup>14</sup>.”

Las bibliotecas, museos, canciones, artes plásticas... Los nombres de las calles y plazas también debían adaptarse al nuevo régimen dictatorial y eliminar cualquier referencia al pasado republicano substituyéndolo por nombres más adecuados a los tiempos que corrían<sup>15</sup>.

La situación de la mujer también degeneró con la llegada de la dictadura de Franco. Las libertades que había ido consiguiendo a lo largo del primer tercio del siglo desaparecieron para volver a situarla en una posición de dependencia absoluta del hombre. La mujer se ubica en su único ambiente: el cuidado de la familia y del hogar. Desaparece de las instituciones de enseñanza, fundamentalmente la universidad, o queda reducida a ciertos ámbitos educativos (Filosofía y Letras, en la universidad, por ejemplo).

La persecución y represión de los idiomas existentes en la península que no fueran el castellano fue otra de las señas de identidad de la dictadura. Si el gallego y el euskera, que fueron sometidos también a persecución por parte de las autoridades, no habían conseguido aun la equiparación sólida con el movimiento nacionalista; en Cataluña era todo lo contrario: se asociaba el catalán con el movimiento nacionalista y, como consecuencia, con el siempre temido separatismo<sup>16</sup>. Y es que en Cataluña, y en su idioma, residía una de las causas fundamentales de la Guerra Civil, algo que el mismo dictador Franco se encargaba de recordar constantemente<sup>17</sup>. La lengua catalana, por lo tanto, si se utilizaba debía de ser en la privacidad del hogar, y como un «fósil»; es decir, el idioma previo a la normativización de Pompeu Fabra, el idioma que conservara las características tradicionales de la cultura<sup>18</sup>.

---

<sup>14</sup> MARTÍNEZ RUS, A. (2012): p. 376 – 390. Especialmente interesante para el caso de la depuración de libros en la Barcelona de posguerra.

<sup>15</sup> BOX VARELA, Z. (2010): p. 328 – 331.

<sup>16</sup> MARTÍ I CORBERA, M. (2006): p. 148.

<sup>17</sup> BENET, J. (1995): p. 91 – 92. FERRER I GIRONÈS, F. (1985): p. 186.

<sup>18</sup> MARTÍ I CORBERA, M. (2006): p. 153.

## La política en la ciudad de Barcelona

Barcelona, como segunda ciudad del Estado español y capital de una de las regiones más importantes económicamente del país, tenía una importancia fundamental en la construcción del Estado dictatorial del general Franco. Su control era esencial para dominar el conjunto de Cataluña, pues la ciudad era el núcleo rector de los movimientos políticos que tenían representación entre la sociedad catalana.

El primer Gobernador Civil de Barcelona, Wenceslao González Oliveros, llega a la ciudad en julio de 1939 con un objetivo muy claro: terminar con el sector catalanista que se había comenzado a fraguar desde inicios del siglo XX primero con la Solidaritat Catalana, y después con la Lliga Regionalista y partidos de izquierda como Esquerra Republicana de Catalunya. El elemento de ataque fundamental era la lengua y su exclusión en el ámbito privado, como ya hemos manifestado líneas más arriba:

‘No se trata, en absoluto, del uso, natural y lícito, de la lengua regional (tan respetable en la vida privada como otras lenguas regionales de España), sino del desuso, del olvido, cuando no la preterición o postergación del idioma oficial en los actos de la vida pública. [...] Siendo, pues, ya necesario acabar con esta perniciosa corruptela y restablecer en el orden de la vida pública el respeto debido a la gloriosa lengua española, que es y debe ser patrimonio común de todos los connacionales<sup>19</sup>.’

El primer alcalde de la ciudad en la dictadura fue Miquel Mateu i Pla (enero de 1939 – abril de 1945), un hombre que, en palabras de Franco fue el alcalde ideal para la ciudad Condal:

‘En realidad, en Barcelona es difícil encontrar un alcalde que esté compenetrado con la Falange, y se exceptúa a Mateu, de muy buenas condiciones en todos los sentidos, sobre todo en el orden administrativo, no ha habido ningún alcalde con la energía suficiente para que la política y la administración sean como deben ser<sup>20</sup>.’

Y es que lidiar con la Falange barcelonesa no era sencillo de ninguna manera. Los dos corrientes que conformaban el partido en Barcelona, los «camisas nuevas» y los «camisas viejas», vivían en constante enfrentamiento. Eran destacados los ataques de los falangistas de primera hora a los recién llegados, que eran vistos como usurpadores de los valores que representaba la Falange. Los primeros se sentirán cómodos con el sucesor de González Oliveros: Antonio Correa Veglison, que ocupará el cargo de Gobernador Civil

---

<sup>19</sup> BENET, J. (1995): 394 – 395.

<sup>20</sup> MARÍN I CORBERA, M. (2000): p. 21.

de diciembre de 1940 a agosto de 1945. Fue bien visto y aceptado por los falangistas por su marcada postura filofascista, comulgando de manera evidente y efectiva con la parafernalia política y social que aquel movimiento llevaba implícita.

Su salida del cargo se efectuará, al mismo tiempo que la del alcalde Mateu i Pla, por la necesidad manifestada líneas más arriba de dar a la dictadura una imagen que se alejara de la connivencia con los fascismo europeos. Como alcalde de la ciudad será nombrado Josep Maria de Albert Despujol, Barò de Terrades, ocupando el cargo de 1945 a 1951. Mientras este ocupa ese puesto, verá pasar dos Gobernadores Civiles: Bartolomé Barba Hernández y Eduardo Baeza Alegría.

Barba Hernández (diciembre de 1945, junio de 1947) tendrá que lidiar por primera vez con la necesidad del sector catalanista de hacerse un hueco en los niveles directores de la política de la dictadura. La fiesta por la entronización de la Virgen de Montserrat celebrada en 1947 fue la primera muestra de la necesidad que surgía entre la sociedad catalana por encontrar un hueco en el panorama político y social de la posguerra. La Comissió Abat Oliba, de la cual formaba parte un sector destacado del catalanismo, organizó una serie de actos en el monasterio de Montserrat que culminaron con el despliegue de una *senyera* en la falda del monte donde se localiza en santuario. Semejante afrenta a la dictadura le costó a Barba Hernández su destitución de manera fulminante.

Su sustituto, Eduardo Baeza Alegría (1947 – 1951) no lo tuvo mucho más fácil que su antecesor. Pero a él los problemas no le llegaron solo desde el catalanismo; tenía al enemigo en su propia casa: en Falange. El año final de su mandato es el compendio paradigmático de lo que los sectores más afectados por las políticas de la dictadura podían llegar a hacer cuando llegaba al límite su paciencia. Y el ejemplo de acción práctica fue la huelga de tranvías de 1951 de la ciudad de Barcelona.

La huelga de tranvías de Barcelona de 1951 puso sobre la mesa una evidencia: el sustento de la dictadura de Franco, la Falange, no era monolítico; estaba plagado de rivalidades internas entre las diferentes facciones que lo conformaban desde su conversión en partido único por la aplicación del decreto de Unificación de 1937.

España se encontraba bajo la aplicación de la política autárquica por la cual se entendía el país como un enorme campamento militar donde se buscaba el autoabastecimiento, el control de la producción industrial, la fijación de precios sobre todos los productos, la aplicación de sistemas de cupos para acceder a los alimentos u

otros materiales o bienes de consumo. Franco de quien se fiaba era del ejército, y lo deja claro cuando adopta decididamente por este modelo<sup>21</sup>. La autarquía trajo malestar social, corrupción por parte de los funcionarios que se encargaban de la gestión de los Abastos, sueldos bajos, cortes de energía que detenían la producción en las fábricas, etc. Como consecuencia de la corrupción rampante muchas personas vieron en la participación en el Movimiento el camino perfecto para enriquecerse: los «camisas nuevas», en contraposición a los «camisas viejas» miembros del partido desde antes de julio de 1936.

La política económica y social adoptada por la dictadura chocaba con los postulados propios del falangismo teórico. El intervencionismo estatal mezclado con la concesión de prebendas por parte del gobierno a todos aquellos que le eran leales, no terminará de convencer a los sectores militantes de Falange, que ven como su revolución nacional-sindicalista se ve pospuesta día sí y día también.

En Barcelona la ruptura entre esos dos grupos era más que evidente. La destitución del filofascista Gobernador Civil, Antonio Correa Véglison (1940 – 1945), cercano al sector más militante de Falange, y la colocación del recién llegado a las filas falangistas Baeza Alegría facilitará que la sensación de marginación dentro del aparato del partido se enquistó entre los «camisas viejas». Sienten que no son tomados en cuenta para las decisiones importantes. Es necesario entender esta situación para comprender posteriormente el papel que jugarán grupos militantes de Falange durante los días de protestas contra la subida de precios de los billetes de tranvía y la posterior huelga general.

La empresa de tranvías era clave en el funcionamiento de la ciudad de Barcelona. No solo lo era por el papel evidente que desempeñaba en el día a día de la ciudad; lo era también por su manifiesta independencia al respecto de las decisiones económicas que el gobierno, tanto del país como de la provincia de Barcelona, tomaba sobre su funcionamiento. La empresa era vista por sectores del Movimiento como un enemigo que se atrevía a contradecir las regulaciones sobre el trabajo o el pago de sueldos y pagas extraordinarias. Era un servicio que no estaba municipalizado; era una compañía privada la que gestionaba las líneas y el material rodante. Si a esto le sumamos que los trabajadores de la empresa daban soporte al «socorro rojo» con colectas de dinero para los elementos contrarios al régimen, que ellos mismos boicoteaban el material de la empresa, obtenemos el panorama completo de esta empresa.

---

<sup>21</sup> CAZORLA SÁNCHEZ, A. (2000): p. 23 – 25.

Cuando en un momento de diciembre de 1950 se decide la subida del precio del billete por trayecto de 50 a 70 pesetas mientras que en Madrid, y gracias a presiones de la Falange madrileña, el precio se mantenía en las 40 pesetas por trayecto, el descontento social estalló en forma de protestas. Desde inicios de febrero comienzan a circular boletines anónimos distribuidos probablemente por la Hermandad Obrera de Acción Católica que pedían el boicot al transporte. Los falangistas estaban enfrentados con ésta al considerarla hostil al partido, pero no la atacan directamente por el acercamiento del régimen a los grupos de Acción Católica.

Las manifestaciones comienzan con destrozos, derribos, y quemas de tranvías. Entre los manifestantes, miembros del Sindicato Español de Estudiantes, falangistas que ponían a disposición de los ciudadanos sus coches para que tuvieran que coger el tranvía, etc<sup>22</sup>. No era únicamente una huelga contra la subida de precios. Era una manifestación contra la corrupción, contra los funcionarios y contra la administración. Era una reacción, finalmente, contra el Gobernador Civil auspiciada por elementos del Movimiento que lo tenían en su punto de mira desde su llegada al cargo.

Con el final de las protestas, se inicia una huelga general el 12 de marzo en la cual algunos falangistas, aun siendo movilizados por el Gobernador Civil a que se organizaran para instar a los comerciantes a abrir sus puertas, continuaron promoviendo las manifestaciones como símbolo contra el elevado coste de la vida y los altos niveles de corrupción como consecuencia de la política económica del gobierno.

Las manifestaciones se resolvieron con la aplicación de una férrea represión por parte de las fuerzas del orden. Mas el problema no quedaba en el exterior con una oposición ya fragmentada y testimonial: estaba en el interior con las disidencias internas. Dentro del partido se produjeron destituciones de cargos, siendo el más destacado el de Baeza Alegría del mismo 17 de marzo. En su lugar, se colocó al general Felipe Acedo Colunga, que se encargó de reducir la presencia de los grupos más militantes de Falange (la oposición entre falangismo y militarismo). Las disidencias y las luchas internas tienen como explicación los deseos por conseguir cotas de poder dentro del aparato administrativo estatal, con la consiguiente dificultad para hacer encajar los intereses de las partes en liza.

---

<sup>22</sup> FANÉS, F. (1977): p. 77 – 90.

Estos sucesos ponen fin a una etapa de la dictadura franquista. La política autárquica se manifiesta incapacitada para resolver los problemas económicos del régimen. Se abre el camino a la industrialización; el camino de los tecnócratas. El Movimiento pasa página, los falangistas cada vez quedan más al margen y comienza ganar peso el sector de los católicos.

La política de Acedo Colunga (1951 – 1960), vendrá marcada por su interés en terminar de una vez por todas con el desconcierto en la Falange barcelonesa, y en conseguir un consenso fuerte entre la sociedad catalana para consolidar a la dictadura. Lo primero lo consiguió con creces y sirve como ejemplo lo siguiente: Acedo eliminó el uso coloquial del «tú» entre los miembros del partido, obligando a que todo el mundo se dirigiera a él con el trato de «Su Excelencia»<sup>23</sup>. Lo segundo ya fue más difícil de conseguir a causa de los propios límites que establecía el mismo sistema político de la dictadura<sup>24</sup>.

Acedo comenzó a introducir dentro del aparato de la dictadura a antiguos miembros de la Lliga Regionalista. Colocó a alcaldes con pasado «lliguer» al frente de ayuntamientos como Arenys de Mar, l'Hospitalet, Badalona, o Igualada<sup>25</sup>. El objetivo era aumentar la base política de la dictadura empleando a personas que representaban, efectivamente, a una gran masa social catalana. Dentro de esta apertura también estaba la necesidad, como ya dejamos intuir líneas más arriba, de ir dejando a un lado la influencia excesiva que ciertos sectores de Falange se habían ido apropiando con la connivencia de los Gobernadores Civiles anteriores.

El Gobernador Acedo tuvo que enfrentarse también a los movimientos de la política del gobierno de Madrid que buscaban influir también en la política catalana. En el año 1957, el que había sido el primer alcalde de la ciudad Condal, Mateu i Pla, rechazó la cartera de ministro de Obras Públicas y por lo tanto la posibilidad de entrar en el gobierno como primer ministro catalán. Acedo colocó entonces como ministro «sin cartera» a uno de los catalanistas que formaban parte de ese grupo al que comenzó a darle voz en la política local: Pere Gual Villalbí.

La derrota de Acedo, después de la pírrica victoria en Madrid con un ministro sin actividad ejecutiva, aumentaría cuando su opinión para la designación de un nuevo

---

<sup>23</sup> RICHARDS, M. (2010): p. 120.

<sup>24</sup> MARÍN I CORBERA, M. (2000): p. 26.

<sup>25</sup> MARÍN I CORBERA, M. (2000): p. 26 – 27.

alcalde de Barcelona en ese mismo año de 1957 fuera omitida por las autoridades de Madrid. Antoni Maria Simarro Puig había sido nombrado alcalde en 1951 después de la destitución de Josep Maria d'Albert i Despujol –Baró de Terrades-, a causa de la huelga de tranvías. La historia, siempre curiosa, quiso que Simarro viviera una huelga similar – aunque de menos resonancia- en 1957, lo que le costó también la destitución.

Acedo tenía al candidato para ocupar el puesto de alcalde: Fèlix Escalas, que formaba parte de ese sector al que el Gobernador Civil protegía constantemente para encontrarle un hueco político. Lo que ocurrió fue que desde Madrid llegó otro nombre distinto al de Acedo: Josep Maria de Porcioles. Este será el que ocupe el cargo de alcalde de Barcelona, manteniéndose en el puesto más tiempo que ningún otro antes.

Será Porcioles el hombre que ejerza sobre la ciudad de Barcelona una política propia que, en muchas ocasiones, supere las barreras que imponía el mismísimo Gobernador Civil, lo que le valió la animadversión de Acedo. La política de las tres «Ces» del alcalde –Carta Municipal (1960), Derecho Civil Catalán (1960), y la devolución del Castell de Montjuïc-, fueron interpretadas como un acercamiento al catalanismo en mucha mayor medida que lo realizado por Acedo. Lo que ocurre es que la imagen de Porcioles varía dependiendo de quien la mire y por donde la mire:

“Qui era Porcioles, en definitiva? Els seus panigiristes l’han situat com a catalanista conservador i han parlat extensament (sense dir-ne gran cosa) de la seva militància destacada a la Lliga Catalana lleidatana en els anys trenta. Els seus adversaris polítics de la mateixa època utilitzaren el mateix argument per situar-lo com a perillós *separatista*. Cap de les dues visions respon a una anàlisi del personatge sinó a una presa de posició personal respecte del mateix<sup>26</sup>.”

Curiosamente, el enfrentamiento entre Porcioles y Acedo culminará en el momento en que se pone fin a la historia que centra nuestro estudio. Después de los «hechos del Palau», que ponen fin a los actos de homenaje con motivo del centenario del nacimiento del Joan Maragall, Acedo fue destituido por la gestión que hizo de lo que en ese recinto ocurrió cuando se desataron las masas que acudían al concierto en homenaje al poeta cuando sonó el *Cant de la Senyera*, el himno del Orfeò Català.

Los últimos versos de ese poema dicen: «el camí assenyalaras./Dóna veu al teu cantaire,/llum als ulls i força al braç.» El camino estaba marcado, porque los largos quince últimos años de la dictadura servirán para ver como se descompone irremediabilmente.

---

<sup>26</sup> MARÍN I CORBERA, M. (2000): p. 57.

## La literatura española de la posguerra

### Los orígenes y los precursores

El fascismo español carece de los preceptos fundacionales que marcaron al resto de movimientos de este tipo en Italia y Alemania, y esto lo hace especial a la luz de la historia. Mientras que en el caso del fascismo italiano y el nazismo alemán existían cientos de soldados desmovilizados después de la Gran Guerra que sirvieron de apoyo para su crecimiento a causa de su desplazamiento e insatisfacción social; y también un elevado grado de antisemitismo en estas sociedades, en el fascismo español esto no se daba.

No había antisemitismo, puesto que el problema semita se había “solucionado” con los Reyes Católicos; no había problema de soldados desmovilizados porque España no había participado en la Gran Guerra... ¿Cuáles son pues los elementos –los enemigos- que fundamentan el nacimiento del movimiento fascista español? Situémonos en el año 1898: la pérdida de las colonias españolas ultramarinas. El ejemplo de la decadencia social y política de España, en palabras del Regeneracionismo boceado por Antonio Maura y Francisco Silvela. También en los años 20 del nuevo siglo XX España se encontrará con los problemas relacionados con la consolidación del territorio colonial del norte de África. El movimiento africanista, del que en 1936 se tendrán noticias a través de ciertos generales con indudable vocación golpista, nace en ese momento. Es necesaria una reorganización de la sociedad: es necesario el fascismo.

Al lado del 98 venía la eclosión de los movimientos regionalistas que evolucionarían posteriormente hacia el nacionalismo. En una esquina de España, en Galicia, las obras de un etnógrafo casado con la poetisa que dio luz con su obra literaria *Cantares Gallegos* a la etapa de resurgir de las letras y la cultura conocida como *Rexurdimento*, comienzan a ganar lectores entre la pírrica burguesía de las ciudades galaicas. En ellas nacen las *Irmandades da Fala*, asociaciones encaminadas a hacer sentir el naciente fenómeno identificativo gallego. Personajes tales como Vicente Risco o Alfonso Daniel Rodríguez Castelao comienzan a tener presencia en la vida pública y social gallega. El uno tomará el camino hacia la consolidación de la imagen de la mística, medieval y conservadora Galicia; el otro, aunque educado inicialmente en los preceptos del viejo Risco, se marchará hacia los ideales revolucionarios que le llegaban de la lejana Unión Soviética.

Siguiendo en la zona norte, en las Vascongadas, las enseñanzas de un burgués católico, tradicional y profundamente ligado a su tierra, Sabino Arana, calan en parte de la sociedad de su tierra. Los preceptos de una región que ha conservado desde tiempos inmemoriales una lengua tan diferente al resto de las que existían en el territorio peninsular; de una comunidad siempre fiel a la doctrina cristiana y nada contaminada por otras religiones en tiempos pasados; de una sociedad con sus hábitos de vida y de relaciones interpersonales propios... Finalmente, en la otra esquina de la Península, en el Levante, no es que existiera ya un nacionalismo capaz de articular a su alrededor un fenómeno de protesta social y política como fue la última semana del mes de julio de 1909. Había un nacionalismo que osó convocar a los diputados en Cortes para dar a España una nueva constitución que superase el caduco modelo de la Restauración; era un nacionalismo que se atrevió a proclamar la República y a conseguir un Estatuto de Autonomía. A falta de un enemigo externo para España, los nacionalismos gallego, vasco y catalán eran el enemigo en casa; el germen de lo que más adelante será una de las causas de la guerra civil.

Para la construcción de un discurso literario acorde con los deseos de grandeza nacional, el fascismo se apropia del pasado; busca momentos clave para encontrar en él el punto de arranque de su trayectoria vital. A partir de esa germinación podía dictaminar el curso y el sentido de la historia: “la historia era, de ese modo, algo en permanente trance de restauración, de continuidad heroica y de inminencia de victoria<sup>27</sup>.” En el caso del falangismo español, sus mitos se basan en los previos ya existentes mezclados con un nuevo discurso político. La creación de este mito es una técnica “destrutivoconstructivista<sup>28</sup>”: necesita la destrucción de los mitos clásicos para la construcción de unos nuevos que serán la nueva base para la ideología del movimiento político en ciernes. En palabras del periodista Juan Aparicio –joven comunista, destacado jonsista y, finalmente falangista-, para la creación del mito “bastaba comprender la maravilla secular del Imperio, para justificar nuestro gran mito revolucionario y nacional. [...] El mito del Imperio español venidero será el mito y el alma de la revolución nacional jonsista<sup>29</sup>.”

---

<sup>27</sup> MAINER, J.C. (2013): p. 509.

<sup>28</sup> ALBERT, M. (1998): p. 177.

<sup>29</sup> ALBERT, M. (1998): p. 170.

Los dos mitos que se toman con mayor frecuencia entre los literatos falangistas son el héroe y la Gran Madre. El héroe: siempre viril, arrogante, que vive contra lo establecido, incomprendido, desubicado, etc., toma como referentes los modelos de la mitología griega o, incluso, los personajes bíblicos. La Gran Madre sería España que vive unida al héroe en una especie de unión que simboliza el matrimonio o, si el escritor se ve incapaz de llevar a tal extremo la unión, la eucaristía.

Porque la religión tenía un peso fundamental en la construcción del imaginario colectivo literario falangista. No solo era destacada la exaltación de valores propios del culto católico y de la Iglesia; lo eran también personajes místicos, tales como santos o beatos, que adquirirían su lugar dentro del discurso falangista. Así tenemos el ejemplo de Santa Teresa de Jesús y de la reina Isabel la Católica<sup>30</sup>. Estas no solo expresaban en su persona las máximas cotas de la ascesis espiritual; significaban también la manifestación de una Castilla mítica, mística y guerrera. El falangismo encontró aquí el nexo de unión con el sector más reaccionario del catolicismo, y su visión gloriosa del pasado imperial español manifestado en la conservación de las tradiciones y el folclore rural<sup>31</sup>.

Pero si hubo un primer ejemplo incontestable para los pioneros del falangismo, ese fue el grupo de escritores e intelectuales que compusieron la llamada Generación del 98. Esta generación marcó a esta otra nueva generación que sentía en su fuero interno la necesidad de mostrar su rebeldía e inconformismo hacia la España en la que vivían<sup>32</sup>. Los noventayochistas seguían la moda del sentimiento patriótico hundido después del Desastre de la pérdida de los últimos restos del pasado imperial glorioso español. Los intelectuales del 98 no eran nada nuevo entre una sociedad española que veía cada día como se producía la descomposición del cadáver que ya era España como estado; representaban un grupo que se acomodaba tardíamente a las voces críticas y exaltadas que comenzaron a ganar peso en la opinión pública después del Desastre<sup>33</sup>. Para los noventayochistas, lo que explicaba la decadencia de las naciones como Italia, España, Francia, o Portugal era su cultura latinizada centrada en las políticas caducas y, sobre todo, extremadamente católica. Esta condición situaba a estas naciones en desventaja

---

<sup>30</sup> DI FEBBO, G. (2002): p. 87 – 88.

<sup>31</sup> MAINER, J.C. (2013): p. 97.

<sup>32</sup> MAINER, J.C. (2013): p. 44.

<sup>33</sup> CALVO CARILLA, J.L. (1998): p. 28. En la misma página citada, va más allá el autor más allá en la definición de «generación» manifestando que “como grupo o generación [su cohesión] no va más allá de algunos irrelevantes gestos y conatos de intervención pública protagonizados por una insignificante fracción: la formada por Martínez Ruiz, Baroja y Maeztu, quienes dieron en autodenominarse ‘Los Tres’.”

respecto de los países anglófonos o germánicos, por ejemplo, que siendo deudores de la cultura latina habían sabido readaptarse<sup>34</sup>. Más adelante veremos qué papel juega en la construcción del discurso intelectual del falangismo este último detalle religioso.

A partir del cambio de siglo, por lo tanto, la intelectualidad española comienza a interesarse por el «qué es España». Para llegar hasta aquí es necesario apuntar la influencia que sobre los noventayochistas y la generación intelectual subsiguiente tuvo el misticismo (el Greco, por ejemplo, y su visión del mundo religioso), y la literatura “burguesa” catalana (Maragall, Almirall, Casas, entre otros) que ya había iniciado el «diálogo con España» por la necesidad de encajar a los diferentes pueblos que la formaban en un proyecto común. También debemos referirnos al naciente «europeísmo» que impregnará a los referentes de estas generaciones, y fundamentalmente, a los Ortega y Gasset, Marañón, Gómez de la Serna, D’Ors, Azaña... Es decir, a los miembros de la Generación del 14.

También preocupados por España, los de la Generación del 14 adoptan una postura diferente respecto de sus predecesores de la Generación del 98. Poseen una imagen de Europa idealizada conseguida gracias a viajes, lecturas de obras en su idioma original, o estancias de estudios prolongadas. Para ellos, Europa es el ejemplo de cómo se deben llevar a cabo proyectos de instrucción pública e investigación científica, de industrialización, de modernización de los medios de transporte en beneficio del desarrollo económico, etc<sup>35</sup>. Miguel de Unamuno ya se había comenzado a preocupar sobre este aspecto con anterioridad; lo que le sirvió de ser considerado un extranjero dentro de su propia casa<sup>36</sup>.

Sobre Ernesto Giménez Caballero (1899 – 1988) reposan las bases del fascismo español: es el iniciador de las letras falangistas. Desde su puesto de director y omnímodo redactor de *La Gaceta Literaria* (publicada quincenalmente entre 1927 y 1932), fue el máximo altavoz de los preceptos de la que será la corte literaria de José Antonio. En un

---

<sup>34</sup> CALVO CARILLA, J.L. (1998): p. 85.

<sup>35</sup> GRACIA, J. Y RÓDENAS, D. (2008): p. 19 – 20.

<sup>36</sup> “Y mire lo que son las cosas. Aquí me tachan de mal español, de extranjerizado. Yo sé que si despertara el deseo de sostener e imponer lo propio se asimilarían lo ajeno; yo sé que si fueran capaces de revolverse contra los principios directores de la civilización occidental entrarían de lleno en ella. Pero nada, no les interesa. Repiten la última novedad filosófica, científica, literaria o artística de Europa y siguen tan... los mismos. Hay que oír hablar de Nietzsche en Madrid a sus adoradores. Les ha servido de pretexto para ir al maurismo. Todo esto me tiene triste y abatido. Pero de esta tristeza y de este abatimiento sacaré fuerzas para luchar. Me he de hartar de llamar a este pueblo ramplón y ñoño.” UNAMUNO, M. Y MARAGALL, J. (1971): p. 53 – 54.

artículo de *La Gaceta*... titulado “Carta a un compañero de la Joven España” describe los que para él son los cimientos del fascismo:

“¿Dónde han estado nuestro D’Annunzio, nuestro De Sanctis, nuestro Croce, nuestro Rajna, nuestro D’Ovidio, nuestro Corradini, nuestro Marinetti, nuestro Bontempelli, nuestro Misiroli, nuestro Gentile, nuestro Pirandello? Pues sencillamente: han estado... aparte. Porque existían. Porque existen. Sustituyamos nombres y veremos que frente a Rajna y D’Ovidio, hay un Menéndez Pidal, creador de nuestra épica *nacionalista*, frente a D’Annunzio, Marinetti y Bontempelli, un Gómez de la Serna, creador del sentido latino y modernísimo de España, stracitadino y strapaesano a un tiempo; frente a Pirandello, un Baroja, un Azorín, regionalistas como punto de partida en su obra y elevadores del conocimiento nacional de una tierra, creadores de anchos espejos; frente a Gentile un Luzuriaga, en posibilidad de experimentos energéticos de instrucción... Frente a tantos hacedores de nuestra Italia, un Maeztu, un Araquistáin, un Marañón, un Zulueta, un Sangróniz, un Castro, un Salaverría, etc. Y frente a malaparte... Pero, ¿por qué frente a Malaparte? Malaparte detrás de él, siguiéndolo con respeto en muchas de sus afirmaciones. Delante de Malaparte, Miguel de Unamuno<sup>37</sup>.”

Ahí es nada, la retahíla de nombres que nos propone Giménez Caballero. Cabría matizar el papel de Menéndez Pidal en la construcción de una historiografía nacional –si bien se puede considerar un autor de corte nacionalista, fue de los primeros que buscó huir del paradigma del «casticismo» dominante desde los estudios de Menéndez Pelayo, e introducir un método de investigación basado en el documento-, la supuesta afinidad de Gómez de la Serna con una idea de latinismo literario, o la asombrosa asociación final de Unamuno como líder del movimiento renovador que se estaba poniendo en marcha.

Ernesto Giménez Caballero, ya en el final de la vida de *La Gaceta*, escribió una serie publicada de manera quincenal titulada *El Robinsón Literario*, entre el 15 de agosto de 1931 y el 15 de febrero de 1932, íntegramente redactada por él, desde cuyas páginas se afanó en valorar las misiones pedagógicas de la República, el papel que el intelectual debía ocupar en la formación de una sociedad culta –y por extensión, fascista-, criticar la República como “una simple coartada de la necesidad de poder sentida por unos rivales rencorosos que no saben dignificar su éxito político: una nueva monarquía o una nueva dictadura”, o la política republicana hacia la mujer<sup>38</sup>.

El autor de *Notas marruecas de un soldado* no solo dedicó largo tiempo a posicionarse en el espectro del fascismo, también le reservó un tiempo a explicar el 98

<sup>37</sup> MAINER, J.C. (2008): p. 69 – 70.

<sup>38</sup> MAINER, J.C. (2008): p. 55 – 75.

por medio de una teoría según la cual, España no habría vivido un único desastre de esa magnitud. Más bien, la pérdida de las colonias ultramarinas era la última etapa de una larga serie de desastres coloniales que venía sufriendo España desde la primera mitad del siglo XVII cuando se firmó el pacto entre España y Holanda que suponía la pérdida del control de esa provincia. 1659 sería el segundo 98 con la pérdida de las posesiones de Artois, Luxemburgo, el Rosellón, y la Cerdeña. La separación de Portugal en 1668 y la pérdida de varias plazas en Francia serían el tercero y cuarto 98, respectivamente. 1678, la pérdida de Franco Condado, fue el quinto Desastre que preludió a la primera de las grandes afrentas al territorio español: 1713 y la firma del Pacto de Utrech con la siempre gran pérdida de soberanía de Menorca y Gibraltar. La serie continúa con 1763 –abandono de las plazas americanas de Florida y Missisipi-, 1792 a 1795 –pérdida del Oranesado y Santo Domingo-, 1800 –pérdida de Luisiana-, y 1802 –pérdida de Trinidad-. El último desastre, por el momento, sería el de 1898, el de la Generación. Y dice Giménez Caballero “el último, por el momento” porque, demostrando una clarividencia imposible para cualquier otro ser humano, muy probablemente otro 98 se manifestaría “en el terraplén final de los años 30...”<sup>39</sup>

A finales de 1931 también verá la luz de uno de los proyectos editoriales fundamentales para entender la trayectoria del fascismo español posterior: *Acción Española*. Siguiendo los preceptos marcados por su homónima francesa –*Action Française*–, el grupo de intelectuales reunidos alrededor de la revista capitaneados por Ramiro de Maeztu, manifestarán en las páginas de la publicación un ferviente nacionalismo mezclado con un lenguaje radical. A ello se le añade el aporte del positivismo comtiano, la herencia contrarrevolucionaria de Luis de Bonald y Joseph Maistre, los principios del tradicionalismo europeo, y la doctrina social católica<sup>40</sup>. Da todo esto como resultado la formación de un neo-nacionalismo conservador que con el estallido de la Guerra Civil ganará resonancia y llevará al bando sublevado la cobertura social de la sociedad española en la que habían calado estos ideales y los de la Iglesia católica.

### La literatura española de posguerra

Con todo el marasmo previo y posterior al 98, la «corte» literaria de novelistas, periodistas y pintores que compartían tertulias en bares de Madrid como La Ballena Azul

<sup>39</sup> PARRA CELAYA, M. (1978): p. 5.

<sup>40</sup> FERRARY, A. (1994): p. 164.

o el Or-Kom-Pom, que tuvo el honor de ser el local que acogió el nacimiento del himno de Falange *Cara el Sol*<sup>41</sup>, se produjo el nacimiento del partido Falange Española. Los José Antonio Primo de Rivera, José María Alfaro, Agustín de Foxá, Dionisio Ridruejo, Rafael Sánchez Mazas, Jacinto Miquelarena, Eugenio Montes, Luis Urquijo... eran los componentes de la incipiente versión española del fascismo convertido –en versión genuinamente española- en falangismo. Y es que Falange había nacido, después de aquel mitin en el Teatro de la Comedia de Madrid de octubre de 1933, como un movimiento que buscaba (o necesitaba imperiosamente) un discurso literario a su modo, que encajara con el aire que el partido quería imprimir a la sociedad y a la política española:

“Cuando José Antonio hablaba en la Comedia de ‘un movimiento poético’, no era simplemente para hacer una frase, sino que estaba decidido a proporcionar a Falange un estilo literario y estético. Desde la creación del primer semanario oficial del movimiento, *FE*, en diciembre de 1933, José Antonio pareció más preocupado por encontrar el tono más adecuado al órgano de su partido que por los urgentes problemas de carácter práctico, y en los turbulentos años posteriores jamás abandonó esta posición estética<sup>42</sup>.”

El modelo de escritor que buscaba Falange lo deja bien claro en ese mismo mitin madrileño de 1933. José Antonio necesitaba para su partido “poetas”, porque “a los pueblos no los han movido nunca más que los poetas, ¡ay del pueblo que no sepa levantar, frente a la poesía que destruye, la poesía que promete<sup>43</sup>!”

Eran pues, el núcleo fundador de la Falange, una corte formada por hombres de clase media, educados en el modo de vida de la Castilla profunda –excepto Sánchez Mazas, que era bilbaíno, y Eugenio Montes, que era gallego- que bebían de la fuente erigida por autores como Unamuno, Ortega y Gasset, Ganivet, Azorín, o Pío Baroja. Todos ellos se consideraban hijos del 98: inadaptados, rebeldes, inconformistas en la España de los años 30. Un auténtico polvorín, España, que no tardaría en explotar a causa del discurrir de los hechos políticos y sociales. Los paradigmas de sacrificio, mística, violencia, misión nacional y revolución apasionada, que ellos pregonaban a los cuatro vientos desde las páginas de revistas como *FE*, *Jerarquía*, *Vértice*, o la ya comentada *La Gaceta Literaria*, eran capaces de “embriagar a la juventud” de una manera inimaginable<sup>44</sup>.

<sup>41</sup> MAINER, J.C. (2013): p. 82 – 83.

<sup>42</sup> PAYNE, STANLEY G. (1985): p. 69.

<sup>43</sup> PENELLA, M. (2006): p. 105.

<sup>44</sup> PAYNE, STANLEY G. (1985): p. 70.

Sobre estos preceptos construirán su obra los primeros autores de corte falangista: Luys Santa Marina, Ernesto Giménez Caballero y Francisco Guillén Salaya. Samuel Ros (1904 – 1945), Agustín de Foxá (1906 – 1959), Rafael García Serrano (1917 – 1988) y Josep María Fontana Tarrats (1911 – 1984) son los cuatro ejemplos paradigmáticos de escritores falangistas de primera hora. Foxá había militado en las juventudes mauristas y entró en Falange por su amistad con José Antonio; García Serrano participó como voluntario (con 19 años) en la columna García Escámez, luego en la Bandera 26 de Falange de Navarra; y Tarrats ingresa en las JONS en los años 30 para posteriormente entrar a formar parte de Falange, participa en la creación en 1936 de la I Centuria de Falange «Virgen de Montserrat» y en la revista *Destino*, Gobernador Civil de Granada, procurador en Cortes, jefe nacional del Sindicato Vertical de la Industria Textil, ensayista político, y siempre “catalán de Franco”<sup>45</sup>.

El papel de Falange después de la guerra quedará reducido a los puestos que ocupen sus miembros en la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda, adscrita al ministerio de la Gobernación. El primer jefe de la Delegación fue el clérigo navarro Fermín Yzurdiaga Lorca, que introdujo a Dionisio Ridruejo en el aparato de gobierno como Jefe de Prensa. Yzurdiaga supone un revulsivo al modo retórico que tenía Falange. Es el creador del estilo falangista, que impregnará toda la vida de la dictadura, caracterizado por el uso de palabras magnificentes, letras mayúsculas en los sustantivos y calificativos empleados para engrandecer la dictadura y a Franco, términos latinos, etc<sup>46</sup>.

Y es que después de la guerra, a partir de 1940, las revistas impulsadas por la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda se convertirán en el órgano difusor principal de las bases teóricas del falangismo. Una de las más importantes de esta etapa será *Escorial*, publicada entre noviembre de 1940 y enero – febrero de 1950. Impulsada por Ramón Serrano Suñer, era el altavoz de los principios rectores del ideario falangista con una mezcla de fervorosa germanofilia. En *Escorial* escriben Dionisio Ridruejo, Pedro Laín Entralgo, Luis Rosales, Felipe Vivanco, Pedro Murlane Michelena, Gonzalo Torrente Ballester, José María Alfaro, Gerardo Diego, Dámaso Alonso, Vicente Aleixandre, Leopoldo Panero, Blas de Otero, José María Valverde, y un largo etcétera.

---

<sup>45</sup> MAINER, J.C. (2013): p. 261.

<sup>46</sup> “Se obsesionó con las inscripciones latinas e introdujo, junto al vocabulario que ya conocemos, términos no menos explícitos y siempre largamente difundidos (*ardiente, gozoso, jerárquico, ejemplar, vigilante, heroico, riguroso, altivo, delirante, augusto*, etc.) que, en muchas ocasiones, recordaban poderosamente la terminología voluntarista de ciertos libros de piedad, cuando no las liturgias dorsianas de las que era muy devoto.” MAINER, J.C. (2013): p. 109 – 110.

La revista, a parte de su vinculación con el por aquel momento ministro de Exteriores, era el órgano de difusión de la intelectualidad universitaria. Buscaba crear el fundamento teórico del nuevo Estado puesto que no era posible la práctica política sin una teoría. Para ello se recurría a la exaltación de la hispanidad y del españolismo como muestra de lo genuinamente español; y para ello se recurría a la recuperación del pasado y a la reinterpretación de la historia<sup>47</sup>. Manuel Tuñón de Lara lo explicó de la siguiente manera:

“[...] operaba en dos direcciones fundamentales. Una, cuya impronta de los fascismos extranjeros era más clara: doctrina del Imperio, marginación de los oponentes considerados como traidores, utilización de la masonería como chivo expiatorio con función semejante a la del judaísmo en el dispositivo nazi, exaltación del héroe – jefe, etc. Otra, que insertaba en la tradición conservadora de España, tomando elementos de la obra de Menéndez Pelayo cuando joven, pero remodelada por Vázquez de Mella y Ramiro de Maeztu. [...] la sustitución de la investigación por el mito, la identificación de la oposición y subversión, el culto al héroe, la exaltación de la meseta y de todo lo que simbolizaba la España señorial y rural; el nacionalismo a ultranza con la consiguiente designación del ‘extranjero’ como agente genérico de una secular conspiración contra nuestra patria [...]”<sup>48</sup>.

### El debate sobre el «Ser de España»

Son los años 40 los que ven la germinación y crecimiento de lo que posteriormente será denominado «falangismo de corte liberal». Y será Pedro Laín Entralgo el primero que comience a escribir sobre un asunto de vital transcendencia para los que recojan su herencia intelectual: la inclusión de la Generación del 98 en el ideario falangista. Si líneas más arriba decíamos que los escritores de este grupo formaban parte de los cimientos intelectuales del falangismo, ¿qué ha ocurrido para que, una vez se ha implantado la dictadura y el falangismo puede expresar su pensamiento claramente, se aparte el influjo de los noventayochistas?

El componente fuertemente católico del nuevo Estado impedía dar cabida dentro de su discurso a autores manifiestamente ateos como Baroja, que manifestaban de manera clara su ateísmo como Machado o Azorín, o que expresaban sin ningún tapujo sus dudas religiosas como Unamuno. Este factor pesaba mucho más que los gritos de estos autores contra la vieja España y la necesidad que en esta había de una reforma profunda en la política y la sociedad, línea muy parecida a la que seguía la dictadura. Para darles entrada, Laín escribió en 1948 el ensayo *La Generación del 98*. El libro se abre con una “Epístola

<sup>47</sup> RAMÍREZ GIMÉNEZ, M. (1978): p. 57 – 80.

<sup>48</sup> CASTILLA DEL PINO, C. (1977): p. 29 – 30.

a Dionisio Ridruejo” donde Laín explica, en síntesis, las líneas que seguirá en el desarrollo de su ensayo.

Comienza analizando las diferentes posturas intelectuales que se dan entre los miembros de su generación hacia la obra de los noventayochistas. Distingue tres tipos de personajes, siendo el primero “aquellos que nada quieren tener de tal generación y nada tienen de ella<sup>49</sup>”; y el segundo, “los españoles abiertamente hostiles contra la discutida generación y más o menos afectados por su influencia<sup>50</sup>.” Es decir, el integrismo católico y los convertidos por él son el principal núcleo opositor de la Generación. Son aquellos que reconoceremos por su estilo literario, “por su insensibilidad ante ciertas gracias y ciertas lacras de la vida y la tierra de España, por su casticismo aislacionista, por su terca ceguera frente al curso inexorable de la Historia<sup>51</sup>”; también se pueden reconocer por la consciencia o inconsciencia de la influencia de los noventayochistas en su estilo: los hay que “saben que sin la obra del 98 no serían lo que son”, y otros que “son menesterosos de su luz y generosidad” porque no son conscientes de la influencia que sobre ellos ejercen los pensadores del 98<sup>52</sup>.

En último lugar estarían “los derretidos”, es decir, aquellos que no se cansan en alabar a los escritores finiseculares y que se caracterizan “por decir ‘don Miguel’ siempre que se refieren a Unamuno, ‘don Pío’ cuando hablan de Baroja y ‘don Antonio’ cuantas veces hablan del menor de los Machado<sup>53</sup>.” Y es que, aunque todo gran hombre y literato necesita vivir con “ese halo de admiradores beatos”, no se puede valorar su obra exclusivamente por el “pañó de sus tertulias.”

Los españoles tienen con la Generación “una grave deuda”, en tres partes “idiomática, estética y española.” Son españoles, son patriotas por “el camino de la crítica”, que se oponen a los que muestran su disconformidad y mezquindad sin proponer soluciones que ayuden a superar los problemas. Los noventayochistas son el ejemplo para hombres que “como tú y yo [Laín y Ridruejo], y todos los que, exentos de culpas viejas –‘ligeros de equipaje, como los hijos de la mar’-, nos asomamos después de 1931 a la insatisfactoria vida de España, [y] hemos sentido que a nuestros oídos se enderezaba el

---

<sup>49</sup> LAÍN ENTRALGO, P. (1997): p. 15.

<sup>50</sup> LAÍN ENTRALGO, P. (1997): p. 16.

<sup>51</sup> LAÍN ENTRALGO, P. (1997): p. 15.

<sup>52</sup> LAÍN ENTRALGO, P. (1997): p. 17.

<sup>53</sup> LAÍN ENTRALGO, P. (1997): p. 17.

canto del grande y extraviado poeta<sup>54</sup>.” Porque, al fin y al cabo, son los falangistas los que habrían soñado una nueva España al modo de lo que soñaron los del 98<sup>55</sup>, y serían ellos los destinados, los designados, a gobernarla<sup>56</sup>.

Aún con todo, Laín aboga por mantener una actitud crítica ante ciertas posturas de la Generación, especialmente en relación con la religión:

“Pero no somos, no podemos ser derretidos. No los acompañamos en su descarriada actitud religiosa, aunque nos esforcemos por comprenderla amorosamente cuando es sincera; detestamos de corazón las tartarinadas blasfematorias de los que, como Baroja, al arrimo de ellas hallaron notoriedad; no aceptamos todos sus proyectos, juicios y ademanes en torno a la vida de España; no compartimos, en fin, ciertas posturas intelectuales, estéticas y políticas que desde nuestro tiempo vemos como verduras pasadas o como reales imitaciones de su tiempo y suyas<sup>57</sup>.”

El amor que manifiestan los noventayochistas a España no sería un sentimiento para “todas las Españas históricamente posibles –rojas, azules, blancas o amarillas.” Sería un sentimiento de amor hacia el proyecto deseado de construcción de un ideal nacional genuinamente español donde se dan cabida todas esas Españas posibles. Sería esa España la que deseaban todos los de la Generación desde Unamuno a Baroja; y como desean ese nuevo país, se preocupan por él, viven en constante preocupación, ejercen un “patriotismo de desear<sup>58</sup>.” Y es que este patriotismo se ejerce mediante una crítica constante hacia aquellas taras de España y de los españoles que Laín resume en tres fundamentales:

“1. Crítica de la vida española en lo que ésta tenía de ‘civilizada’ y ‘moderna’. La repulsa se referirá unas veces a la vida civilizada y moderna en sí, y otras a la manera española de copiarla. 2. Crítica de la historia de España y de las formas de vida que, a modo de secuela, actualizaban entonces la fracción inaceptada e inaceptable de la vida de España. 3. Crítica de la peculiaridad psicológica del hombre español, así la dependiente de su índole nativa o racial (casticismo de casta, temperamento) como la engendrada por la singularidad de la historia de España (casticismo histórico)<sup>59</sup>.”

La obra de Laín supondrá la culminación del proceso para integrar a los noventayochistas en el discurso intelectual de la dictadura. Pero su tarea no quedará

---

<sup>54</sup> LAÍN ENTRALGO, P. (1997): p. 18.

<sup>55</sup> “¿No hemos soñado nosotros que, por fin, era llegada la hora de esa tan esperada síntesis de España?” le pregunta Laín a Ridruejo recordando las cenas entre falangistas en Burgos, LAÍN ENTRALGO, P. (1997): p. 19.

<sup>56</sup> MAINER, J.C. (2013): p. 44.

<sup>57</sup> LAÍN ENTRALGO, P. (1997): p. 19.

<sup>58</sup> LAÍN ENTRALGO, P. (1997): p. 185 – 189.

<sup>59</sup> LAÍN ENTRALGO, P. (1997): p. 191.

consolidada definitivamente: el 98 será tomado como referencia para una parte del falangismo –como decíamos líneas más arriba, de corte «liberal»-, mientras que otros sectores integristas –católicos, por ejemplo-, rechazarán sus postulados y combatirán desde los medios a su disposición cualquier tipo de reminiscencia reformista finisecular.

El sueño de los primeros falangistas como Ridruejo o Laín comienza a desaparecer a partir de un año concreto: septiembre de 1945, el final de la Segunda Guerra Mundial. Con la derrota de las potencias del Eje, a España no le convenía mantener un discurso tan marcadamente filofascista, motivo por el cual su principal adalid, Serrano Suñer, es retirado de sus cargos políticos para dar un nuevo rumbo a una Falange cada vez más convertida en un difuso Movimiento Nacional. El sector católico que formaba parte del gobierno de la dictadura comenzó a ganar peso cualitativo en los puestos ejecutivos. La Delegación Nacional de Propaganda, por aquel entonces dependiente del ministerio de la Gobernación, pasa a ser responsabilidad del ministerio de Educación Nacional controlado por un católico y antiguo propagandista José Ibáñez Martín. Y es que los sueños de la primigenia Falange comenzaban a desaparecer por la pujanza de una nueva generación conservadora que no tenía ni a Unamuno, ni al liberal Ortega y Gasset, ni a Menéndez Pidal como guías; sino que tenía a Ramiro de Maeztu, Menéndez Pelayo, y al grupo de *Acción Española*<sup>60</sup>.

En 1949 se produce el primer encontronazo directo entre los dos sectores a causa de la publicación del libro de Pedro Laín titulado *España como problema*. En él Laín buscaba combinar aquella cierta tendencia «liberal» que ya se dejaba intuir en el análisis de *La Generación del 98*, con el caduco tradicionalismo español que hincaba sus orígenes en el pasado siglo XIX. Con esa mezcolanza de ideas se solucionaría el problema que impedía avanzar a España y que la mantenía presa de los fantasmas del pasado. La contestación vino unos meses después desde las prensas de la editorial Rialph y de la mano de Rafael Calvo Serer y el libro *España, sin problema*. Calvo Serer, que era colaborador habitual de la revista vinculada al Consejo Superior de Investigaciones Científicas –y por lo tanto al Opus Dei- *Arbor*, manifestaba que en España no había un problema de conciliación de las diferentes mentalidades. Ya lo había dicho Menéndez Pelayo: existe en España una unidad católica que hace frente a las nuevas doctrinas que trae el siglo XX; el problema de la dicotomía entre las dos opciones en España estaba

---

<sup>60</sup> MAINER, J.C. (2013): p. 160 – 161.

solucionado desde el momento en el cual se produjo la victoria de uno de los dos bandos enfrentados en una Guerra Civil<sup>61</sup>.

Desde este momento los caminos entre las dos tendencias del régimen –la falangista y la católica-, comenzarán a divergir definitivamente. Lo que sucedía era que muchos se estaban dando cuenta de que el discurso político de la dictadura iba por un camino diferente a las acciones que tomaba. Los años 40 son la década de la autarquía, de la miseria vivida día a día por los españoles en cada rincón de España; las consecuencias de esas políticas económicas se veían cada día en la calle y en las casas particulares, razón por la cual era bastante difícil separar el plano teórico del práctico. Serán los años finales de la década de los 40 los que marquen el punto de inicio de la ruptura del pensamiento falangista con el discurso oficial de la dictadura. Este corte con lo anterior no se manifestará, al menos de manera principal, por medio de novelas –como habían hecho los pioneros del fascismo-, sino que lo hará utilizando un mecanismo más limitado en cuanto a su difusión pero más abierto y libre para los cambios: las revistas. La primera de ellas, la que rompe la línea de fuego, fue *La Hora* (1948 – 1949). *La Hora* expresaba la desilusión de la juventud universitaria falangista hacia la política efectuada por la dictadura y en ella, Carlos París, que colaboró en la publicación, dejó manifestado lo siguiente:

“Yo vivía las ideas de la Falange y de José Antonio, al que había leído. No iba al Frente de Juventudes por inercia como otros, tenía una idea revolucionaria: anticapitalista, una revolución por hacer. No estaba integrado, me parece, en los esquemas falangistas de la España Nacional<sup>62</sup>.”

Abundó también la juventud de esta hora en la cuestión de los problemas de España y del ejemplo que para ellos suponía la Generación del 98 en este aspecto:

“Teníamos una preocupación por el problema de España, un poco en la línea de la Generación del 98, pero en un sentido más político, de dolor por la decadencia de España pero en un sentido reactivo y optimista en nuestra capacidad para cambiar las cosas<sup>63</sup>.”

Si bien el punto de arranque se manifiesta ya claramente en el punto cronológico citado, con anterioridad algunos observadores de la vida cultural española ya se habían percatado de que algo estaba sucediendo entre los escritores e intelectuales de la época.

---

<sup>61</sup> FERRARY, A. (1994): p. 160.

<sup>62</sup> GRACIA, J. (1996): p. 69 – 70.

<sup>63</sup> GRACIA, J. (1996): p. 70.

Así lo expresaba el escritor, autor de la clásica novela falangista *Camisa azul (Retrato de un falangista)*, Felipe Ximénez Sandoval en el *ABC* de mayo de 1939:

“Sénder, Herrera, Benavides, Falcón, en la prosa, Alberti, Cernuda, Miguel Hernández, Altolaguirre, en el verso, [que] son los tristes Homeros de una *Iliada* de derrotas [...] Para el crimen entre las vallas de un solar, para la huida del Tajo, para las minas de topo contra el Alcázar, bien están esta prosa vil y este verso surrealista [...]. La poesía roja, químicamente pura, deshumanizada [...], tenía que concluir en el marxismo, concepto helado [...]. Los poemas de Alberti, de Cernuda, de Miguel Hernández son unos poemas de laboratorio, sin fuerza ni hermosura, equívocos, cobardes y llorones, donde solo se habla de sangre derramada de los niños, donde están ausentes la pasión y la mujer y la alegría de la victoria<sup>64</sup>.”

De este discurso podemos sacar dos líneas argumentales esenciales que nos ayudarán a comprender cómo se produce el cambio entre la actitud beligerante contra el enemigo y comprometida con la dictadura, y la aparición de un discurso alejado de aquella. El primer argumento sería el de que la guerra había dado sentido al proyecto falangista porque, sin él, tal vez no hubiera existido. Por lo tanto, que alguien se ponga a escribir sobre la “sangre derramada de los niños” y carezca de pasión para tratar el tema femenino o la “alegría de la victoria” solo puede ser tratado como escritor de “poesía roja.” Por lo tanto, y como segundo argumento, la guerra fue el inicio de una España distinta, fue el ara sacrificial de cientos de jóvenes y hombres que querían una nueva España regida con mano dura y destino seguro en la historia por un caudillo de corte casi mesiánico.

Serán aquellos jóvenes introducidos en círculos falangistas desde su etapa universitaria como Pedro Laín, Dionisio Ridruejo, José Luís López Aranguren, José Antonio Maravall, Federico Sopeña, Martín de Riquer, Enrique Lafuente Ferrari; o escritores llegados después de la imposición de Franco en el poder como Camilo José Cela, o Gonzalo Torrente Ballester, los que se ocupen de difundir la nueva corriente de pensamiento entre la juventud universitaria por medio de las revistas como *Estafeta literaria*, *El Español*, o *Fantasía*. Estos, que ya habían participado en la primigenia *Revista*, se mezclan ahora con los “herederos de la tradición derrotada<sup>65</sup>” como Julián Marías, Ricardo Gullón, Jorge Campos, Domingo Pérez Minik, o José Corrales Ojea.

<sup>64</sup> *ABC*, 28/V/1939, en MAINER, J.C. (2013): p. 326.

<sup>65</sup> GRACIA, J. Y RÓDENAS, D. (2008): p. 105.

Son autores que desarrollan un género literario que había tenido gran predicamento entre los de la Generación del 98, especialmente en Unamuno: el ensayo. La posición de influencia de un Unamuno aperturista hacia las ideas europeas de su momento será la que influya en estos autores falangistas arriba citados; y será la que explique la aparición de revistas de ensayo y pensamiento crítico. Y precisamente el concepto de “pensamiento crítico” será el que produzca un rechazo diametral del sector católico hacia este género. Ernesto Giménez Caballero lo expresaba así en 1944:

“Nosotros hemos reaccionado salvadoramente contra ese género literario, tan encantador y tan maléfico que ha sido el ensayo. No hemos añadido la prueba a la verdad. Eso hubiera sido ‘ciencia’ y no ‘literatura’ y ‘Poesía’. Pero hemos procurado añadir ‘fe’ y ‘afirmación’ a nuestras evidencias. Creo que no debe fomentarse el ensayo, sino transformarlo otra vez en serio tratado o en puro capricho poético<sup>66</sup>.”

El sector más reaccionario de los católicos de la dictadura, el grupo perteneciente a la Obra, coincidía también con la opinión que expresaba Giménez Caballero. Para fomentar la “ciencia”, de la que hablaba Giménez Caballero, fundan el Consejo Superior de Investigaciones Científicas; vinculado a este nace la revista *Arbor*; y para dar mayor difusión a los intelectuales y escritores que difunden el pensamiento vinculado con los preceptos de la Obra de Escrivá, crean la editorial Rialph. Escritores e intelectuales como el ya citado más arriba Rafael Calvo Serer, Florentino Pérez Embid, o Vicente Marrero practicaron un reaccionarismo extremo que daba la espalda al aplastante atraso español con el único objetivo de construir una España donde la Iglesia católica ejerciera su hegemonía moral<sup>67</sup>. Y por esa razón, muy similar al argumento de Giménez Caballero, rechazan en ensayo por ser, en palabras de Pérez Embid, “la manera más irresponsable de decir lo que cada cual quiere<sup>68</sup>.”

El cambio entre los que cultivaban la palabra escrita se explica también por la entrada en España de las influencias de pensamiento y literarias que venían del exterior. La publicación en todas las revistas arriba citadas de traducciones de obras americanas, inglesas, francesas, alemanas, o italianas. Especial influencia tendrá la literatura social norteamericana en la aparición de la corriente Teatro de Agitación Social (TAS) de la cual formaban parte los dramaturgos Alfonso Paso, Alfonso Sastre, Carlos Muñiz, Delgado Benavente, o Lauro Olmo. La influencia en ellos del dramaturgo norteamericano

---

<sup>66</sup> GRACIA, J. Y RÓDENAS, D. (2008): p. 103.

<sup>67</sup> GRACIA, J. Y RÓDENAS, D. (2008): p. 108.

<sup>68</sup> GRACIA, J. Y RÓDENAS, D. (2008): p. 108.

Eugene O’Neal, fuertemente influenciado por autores que ya habían supuesto una ruptura anterior en su tiempo como fueron Chéjov o Ibsen, es clara y evidente e indica a todas luces que algo se mueve en el panorama literario.

### La inclusión de la cultura catalana en el programa franquista

Por lo que respecta a la realidad catalana de finales de los años cuarenta, y ya casi rayando los primeros cincuenta, ese incipiente cambio de rumbo en lo cultural se manifiesta a través de la concesión de ciertas medidas permisivas de carácter de expresión popular y folclórica. No es únicamente que se cambie la sensibilidad de la intelectualidad de la dictadura; es también la modificación diametral del contexto internacional con la derrota definitiva del fascismo y el nazismo, lo que lleva al régimen a buscar dar una imagen diferente en el exterior. En una línea muy similar a la que será la del caso del estudio que analizaremos en líneas venideras, la cultura oficial comenzó a ampliar sus fronteras hacia la literatura catalana –y por extensión con el conjunto de la cultura en general- con la asimilación de dos escritores: Jacint Verdaguer y Jaume Balmes<sup>69</sup>.

Verdaguer, como poeta y religioso, era introducido como representante de la Cataluña que interesaba a la dictadura: rural y folclórica. Si se ensalzaban estos dos aspectos, no había ningún inconveniente en que Verdaguer hubiera escrito en catalán, porque lo hacía en una lengua que conservaba unas características arcaizantes que la hacían tolerable a ojos de las autoridades de la dictadura. Quiere esto decir que la lengua catalana previa a la normativa fabriana era aceptada como valor folclórico y, por lo tanto, permitida en su difusión. Otro tanto ocurría con Balmes, aunque en menor medida, pues este escribió la mayor parte de su obra en castellano. Como catalán que había desarrollado la mayor parte de su vida en Madrid, Balmes sería el nexo de unión perfecto entre Cataluña y España: la visión catalana de la realidad española. Era católico y monárquico, lo que lo hacía también asimilable por ciertos sectores de la Falange.

Los centenarios del nacimiento de los dos personajes comentados –1945 el de Verdaguer, 1948 el de Balmes- sirvieron para darles difusión y para crear su encaje en el discurso oficial. Es el momento en el que la guerra comienza estar lejana y se hace necesario abandonar progresivamente la represión cultural y dar cabida a la realidad catalana. El Gobernador Felipe Acedo intentará establecer lazos de unión entre los

---

<sup>69</sup> SANTACANA, C. (2013): “Una lectura franquista de la cultura catalana dels anys quaranta”, en SANTACANA, C. (coord.): *Entre el malson i l’oblit. L’impacte del franquisme en la cultura a Catalunya i les Balears (1939 – 1960)*, p. 45 – 71, Catarroja, Editorial Afers.

sectores burgueses de la ciudad de Barcelona y el poder central representado por aquel. Son movimientos que van acompañados de la toma de posiciones por parte de actores cívico-políticos de la vida catalana con la organización de certámenes literarios o editoriales<sup>70</sup>.

Se debe tener cuidado en la valoración de lo que estos primeros movimientos por parte de la oficialidad de la dictadura representaron verdaderamente para la cultura catalana. No podemos hablar de una tendencia catalanista dentro de la dictadura; incluso no deberíamos hablar de una posición cercana al catalanismo. Lo que se refleja en este primer cambio de posiciones es la necesidad de encontrar nuevas bases que presten apoyo a la dictadura. Los sectores burgueses a los que esta se abría se conformaban con cualquier pequeña apertura hacia su cultura con tal de que se mantuviera su estatus económico dominante. Este factor, y la ya comentada necesidad de apertura, es el que explica este movimiento y la permisividad de las autoridades de la dictadura hacia ciertas manifestaciones de la cultura catalana.

### El cambio de los años 50: nuevos paradigmas, evolución de ideas

Los 50 marcan el punto de inflexión definitivo con el fracaso del modelo económico. La huelga de 1951 en Barcelona provocada por el aumento de precios del billete de tranvía supuso la caída de la venda que tenía en los ojos el régimen. Y esa visión nítida de la realidad que ahora comenzaba a tener la dictadura, cual curación del ciego, se manifestó en la moderación del discurso en ciertos sectores con la destitución de cargos de filiación integrista. De esta manera llegó al cargo de ministro de Educación Nacional, y por lo tanto controlador de la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda, Joaquín Ruiz-Giménez.

Ruiz-Giménez, que substituía al católico Ibáñez Martín, era un antiguo propagandista que, por verse vinculado a este sector, contará desde siempre con la oposición del sector opusdeísta del régimen. Su equipo era visto como un grupo de izquierdistas, republicanos, socialistas, continuadores del 98 (pero solo de Unamuno y Machado), y krausistas<sup>71</sup>. Representan la apertura hacia el pensamiento católico europeo de corte democrático, en oposición a los intelectuales de la Obra que hacían el camino hacia el conservadurismo. Nombres, como el del ya citado en varias ocasiones, Dionisio

---

<sup>70</sup> SANTACANA, C. (2000): p. 24 – 26.

<sup>71</sup> DÍAZ, E. (1983): p. 63 – 64.

Riduejo, Enrique Tierno Galván, Javier Marías, Jaume Vicens Vives, o José Luis Aranguren, se daban cita en las páginas de las dos revistas: *Alcala* –en Madrid-, y *Laye* –en Barcelona, que representaban el espíritu crítico de aquellos que veían con desencanto la deriva ideológica de la dictadura hacia sectores reaccionarios católicos.

Serán los jóvenes, y no tan jóvenes, formados en la lectura de los textos oficiales los que den el paso hacia la renovación intelectual. La colocación en el puesto de ministro de Educación Nacional de Joaquín Ruiz – Giménez, es un ejemplo más del cambio de paradigma que se va a producir. El medio para canalizar el descontento será la participación en el Sindicato Español Universitario (SEU), que será un fiel reflejo de la decadencia de los ideales falangistas por el “gradual e implacable desplazamiento de la doctrina al cajón de las nostalgias vehementes<sup>72</sup>”, en palabras de Dionisio Riduejo. La difusión de revistas como las ya citadas más arriba y la puesta en marcha de los Cineclubs universitarios, sirven de apoyo a la difusión de la vanguardia crítica del momento.

El equipo de Ruiz-Giménez vertebró una tenue apertura hacia las nacionalidades históricas y, en torno a Riduejo y Carles Riba se cerró la presencia de la literatura catalana en el Congreso de Poesía de Segovia de 1952; hecho sin precedentes y ejemplo de la voluntad que el grupo de Ruiz-Giménez tenía de abrirse a la cultura catalana<sup>73</sup>. Pedro Laín y Antonio Tovar fueron nombrados recortes de la Universidad Complutense de Madrid, y de la Universidad de Salamanca respectivamente; Torcuato Fernández Miranda fue designado para el puesto equivalente en la Universidad de Oviedo.

La revista *Laye*, editada desde Barcelona, refleja la desviación del ideario falangista hacia posturas de carácter socialista, o hacia lo que se podría llamar (con todas las cautelas que una denominación de este estilo requiere), un «falangismo de izquierda». Los ideales falangistas, comentaba Jesús Núñez en las páginas de la revista, pueden pervivir por medio de la “dignificación de una cultura popular” que habría de ser dignificada por “unos responsables de la formación del *pueblo español*<sup>74</sup>.” La cultura popular debía ser fomentada y su dignificación serviría para educar a las masas, en lo que parece ser un giro radical hacia una postura de dignificación de lo popular con tintes

---

<sup>72</sup> GRACIA, J. (1996): p. 43.

<sup>73</sup> AMAT, J. (2003): “Hilos de aproximación. El catalanismo dialogante y los Congresos de Poesía”, *Ínsula*, nº 684, [en línea], <<http://www.ub.edu/filhis/documentsweb/becarios/materiales/jordi/segovia.pdf>>, [Consultado el 6/VI/2014]

<sup>74</sup> GRACIA, J. (1996): p. 104.

marcadamente gramscianos<sup>75</sup>. En *Laye* tenían cabida las traducciones de Sartre, Eliot, de los simbolistas franceses, de los escritores progresistas católicos europeos, los pensadores alemanes, y como no podía ser de otra manera, el pensamiento liberal de Ortega y Gasset.

Por otra banda, *Alcalá*, homóloga de *Laye* en Madrid, seguía una línea más próxima al catolicismo progresista europeo. Puesta en marcha por la Jefatura Nacional del Sindicato Español Universitario (SEU), recogía “las crónicas de los becarios que Ruiz-Giménez enviaba a las universidades extranjeras<sup>76</sup>.” Sus críticas hacia la dictadura se centraban en un plano teórico, criticando por ejemplo que la obra de José Antonio y “sus ideas van siendo desconocidas en buena parte de las generaciones más jóvenes, tal vez, porque las reciben a través de fórmulas gastadas e ineficaces<sup>77</sup>.” La difusión de autores extranjeros se produjo en formato libro con la fundación de la editorial Taurus vinculada a los escritores de *Alcalá*.

La otra publicación que sirvió de altavoz al equipo de Ruiz-Giménez, en este caso desde Barcelona, fue *Revista*. La publicación fue fundada en 1952 por el empresario catalán Albert Puig i Palau que contó con la inestimable ayuda de Dionisio Ridruejo para la ejecución de las diversas tareas que implicaban realizar un proyecto como este. La revista estaba bañada por una pátina de «barcelonismo» que se colocaba sobre otras capas que demostraban su compromiso con los valores de la cultura oficial: catolicismo y un acérrimo hispanismo. Bajo el término «barcelonismo» se ocultaba otro término prohibido en la política de la dictadura: «catalanismo». El barcelonismo era la manera de introducir elementos catalanistas que, de haber sido introducidos como tales, se habrían encontrado el rechazo de la dictadura<sup>78</sup>.

Si el equipo de Giménez tenía a las publicaciones *Revista* y *Alcalá* de su lado, los sectores de la Obra pusieron en marcha *Arbor* vinculada al Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). Mientras que el proyecto ministerial se basaba en la comunión entre sectores de la cultura de formación liberal, medios católicos menos integristas vinculados a la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNP), y personas con amplia experiencia diplomática europea; el proyecto opusdeísta contaba con

---

<sup>75</sup> Para un estudio y antología de la revista, sigue siendo de ayuda BONET MOJICA, L. (1988): *La revista Laye. Estudio y antología*, Barcelona, Península.

<sup>76</sup> GRACIA, J. (1996): p. 95.

<sup>77</sup> GRACIA, J. (1996): p. 106.

<sup>78</sup> MAINER, J.C. (2005): “Los primeros años de Revista (1952 – 1955). Diálogo desde Barcelona, en DESVOIS, JEAN MICHEL (coord.): *Prensa, impresos, lectura en el mundo hispánico contemporáneo: homenaje a Jean-François Botrel*, p. 405 – 422, Université Michel de Montaigne Bordeaux 3.

el soporte, también, de aquellos que anhelaban todavía por un monarquismo restauracionista, como era Rafael Calvo Serer. Antonio Fontán percibía en el equipo de Ruiz – Giménez “la amenaza que rondaba al catolicismo más ortodoxo en las disposiciones revisionistas del joven ministro<sup>79</sup>.”

Y es que los años 50 suponen la entrada en España de los ideales del progresismo católico europeo. Aquellos escritores católicos progresistas europeos que citábamos líneas más arriba y cuyas traducciones aparecían en *Laye*, no eran otros que Jacques Maritain, Emmanuel Mounier, Guardini, Graham Greene, Albert Camus, o Giuseppe Lanza del Vasto. Porque la línea que separaba al catolicismo manifestado y profesado en la España dictatorial, del catolicismo protestante que se manifestaba más allá de los Pirineos se habría roto en este momento cronológico.

La cruzó por primera vez José Luis Aranguren con la publicación de una recogida de artículos publicada a lo largo de 1949 y 1953 bajo el título *Catolicismo día tras día*, y la continuará en 1952 y 1954 con la publicación de *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia*, y *El protestantismo y la moral*, respectivamente. Lo que manifestaba Aranguren con sus estudios era la apertura intelectual hacia un catolicismo abierto en la misma línea de lo que ya había defendido con anterioridad Pedro Laín. El diálogo con el protestantismo queda abierto desde entonces gracias a la inclusión del diálogo con autores como Jean-Paul Sartre, y Albert Camus; y también con Heidegger, Karl Jaspers, o Gabriel Marcel<sup>80</sup>.

Si Aranguren busca el cambio en el campo de la religión, Jaume Vicens Vives lo hace en el de la historia. Era necesario huir del modelo imperante en aquellos años pasados fundamentado en los preceptos de Menéndez Pelayo, el faro del tradicionalismo español y de la contrarreforma cultural del inicio de la dictadura, que aunque Laín intentó explicar su faceta menos radical y próxima al «casticismo» nunca se pudo apartar su figura de ideal del fascismo nacional-católico español. Era necesario crear una verdadera ciencia histórica:

“Creemos fundamentalmente que la historia es la vida, en toda su compleja diversidad. No nos sentimos, por lo tanto, atados por ninguna prevención apriorística, ni de método, ni de especulación, ni de finalidad. Despreciamos el materialismo por unilateral, el positivismo por

---

<sup>79</sup> GRACIA, J. (1996): p. 78.

<sup>80</sup> DÍAZ, E. (1983): p. 65.

esquemático, el ideologismo por frívolo. Intentamos captar la realidad viva del pasado y, en primer lugar los intereses y las pasiones del hombre común<sup>81</sup>.”

Y también manifestará Vicens su intención de abrir el campo historiográfico hacia Cataluña, centrándose en aspectos económicos y políticos que hasta aquel momento no habían sido tratados de manera científica por un historiador. Son ejemplos de este interés de la corriente historiográfica de Vicens los títulos *Notícia de Catalunya*, publicada en 1954, e *Industrials y polítics del segle XIX* que vio la luz en 1958.

Mientras que el sector encabezado por el ministro de Educación Nacional iba por un lado aperturista, el sector vinculado al Opus Dei intentaba silenciarlo con las armas que tenía a su alcance. Las prensas de Rialph dieron a luz la colección Biblioteca del Pensamiento Actual; surgieron también las revistas *Ecclesia* y *Razón y fe*. La importancia del Opus se basaba en la aplicación de una «Tercera fuerza» que tenía como objetivo la introducción de elementos de racionalización y planificación económica en la dictadura, y para ello necesitaba acallar a los que eran sus rivales ideológicos<sup>82</sup>. Vinculados a este movimiento católico conservador encontraremos a figuras como Ignacio Agustí, Federico Sopena, Gerardo Diego, José María Pemán, o Manuel Fraga.

Los 50 son el momento del cambio generacional, de la eclosión de la literatura social. En 1955 (cuatro años después de aparecer su primera edición en Buenos Aires) Camilo José Cela se gana una buena dosis de recortes por parte de la censura de la dictadura que poda –literalmente<sup>83</sup>- su obra *La Colmena*; Rafael Sánchez Ferlosio, en ese mismo año, publica *El Jarama*; un año antes Gabriel Celaya había publicado *Cantos Iberos*, y José Ángel Valente *A modo de esperanza*. Y en 1953, con guion de Miguel Mihura y Juan Antonio Bardem y bajo la dirección de Luis García Berlanga, se estrenó el film *Bienvenido, Mister Marshall*, una crítica feroz a la sociedad española de la época. Y como el film, todas las obras antes citadas, cada una en su manera y medida, manifestaban el inconformismo con la época, el desencanto con la situación política y social, el descontento por el transcurrir de los hechos de la vida diaria.

El Premio Nobel de 1956 al poeta Juan Ramón Giménez supone no solo el respaldo definitivo al nuevo impulso que habían tomado las letras españolas desde finales

---

<sup>81</sup> VICENS VIVES, J. (1960): “Prólogo”, *Aproximación a la historia de España*, p. 16 – 18, Barcelona, Vicens Vives.

<sup>82</sup> GRACIA, J. (1996): p. 86.

<sup>83</sup> *El País*, 6/II/2014, <[http://cultura.elpais.com/cultura/2014/02/06/actualidad/1391643384\\_914230.html](http://cultura.elpais.com/cultura/2014/02/06/actualidad/1391643384_914230.html)> [Consultado en 26/V/2014]

de los 40, también un acercamiento de los intelectuales del exilio con el interior, puesto que el poeta era visto como un espejo en el que mirarse por parte de los escritores que estaban en España<sup>84</sup>. Desde este momento ya no hablamos exclusivamente de novela social; hablamos social – realismo literario: Carmen Martín Gaité, Jesús López Pacheco, Ana María Matute, Gonzalo Torrente Ballester, Armando López Salinas, Alfonso Grosso, Lauro Olmo, y un largo etcétera.

Ahora bien, podemos caer en la tentación de asociar al ya debilitado falangismo con el liberalismo, en una especie de carambola conceptual que daría lugar a un «liberalismo falangista.» Pero nada más lejos:

“Los términos falangismo y liberalismo, conciliables, al parecer, en un puro ejercicio de comprensión cultural, eran realmente incompatibles y un auténtico proceso de liberalización necesitaba asumir el hecho de tal incompatibilidad. El régimen –concluye Aranguren- prefirió no afrontar la situación, sortear la decisión necesaria y hacer suyas luego las fórmulas combinadas de la pseudoliberalización y la tecnocracia<sup>85</sup>.”

El término de «liberalismo falangista» debemos encuadrarlo en la aparición de la revista *Escorial*, y encarnarlo en la figura de personajes como Ridruejo, Laín, o Tovar. Resulta cuanto menos extraña la aplicación del calificativo «liberal» a los miembros de un partido fascista que se encontraba, por definición, en las antípodas del liberalismo en tanto que el fascismo es la negación del liberalismo; es decir, es el «antiliberalismo». Esta mezcla de adjetivos calificativos tan opuestos tendría su origen en las luchas ideológicas que se dieron en el seno de Falange a partir de 1951; las denuncias del ministro Manuel Fraga desde su puesto hacia aquellos a los que él consideraba liberales; y en la propia utilización del término «liberal» por filósofos, no siempre de Falange, para delimitar el grupo.

Según los propios falangistas, la deriva del falangismo en liberalismo no sería más que el resultado de la evolución propia y natural del pensamiento falangista. Así, no habría mayor ejemplo de esa voluntad evolucionista que la inclusión en el programa intelectual de la dictadura de los miembros de la Generación del 98, el legado de la Institución Libre de Enseñanza, el pensamiento de Ortega y Zubiri, la Generación del

---

<sup>84</sup> DÍAZ, E. (1983): p. 89.

<sup>85</sup> DÍAZ, E. (1983): p. 86.

27... Es decir, dar entrada a aquellos temas que en 1939 eran tabú. En palabras de Santos Juliá,

“el falangismo liberal se habría definido, hacia el pasado, por su intención de continuar la tradición liberal española cerrando las heridas de la guerra civil y haciendo evolucionar, hacia cierto liberalismo de contenido difusamente izquierdista, al régimen de Franco<sup>86</sup>.”

La explicación al uso del calificativo «liberal» para definirse se encuentra en la interpretación desde su presente hacían los protagonistas de esta historia. Porque, en definitiva, eso es la Historia: la interpretación desde el presente de lo que ocurrió en el pasado. La necesidad de dar coherencia al relato del pasado invita al narrador a hacer coincidir la evolución de este con el relato del momento desde el cual se narran los hechos vividos. Es decir: los falangistas nunca fueron liberales; si se calificaban de esta manera era porque en el momento de definirse habían alcanzado dicha posición ideológica<sup>87</sup>.

1956 fue, también el final de la andadura política del ministro Ruiz – Giménez. Los sucesos ocurridos en la Universidad Complutense de Madrid que enfrentaron a estudiantes con sectores inmovilistas de Falange, acabaron con su destitución y la dimisión de Pedro Laín –rector de la Universidad Complutense- y Antonio Tovar –rector de la Universidad de Salamanca-. Es este el punto de arranque del ya arriba comentado “falangismo liberal.” Jóvenes –y no tan jóvenes- educados en los principios de Falange que se ven “desencantados” con el falangismo político.

El proyecto de Falange había sido traicionado por el Estado. De esa manera a los ya citados Ridruejo, Laín, Aranguren, Tierno, Vicens, se les unen otros como Sacristán, Castellet, o Ferrater: no se está construyendo el Estado soñado por José Antonio; el proyecto deriva hacia el catolicismo integrista vinculado al sector de la Obra de Escrivá y de sus representantes en el gobierno: los tecnócratas del desarrollismo.

Los preceptos del Concilio Vaticano II (1959 – 1965) aceleraron la conciliación entre ese catolicismo progresista y la comprensión del marxismo. Esta unión es el “paradigma” para los católicos descontentos y críticos con el falangismo. Es la explicación de la aparición del Frente de Liberación Popular (FLP, conocido como

---

<sup>86</sup> JULIÁ, S. (2004): p. 336.

<sup>87</sup> JULIÁ, S. (2004): p. 350 – 351.

FELIPE) –en una postura más radical-, o del giro de pensamiento definitivo de revistas y escritores como *Destino* o *Triunfo*, o la aparición de nuevas como *El Ciervo*<sup>88</sup>.

La dictadura nunca estuvo preparada para un cambio. La dictadura sabía de antemano que sería de ella una vez ocurriera el «hecho biológico» que apartara, irremediabilmente al dictador de su puesto de poder. El dominio de los vivos –al menos en parte- estaba en sus manos; el dominio de los muertos, aun teniendo buenos contactos con los que con él trataban, ya era más difícil de dominar.

---

<sup>88</sup> GRACIA, J. Y RÓDENAS, D. (2008): p. 109.

## Los actos de homenaje a Joan Maragall

En el mes de mayo de 1960, Franco visitó la ciudad de Barcelona en numerosas ocasiones. Entre los días 5 y 6 celebró un Consejo de Ministros en el palacio de Pedralbes. Tres días después se celebró con toda la pompa y boato el Desfile de la Victoria y se conmemoró el XXI aniversario de la victoria. El día 14 visitó el monasterio de Montserrat. Los jornadas del 16 y 17 las repartió entre la visita a la Capitanía General de Barcelona y la visita a la ciudad de Girona, respectivamente. Y, finalmente, el día 21 lo dedicó a visitar empresas de la ciudad: La Maquinista Terrestre y Marítima, y Motor Ibérica.

Entre todas estas visitas realizadas a lo largo del mes se encuentran los actos celebrados en la ciudad de Barcelona el día 18 para conmemorar el centenario del nacimiento y el cincuentenario del fallecimiento, que correspondía a 1961, del poeta Joan Maragall. Estos eventos fueron el colofón –aunque los homenajes continuaron a lo largo del año-, a los actos previstos por la Comisión de Homenaje para el centenario de Joan Maragall instituida para organizar y dar publicidad a los homenajes realizados por toda la geografía catalana y española en honor al poeta.

El primer acto en el que estuvo presente Franco se realizó en la Biblioteca Central, nombre con el que era conocida la Biblioteca de Cataluña desde la entrada del ejército sublevado en la ciudad de Barcelona. Acompañaban a Franco el ministro de Educación Nacional, José Rubio García; en representación de Ramón Menéndez Pidal, presidente de la Real Academia de la Lengua Española, el escritor Guillermo Díaz –Plaja; el presidente de la Diputación de Barcelona, Joaquim Buxó Dulce d’Abaigar, marqués de Castell Florite; los escritores Nicolás González Ruiz, Arturo Llopis y José María Valverde; y el religioso Padre Ramón Roquer.

El marco era incomparable, aunque la tarde no acompañaba:

“una tarde de mayo transida de fríos cortos, leves estremecimientos como los que agitaban al poeta, fue homenajeado don Juan Maragall en singular y significativo acto, por la Diputación Provincial de Barcelona, bajo la presidencia de S.E. el Jefe del Estado Francisco Franco y en el nobilísimo marco de las naves góticas altas del antiguo hospital de la Santa Cruz, convertido hoy en sala de lectura de la Biblioteca Central. El homenaje tuvo, a nuestro modo de ver, dos partes: una de ellas, la apertura de la exposición bibliográfica, de manuscritos del que fue ilustre personalidad en la redacción de DIARIO DE BARCELONA; otra, la velada académica que, abierta por el Caudillo y tras unas palabras de presentación o enfoque por el ministro de Educación Nacional, fue

desarrollado por ilustres y señeras personalidades académicas, universitarias, filosóficas y periodísticas<sup>89</sup>.”

Pero si hacía frío en el exterior, Franco eso no lo notaba, pues las manifestaciones de admiración que le ofrecía el público congregado en las inmediaciones de la Biblioteca bien podían subir la temperatura unos grados. Siempre con el moderado tono de las crónicas periodísticas sobre Franco, este fue recibido con

“[...] fuertes y prolongados aplausos que se convirtieron en una prolongada ovación al descender el Generalísimo del coche. Le acompañaban desde el Palacio de Pedralbes los primeros y segundos jefes de sus casas Militar y Civil y personal de su séquito. La banda del regimiento interpretó el Himno Nacional, mientras el Jefe del Estado, acompañado de capitán general de la IV Región pasaba revista a las tropas<sup>90</sup>.”

En el exterior esperaban al dictador una larga lista de altos cargos

“Esperaban a llegada de S.E. el Jefe del Estado, los ministros de Educación Nacional, don Jesús Rubio García-Mina; de la Vivienda, don José María Martínez Sánchez-Arjona, y presidente del Consejo de Economía Nacional, don Pedro Gual Villalbí; el Capitán General de la IV Región, teniente general don Pablo Martín Alonso; comandante general de la Flota, almirante don Pascual Cervera; jefe de la región Aérea Pirenaica, general Lacalle; director general de Enseñanza Universitaria, señor Fernández Miranda; gobernador Civil, don Felipe Acedo; presidente de la Diputación, marqués de Castell-Florite; presidente de la Audiencia Territorial, don Elpidio Lozano; jefe del Sector Naval, contraalmirante Molins; gobernador Militar, general González Mendoza; jefe de E.M. de la Región, general Montesinos; arzobispo-obispo de la Diócesis, doctor don Gregorio Modrego; alcalde accidental, don Marcelino Coll; rector de la Universidad, doctor Torroja; vicerrector, doctor García Marquina; rector honorario, doctor Díaz; fiscal de la Audiencia, señor Solano; delegado provincial de trabajo, señor Toro; jefe regional de Telecomunicación, señor Carrero; administrador principal de Correos, señor Alonso; director de la Biblioteca Central, doctor Mateu y Llopis; presidente del Real Círculo Artístico, vizconde de Güell y otras personalidades y representaciones<sup>91</sup>.”

Una vez Franco entró en el recinto y fueron poco a poco acallándose los aplausos del público del interior (siempre tan fervorosos), el acto comenzó con la presentación por parte del ministro de Educación Nacional, y continuó con los discursos de los ponentes desglosando las características literarias y estilísticas del poeta catalán.

---

<sup>89</sup> *Diario de Barcelona*, 19/V/1960, p. 3. Las mayúsculas aparecen en el texto original.

<sup>90</sup> Esta crónica fue tomada, originariamente, de un recorte de prensa sin título de cabecera localizado en el Arxiu Maragall en la caja *Dedicatòries i homenatges*, signatura Mrgll-Arx I/4/1. Será esta la que se repita en todas las demás publicaciones periódicas consultadas, posiblemente por ser la elaborada y distribuida por la agencia oficial de noticias.

<sup>91</sup> Arxiu Maragall: *Dedicatòries i homenatges*, signatura Mrgll-Arx I/4/1.

Esa noche del 19 de mayo se produjo el colofón del homenaje con la celebración de un concierto en el Palau de Música en honor al poeta. Franco no estaba presente en el acto –había acudido a otro evento musical que se celebraba en el Liceu-, pero sí estaban varios ministros del gobierno. El concierto se dedicaría íntegramente a la interpretación de obras poéticas musicadas de Maragall y, entre ellas se encontraba el *Cant de la Senyera*. Según relató con posterioridad Ramón Guardans en un artículo de *La Vanguardia* titulado “Algunas aportaciones a nuestra historia. Los hechos del Palau de la música veinte años después<sup>92</sup>”, el que era himno oficial del Orfeó Català, que había sido prohibida, se podía interpretar desde tiempo antes siempre que no fuera ni al principio ni al final del repertorio.

Con esta premisa, el Orfeó no estaba dispuesto a dejar apartada la obra musicada explícitamente para la institución por Lluís Millet y siguió la siguiente estrategia:

“había canciones con letra de Maragall para integrar una sola parte del programa, que fue la tercera y última. Entonces –y por esta circunstancia- se nos ocurrió de aprovechar la ocasión para salir una vez del ‘impassé’ en que nos hallábamos: siendo de Maragall la letra del *Cant de la Senyera*, abrir con ésta la tercera parte, con lo cual le dábamos el puesto de honor y sin embargo cumplíamos con la imposición de interpretarlo en medio del programa. [...] Se hizo así, no sin recoger la aprobación y el sello de la censura antes de repartir carteles y programas<sup>93</sup>.”

El gobernador Acedo prohibió finalmente la ejecución del *Cant de la Senyera*. Las autoridades del Orfeó, que se afirmaban en la intención de interpretar la pieza, acudieron a ver al ministro de la Gobernación –que se encontraba en la visita con Franco- y le propusieron la siguiente fórmula: se anunciaría al público que se interpretaría el *Cant* por requerimiento de los ministros presentes y, por extensión, del público. Camilo Alonso, por aquel entonces el ministro preguntado por los orfeonistas, aceptó la fórmula.

José Solís, ministro de Trabajo; Alberto Ullastres, ministro de Comercio; Jesús Rubio García- Mina, ministro de Educación Nacional; y el citado Camilo Alonso fueron las autoridades gubernativas que acudieron al encuentro del homenaje musical. Todos ellos eran concededores de que la pieza se iba a ejecutar. Pero llegado el momento “el ministro de la gobernación [al llegar al Palau] me llevó aparte [a Guardans] para decirme que el plan no se podía cumplir. [...] Acabó confesándome que si se cantaba el *Cant de*

---

<sup>92</sup> CREXELL, J. (2000): p. 79 – 80.

<sup>93</sup> CREXELL, J. (2000): p. 80.

*la Senyera* se quedaba sin gobernador y que él no quería correr ese riesgo con Franco en Barcelona<sup>94</sup>.”

Los ministros presentes –excepto Rubio García- abandonaron el recinto antes del inicio de la tercera y última parte. Cuando el maestro del Orfeo, Fèlix Millet se disponía a dar la entrada a la primera canción de la tercera parte, el público comenzó a entonar el *Cant de la Senyera*. A partir de ese momento, la policía que estaba también dentro del recinto comenzó a hacer las detenciones entre el público que intentaba huir de los métodos de detención de esta<sup>95</sup>. Así acabó la jornada de homenaje a Maragall, con las palabras Rubio García: “esto es impresionante, ¡Dios mío! ¡Esto es increíble<sup>96</sup>!”

### La Junta de Homenaje a Juan Maragall

Que un acto de esta naturaleza se celebrara en estos momentos no es un hecho casual. La apertura intelectual que comenzaba a intuirse en ciertos sectores del régimen dejaba ver la necesidad de ampliar las fronteras de la cultura oficial hacia las regiones periféricas, en este caso Cataluña. Un ejemplo de esa apertura, y de la mezcla de los diferentes sectores del mundo cultural, se da en la composición de la “Junta de Homenaje a Juan Maragall” instituida para organizar y publicitar los actos celebrados en honor al poeta.

102 personas componían la Junta, divididas en un Patronato de Homenaje compuesto por 12 miembros; una Comisión de Homenaje de 85 personas; y un Comité Ejecutivo compuesto por 5 miembros. El Patronato se componía de los directores, presidentes o decanos, de las instituciones culturales y académicas de la ciudad de Barcelona: el presidente de la Real Academia de Buenas Letras; el presidente de la Junta del Ateneo Barcelonés; el presidente del Orfeo Català; el presidente del Institut d’Estudis Catalans; el decano del Colegio de Abogados; un representante de la Academia de Jurisprudencia y Legislación; el secretario del Consistori dels Jocs Florals; el presidente del Círculo Artístico de Sant Lluç; y el presidente de la Sociedad Económica de Amigos del País<sup>97</sup>.

---

<sup>94</sup> CREXELL, J. (2000): p. 83.

<sup>95</sup> CREXELL, J. (2000): p. 83.

<sup>96</sup> CREXELL, J. (2000): p. 83.

<sup>97</sup> *Diario de Barcelona*, 2/II/1960, p. 29. De aquí en adelante el nombre de las instituciones se reproduce literalmente a como aparecieron en el periódico.

Curioso el caso de la presencia del “presidente del Institut d’Estudis Catalans”, institución que en el año del homenaje a Maragall estaba ilegalizada y articulaba su acción desde la clandestinidad de un piso en el Eixample barcelonés. Curioso es que aparezca el cargo y no el nombre del hombre que lo ocupaba que, en ese momento era Josep Maria de Sagarra, en substitución del escritor Carles Riba que había fallecido en 1959<sup>98</sup>. Relacionados con el Institut aparecen en la lista de la Comisión de Homenaje nombres como el de Jordi Rubió i Balaguer, historiador de la literatura catalana que había sido comisario para el Salvamento de Bibliotecas de la Generalitat y director de la Biblioteca de Cataluña hasta su depuración en 1939; Agustí Duran i Sanpere<sup>99</sup>, que fuera director del Servei de Recuperació i Salvament del Patrimoni escrit de la Generalitat de Catalunya, y desde 1954 director del Institut Municipal d’Història de Barcelona; y Ferran Soldevila, hermano del dramaturgo, novelista y poeta Carlos Soldevila –que también aparece entre los comisionados-, que había regresado del exilio en 1943.

Ramón de Abadal y de Vinyals ejercía su cargo dentro del Patronato como presidente de la Real Academia de las Buenas Letras. Abadal se insertaba dentro de la corriente que clamaba por una nueva manera más científica escribir la historia. Lo ejemplifica en 1958 cuando publica *Els primers comtes catalans*, en un esfuerzo por reconstruir la historia de la Cataluña de la edad Media.

Si Abadal, como Jaume Vicens Vives –que también aparece en la Comisión de Homenaje-, buscaban nuevos aires en el mundo de la historiografía catalana, Félix Millet y Maristany lo hacía desde el campo de la cultura musical. Millet, que estaba en el Patronato como presidente del Orfeò Catalá, siempre estuvo muy vinculado al catalanismo político y a la religión católica que le sirvió para eludir una condena que le había impuesto el régimen gracias a sus amistades entre la jerarquía eclesiástica<sup>100</sup>. Tuvo que salir de Barcelona durante la guerra hacia el exilio por amenazas de la FAI y, cuando regresa a España vive en Sevilla hasta 1939. Una vez instalado de nuevo en Barcelona, es miembro de la Comissió Abat Oliba organizadora de la celebración de los actos por la entronización de la Virgen de Montserrat. Crea también Benéfica Minerva para el mecenazgo a escritores y editores, además de subvencionar el Institut d’Estudis Catalans.

---

<sup>98</sup> BACCELLS, A. (2012): *L’Institut d’Estudis Catalans: una síntesi històrica*, Barcelona, Institut d’Estudis Catalans.

<sup>99</sup> *Diario de Barcelona*, 2/II/1960, p. 29. En la lista publicada en el periódico aparece como A. Durán y Santpere.

<sup>100</sup> MANENT, A. (2005): *Fèlix Millet i Maristany: líder cristià, financer, mecenes català*, Barcelona, Proa.

En 1962 fundará Òmnium Cultural, institució que reunirá a miembros de la burguesía catalana con el objetivo de impulsar iniciativas de resistencia cultural<sup>101</sup>.

Entre las personas del ámbito catalanista no se entendía muy bien el porqué de la presencia de Millet en la España de la dictadura franquista. Quizá el siguiente testimonio ayude a dilucidar un poco las razones del presidente del Orfeó Català, y las de otros muchos en su mismo lugar, para tomar la decisió de regresar:

“Jo he tingut sempre una posició de vençut, així que un dia li vaig preguntar a en Fèlix Millet com és que, sent catalanista, s’havia passat al bàndol franquista. Miri, em va dir, no sé què hauria fet vostè, però jo me’n vaig anar i a l’endemà van venir a casa per afusellar-me. Això, ho entenc, senyor Millet, li vaig dir, però per què no es va quedar a França? I em va respondre, perquè vaig pensar que si tornava a Espanya estava més a prop de casa meva. Em va dir que se n’havia anat a Burgos al cap de dos dies. I per què no ho va fer? Perquè no vaig poder, em va dir. Són coses que fan pensar molt. Què hauria fet jo el 36, o el 39? M’ho puc imaginar, però no sé què m’haurien obligat a fer les circumstàncies<sup>102</sup>.”

La Comissió Abat Oliba estuvo presidida por Fèlix Escalas, que había quedado en el bando sublevado durante la guerra. Los actos realizados en Montserrat en el año 1947 fueron la primera muestra de la necesidad que surgía entre la sociedad catalana por encontrar un hueco en el panorama político y social de la posguerra. Josep Benet, que también formaba parte de la Comissió “va tenir la idea de fer, no una manipulació, sinó un acte profundament religiós, de reconciliació nacional, una manifestació oberta a tots amb el lema «no és exclòs ningú si no s’exclou ell mateix.» Tothom ho va trobar molt bè<sup>103</sup>.”

Otro que tomaba parte en el Patronato de Homenaje era Ramón Guardans como presidente del Círculo Artístico de Sant Lluc. Guardans estaba casado Helena Cambó de Guardans, hija de Francesc Cambó. Ramón Guardans, como ya hemos visto más arriba estaba como encargado del acto musical celebrado en el Palau, como homenaje a Maragall, en ausencia de Fèlix Millet.

Finalmente, en el Patronato se encontraba Guillermo Díaz – Plaja en función de su puesto de director del Instituto del Teatro. Díaz-Plaja era un profesor de enseñanza media que se había incorporado al bando franquista. Si desde el punto de vista político

<sup>101</sup> GABANCHO, P. (2005): p. 212.

<sup>102</sup> GABANCHO, P. (2005): p. 170. Entrevista a Joaquim Molas.

<sup>103</sup> GABANCHO, P. (2005): p. 67. Entrevista a Hilari Ragner.

estaba claramente introducido dentro del entramado franquista a través de su puesto de director del Instituto del Teatro, no podemos obviar un cierto grado de «liberalismo» en su pensamiento manifestado en sus clases en la enseñanza media:

“[...] dins de tot era un tipus liberal. Recordo que un bon dia vaig i li pregunto per Carles Riba i me’n va fer tota una explicació. No hi va tenir cap mena d’inconvenient. I un altre dia li vaig parlar de Rafael Alberti i em va contestar amb tota naturalitat. [...] En Díaz-Plaja et contestava, i no només això, sinò que en els seus manuals parlava de Baudelaire i de Maragall amb tota naturalitat. Quan arribo a la universitat, una bona part d’estudiants, sobretot noies, havien estudiat amb manuals que feien acabar la literatura espanyola en Campoamor<sup>104</sup>.”

Se hace referencia a que Díaz-Plaja era un “tipus liberal” y que no ponía inconveniente alguno en tratar a personajes literarios fundamentales en la historia de la literatura universal, española y catalana, que, en algunos casos, tenían una consideración negativa entre el sector académico e intelectual del régimen.

La poetisa Clementina Arderiu abre la lista de personas que componen la Comisión de Homenaje. Arderiu estaba casada con el también escritor Carles Riba, y participaba al igual que el en el denominado Cercle de Lletres, un grupo creado por Josep Maria de Sucre en cuyas reuniones se hablaba de literatura contemporánea y se leían textos de autores catalanes (en catalán) y extranjeros (especialmente franceses y norteamericanos). Además de Sucre formaban parte también de este círculo Josep Vicenç Foix, Jordi Rubió, o Tomás Garcés. Estos cuatro estaban también en la Comisión.

El nombre de Vicente Aleixandre aparece también en la lista de la Comisión con otros novelistas, poetas y ensayistas como Azorín, Joan Arús, Josep Pla, Manuel de Montoliu, Camilo José Cela, Salvador Espriu, Pedro Laín Entralgo, Dionisio Ridruejo, Julián Marías, Martí de Riquer, Juan Ramón Masoliver, Melchor Fernández Almagro, y el polígrafo Gregorio Marañón. Mientras que Azorín, Arús, y Montoliu se mostraron siempre próximos al régimen, los demás siguieron trayectorias que cambiaron su posición en el espectro político. Los casos más paradigmáticos son los de Laín y Ridruejo que viajaron de posiciones comprometidas con el Movimiento, a componer la oposición interna al franquismo. La revista *Escorial* dará cabida, de 1940 a 1951 con el nombramiento de Joaquín Ruiz Giménez como ministro de Educación Nacional, a gran parte de estas voces discordantes que ven la necesidad de crear un nuevo discurso político,

---

<sup>104</sup> GABANCHO, P. (2005): p. 153. Entrevista a Joaquim Molas.

social y cultural alejado de los postulados que preconizaba el régimen. Con el paso del tiempo y la desaparición de *Escorial*, se manifestarán con sus escritos en *Alcalá* y *Laye*.

En *Laye* publicó también el historiador Jaume Vicens Vives. Preocupado por la Historia como ciencia, se aplicó por en la introducción de un nuevo modelo de trabajo para los historiadores. Como ya había iniciado Ramón Menéndez Pidal desde el Centro de Estudios Históricos, se impone la necesidad de construir el discurso histórico por medio de una actividad científica, con un método honesto y claro, basado en el documento y las ciencias auxiliares de la historia como la paleografía, la geografía, o la arqueología. Con Vicens, y publicando en el *Índice Histórico Español*, colaborarán los ya citados Martí de Riquer y Ferran Soldevila, o P.M. Batllori.

La otra revista que englobó a muchos de los nombres que componen la Comisión de Homenaje fue *Destino*. Ignasi Agustí, Joan Teixidor, Néstor Luján, Juan Ramón Masoliver, Xavier Montsalvatge, o Miquel Dolç<sup>105</sup> pertenecieron en un momento u otro a la revista cultural por excelencia durante la dictadura. Lo cierto es que la publicación dio cabida a las diversas tendencias existentes en el régimen: desde la adhesión inquebrantable representada por Agustí; hasta la oposición incondicional ejemplificada en Montsalvatge<sup>106</sup>. Por su parte Luján se encontraba entre los “dos mundos” que componían la Barcelona de posguerra: el de la burguesía y el de la resistencia. Él, “que no era del món burgès sinó fill de militar<sup>107</sup>”, entró en *Destino* en 1944 cuando comenzaba el viraje ideológico de la revista. Fue director de la revista a partir de 1958 y fue cesado por un problema con la censura. En 1943 ya se había embarcado en la aventura de las revistas con Juan Perucho y Antoni Vilanova fundando *¡Alerta!* dentro del Frente de Juventudes.

Además de *Destino* y *Laye*, otra revista que jugó un papel destacado en la difusión de las letras catalanas, españolas, y europeas en los años 40 y 50 fue *Ariel*. Josep Romeu,

---

<sup>105</sup> Dolç era uno de los poetas preferidos en las reuniones que se celebraban en los domicilios particulares para difundir la literatura en lengua catalana. Y tenía su sentido. “La primera sessió la vaig fer a casa [refiriéndose al grupo *Amics de la poesia*], amb una lectura de Miquel Dolç, perquè ell, a part de ser mallorquí era excombatent, i si per casualitat venia la policia era millor. Li faltava un dit que havia perdut a la guerra.” GABANCHO, P. (2005): p. 258. Entrevista a Josep Palau i Fabre.

<sup>106</sup> Opiniones sobre Ignasi Agustí: “[...] perquè Agustí estava fent el viatge contrari al que feia la revista, cada vegada es radicalitzava més en el seu franquisme.” “[...] L’Ignasi Agustí l’havia conegut avans de la guerra, però era del tot feixista, el més feixista de tots.” Tono contrario sobre Xavier Montsalvatge, que era considerado como “l’autèntic antifranquista d’aquella casa.” GABANCHO, P. (2005): p. 219 y 266. El primer y tercer entrecomillado: entrevista a Lluís Permanyer; el segundo: entrevista a Josep Palau i Fabre.

<sup>107</sup> GABANCHO, P. (2005): p. 35. Entrevista a Josep Maria Ainaud.

miembro de su consejo de dirección y que había publicado por primera vez en *Revista*; Joan Triadú, o Tomás Garcés, participaron en la construcción de este proyecto cultural y formaron parte de la Comisión de Homenaje.

Otro que se entregó al mundo de la poesía y su publicación en revistas fue Juan Ramón Masoliver, director de *Entregas de poesía. Revista de poesía y ensayos*. La colección se componía de cuatro volúmenes de seis entregas mensuales, publicadas entre 1944 y 1947. Fernández Gutiérrez colaboraba en la obra con traducciones y ensayos literarios.

Josep Maria Castellet representa al sector catalán que comienza a acercarse a finales de los años 40, a partir del existencialismo, al marxismo, como también lo hizo Manuel Sacristán. Son los que “primer flirtegen més o menys amb el règim i després asumeixen un cert tipus de marxisme<sup>108</sup>.” Ese “flirteo” con el régimen se ejemplifica en los cargos que ocupaban y en las amistades que tenían:

“El delegat del meu curs, falangista doncs, controlador de la política, era Manuel Sacristán. Que després va ser un dels dirigents del PSUC, que és quan vaig fer amiat amb ell. [...] Sacristán, com Josep Maria Castellet, estaven en el mateix curs de Dret que jo. [...] Aquest era el grup dels falangistes i afins. Després hi havia un altre grup, que eren els que venien dels escolapis, més catalanistes, com ara Ramon Folch i Comaresa i en Josep Maria Espinàs. Era un curs bastant variat<sup>109</sup>.”

Castellet tuvo que vérselas con la censura cuando en 1949 fue expulsado de la revista falangista *Estilo* por escribir un artículo sobre *El segundo sexo* de Simone Beauvoir.

El grupo de la resistencia católica al franquismo estaba representado en la Comisión de Homenaje por Llorenç y Joan Gomis, dos jóvenes cristianos que buscaban mediante la revista *El Ciervo* introducir en la sociedad catalana los postulados del nuevo progresismo católico europeo. También desempeñó un papel importante en este campo el filósofo Josep María Capdevila intentando conectar a los sectores católicos del régimen con la democracia cristiana. Fracasó en el intento por su progresismo y por la defensa de un sindicalismo militante<sup>110</sup>.

<sup>108</sup> GABANCHO, P. (2005): p. 177. Entrevista a Agustí Pons.

<sup>109</sup> GABANCHO, P. (2005): p. 280. Entrevista a Francesc Vives.

<sup>110</sup> Sobre la figura de Capdevila apuntamos dos obras: SERRAHIMA, M. (1977): *Josep Maria Capdevila: assaig biogràfic*, Barcelona, Barcino. CORTADA I HORTALÀ, J. (2008): *La filosofia de Josep Maria Capdevila*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat.

Nombres como Agustí Esclasans o Josep Pedreira son importantes para comprender el apoyo que recibieron las letras catalanas en los momentos más duros de la represión cultural. Esclasans, que en sus inicios realizaba traducciones en catalán para el editor Josep Janès, a partir de 1940 vuelve a publicar –esta vez en castellano una vez soluciona sus problemas con el régimen gracias a “les seves relacions, que inclouen conspicus falangistes”–, convirtiéndose en un mecenas clandestino de los autores catalanes<sup>111</sup>. Pedreira por su parte creó el Premi Óssa Menor de poesía en 1950, que derivará posteriormente en una colección de libros de poesía catalana contemporánea.

Josep María Corredor fue el primero en presentar una tesis doctoral que estudiaba la obra de Joan Maragall. La leyó en la Universidad de Montpellier en 1948, donde se encontraba exiliado. Hasta el final de la dictadura no regresó a España, aunque mantuvo su colaboración desde el exilio con las revistas culturales del interior.

Poetas que también decidieron participar en la Comisión de Homenaje a Maragall son la valenciana Maria Beneyto, que publica sus primeros poemas en catalán en los años 50; Manuel Bertrán i Oriola, cultivador de la temática religiosa; Joan Maria Guasch, influenciado por Maragall en el tratamiento y la importancia del paisaje en sus composiciones; Roser Matheu, poetisa, biógrafa de su padre –el editor Francesc Matheu i Fornells–, y recopiladora de canciones populares con su marido el compositor Antoni Gallardo i Garriga; Josep Sebastià Pons, poeta y narrador de la Cataluña del Norte; Víctor Catalá, pseudónimo de la escritora Catalina Albert i Paradís, relacionada con la editorial Selecta; Josep Miracle, también relacionado con Selecta y ampliador de la gramática y la lexicografía del *Diccionari General de la Llengua catalana* de Pompeu Fabra en 1966; Ramón Rucabado, escritor; y Lluís Valeri, poeta.

Del mundo de la arquitectura venía Josep Pijoan, que ya en 1927 había publicado una aproximación a la figura de Maragall titulada *El meu don Joan Maragall*. Era también historiador, crítico de arte, ensayista, poeta, y estaba muy introducido en el panorama cultural catalán. Del mundo de la escultura provenía Frederic Marés; de la abogacía, a parte Josep Maria Pi i Sunyer, Rafael Gay de Montellá, abogado especializado en derecho mercantil que había militado en las juventudes de la Lliga. Finalmente, Ramón Sarro hacía su aporte desde la psiquiatra.

---

<sup>111</sup> GABANCHO, P. (2005): p. 61

## El discurso inclusivo de Maragall

### *Homenaje de Cataluña liberada: un primer intento de inclusión*

Con anterioridad a 1960 ya encontramos un primer intento de inclusión de la figura de Joan Maragall en el discurso oficial de la dictadura. En 1939, las Ediciones del Fomento de la Producción Nacional de Barcelona, publicaron un el *Homenaje de Cataluña liberada a su Caudillo Franco*<sup>112</sup>. En una publicación donde diversas marcas, entidades educativas y culturales, y autoridades saludaban con efusión al dictador, se cuelean dos referencias a Maragall. La primera de ellas era el poema *La Vaca ciega*, traducción de Pedro L. de Gálvez del homónimo en catalán, que compartía espacio con otra traducción, en este caso de Verdaguer y realizada por Manel de Montoliu, con el título de *Las cinco rosas*.

La segunda era un texto de Jaime Camps titulado “Juan Maragall: presentidor de una nueva España”, título que ya prelude por donde va a ir la lectura del poeta. “Los poetas, presentidores más que visionarios, sienten a menudo como cosa presente y en abstracción –vaga e imprecisa para nosotros, clara y evidente en su conciencia- mundos ulteriores.” El texto, que ya define su mensaje en las primeras líneas, continúa planteando la relación entre el mensaje de Maragall y de José Antonio: los dos sentían España, los dos la presentían, y los dos soñaban un nuevo proyecto para ella:

“Y por sentirla tanto [Maragall], sufrió hondamente porque no [*sic*] fué, ni era la que él sentía en su conciencia y la que hubiera querido que fuese. Hizo más: lloró dentro de su alma con más sentimiento que aquel con que se llora la muerte de un ser querido, y gritó, porque su dolor era incontenible, invocando con profundo gemido la maternidad de España, el más sublime y trágico de los gritos de su hijo: ‘¡España, España, vuelve en ti: arranca el llanto de Madre!’ Es la tragedia casi constante de toda la sensibilidad poética y patriótica de nuestro Juan Maragall.”

Porque Maragall fustigaba con dureza a todos aquellos que impedían que la «madre» España abrazara a sus hijos de sus diferentes regiones. En su profunda convicción de poeta y católico, nunca cayó en el pesimismo de los contemporáneos, si no que siempre mantuvo una postura crítica y constructiva para buscar una solución a la decadencia de España. Y, por esa razón, Maragall supo ver más allá y se convirtió en “un presentidor de este ‘presente de la maternidad de España.’ Le ocurrió lo mismo que a

---

<sup>112</sup> MARÍN I CORBERA, M. (2006): p. 194. El autor sitúa la publicación en el año 1939, mientras que el catálogo del Centre de Recursos per a l’Aprentatge i la Investigació (CRAI) de la Universitat de Barcelona lo ubica en 1945. En el original no se recoge ninguna fecha que permita ubicarlo temporalmente.

todos los poetas de tipo espiritual y mirada sublime: se rebelan ante el desorden existente, presienten, y en su lenguaje, explican un orden mejor.”

La publicación no vio la luz finalmente. Tal vez porque las autoridades de la dictadura consideraban aún demasiado subversivas las manifestaciones Joan Maragall mezcladas con alusiones a Verdaguer, al folclore sardanístico, o a la Virgen de Montserrat.

### Los discursos de la Biblioteca Central

En acto de la Biblioteca Central se intervinieron el ministro de Educación Nacional, el profesor Guillermo Díaz –Plaja, los escritores José María Valverde y Nicolás González Ruiz, y el religioso Padre Ramón Roquer, que pronunciaron sus respectivos discursos. A partir de ellos podemos hacer un primer acercamiento al Maragall oficial del régimen, analizando los puntos que se ensalzan o se acallan de su trayectoria personal y profesional.

Comenzó José Rubio ensalzando al Maragall que cultiva la palabra; al poeta que mima su bien máspreciado atribuyéndole el valor esencial que tiene en su trabajo. Porque Maragall

“en suma, obliga a la contención verbal por partida doble. En cuanto gran poeta ante todo, y además en cuanto su poesía tiene como raíz una actitud asombrada ante el instrumento propio del poeta: la palabra. Recordemos aquellas páginas de sus «Elogios» dedicadas a requebrarla. «Yo creo — nos dice— que la palabra es la maravilla mayor del mundo porque en ella se abrazan y confunden toda la maravilla corporal y toda la maravilla espiritual de nuestra naturaleza.» «Deberíamos — nos amonesta después— hablar como encantados, como deslumbrados. Porque no hay nombre, por ínfima cosa que nos represente que no haya nacido en un instante de inspiración, reflejando algo de la luz infinita que engendró el mundo... Deberíamos hablar mucho menos y sólo por un profundo anhelo de expresión<sup>113</sup>.»”

Si la palabra era algo que Maragall cultivaba con todo cuidado, cuando esta brotaba de su pluma o de sus labios era venerada con inimaginable “respeto religioso.” Por lo tanto, no debería sorprendernos la incapacidad del resto de los hombres para comprender la relación de Maragall con la palabra. Nos sorprende “por decirlo con rigor, en habitual estado de charlatanería, y, en lo profundo, hasta en estado de mentira. Quien

---

<sup>113</sup> *La Vanguardia*, 19/V/1960, p. 1.

lea el ‘Elogio de la Palabra’, con espíritu de autenticidad y de modestia, siente como le flaquean inmediatamente todos sus arrestos oratorios.”

Para Rubio, Maragall representaría lo más excelso de la poesía social. Pero no la poesía social que por aquel entonces se manifestaba “con expresión imprecisa y a menudo con intención extrapoética.” ¿Qué tipo de poeta social es Maragall y qué lo distingue de los que escriben en los 60? Dejemos que el Ministro lo explique:

“Maragall se distingue de muchos otros poetas que denominaríamos sociales por una excepcionalidad de pureza de alma. El poeta social suele inclinarse morbosamente al resentimiento social, esto es, a convertir su poesía, despoetizándola, en un vehículo de distanciamiento entre los hombres, Maragall, por el contrario, pone todo su aliento al servicio de la unidad y del amor. Nunca sus afectos (esto es algo que se evidencia en cada y en cada verso de los que escribe) son, como suele ocurrir en muchos poetas sociales, rencores vueltos del revés. Nunca sus elogios son, como en otros, fuegos que adivinamos destinados, no tanto a lucir en sí mismos y a iluminar por sí mismos la realidad, como a producir, por contraste, zonas de sombra y de censura. Maragall en cuanto creador de una poesía para el pueblo podía haber hecho suyo aquel generoso lema medieval: «tradere aliis contemplata», entregar a los demás aquello que fue primero objeto de personal y maravillada contemplación. ¡Cuánto en este terreno nos puede Maragall enseñar hoy! ¡Aquella su «bondad henchida de inteligencia» que tan hondamente impresionaba a su amigo Unamuno, es una lección perdurable para todo escritor español y, en general, para todo aquel que entre nosotros cumpla una función intelectual.”

El presidente de la Real Academia Española, Ramón Menéndez Pidal, no pudo asistir como estaba previsto al acto, por lo que Guillermo Díaz – Plaja como académico se de leer unas cuartillas escritas por el presidente.

Menéndez Pidal glosó al Maragall que conocía desde sus lecturas de joven, y se admiró de que “él hizo sentir en Castilla su palabra catalana, palpitante de honda intimidad y con ella difunde el amor a su gloriosa tierra natal. El, a la vez, con muy noble, con egregia palabra castellana, irradia en Cataluña y desde Cataluña su elevado pensamiento de estética, de moral, de religión, de historia, de política<sup>114</sup>.” Unirse a los actos de conmemoración del centenario maragalliano es una obligación para la academia porque en él está “el recuerdo de uno de los más grandes escritores en catalán y en castellano, uno de aquellos grandes que promovieron el extraordinario florecimiento de las letras hispanas durante los cincuenta años que cabalgan entre los siglos XIX y XX.”

Si el ministro Rubio se internó en el campo de la palabra maragalliana y en la definición del poeta como poeta social encaminado a orientar a la sociedad; el presidente

---

<sup>114</sup> *La Vanguardia*, 19/V/1960, p. 2.

de la Diputación de Barcelona –marqués de Castell Florite- se interna en el terreno complicado terreno de la relación de Maragall con la Generación del 98<sup>115</sup>.

A Maragall se le puede atribuir la etiqueta de modernista, lo que le permite manifestar una “sinceridad expresiva, exenta de convenciones y apriorismos, la que le conduce estéticamente a una libertad formal, que no malogra la belleza de su verbo, sino la aumenta, y la que trasciende a todas sus manifestaciones.” Desde la ética maragalliana dominada por el modernismo, el poeta rechaza quedarse en lo superficial y se adentra en el interior del hombre. Porque no hay nada que preocupara más a Maragall que ver “a la gente agitarse en la superficialidad de los convencionalismos y las fórmulas, mientras languidecen en el interior los estímulos del espíritu creador.” El poeta lucha “entre sus coterráneos contra los rutinarios (falsos tradicionalistas) y contra los sepulcros blanqueados, adoradores de ritos y de ademanes, modelos de hipocresía vestidos con entronizadas y cómodas fórmulas sociales.”

Como poeta que rechaza los convencionalismos y que aspira a la perfección personal y social, Maragall se disgusta en la España que le tocó vivir. Pero ese sentimiento no le impide “querer más aún a su país”, precisamente, “porque no le gusta bastante.” Lo que lleva a sus lectores y críticos a ver en su postura respecto a España una continua discontinuidad de su obra y pensamiento, es la reacción de Maragall ante la realidad que le “amarga ante la imperfección y la injusticia, que hieren su espíritu recto, reaccionando en ritmos muy diversos, según la ocasión y la transcendencia de los hechos que enjuicia.” Quiere darnos a entender el Marqués que no existe discontinuidad en su obra, intercalando episodios de crítica y ensalce, sino que se trata de una continuidad personal del propio autor que reacciona de diversos modos al entorno que le rodea.

Si Maragall era un escritor crítico con la realidad social y política; si tenemos en cuenta el contexto intelectual en el que desarrolló una parte importante de su obra; si consideramos las relaciones epistolares que mantuvo: ¿se podría considerar a Maragall un autor de la llamada Generación del 98?, se pregunta el Marqués.

Para Castell – Florite, “no; Maragall no es un noventa y ocho puro, pero hay que decir que tiene del grupo lo mejor.” La cuestión cronológica juega un papel fundamental. Cuando se produce el “derrumbamiento” Maragall contaba ya con cuarenta años. Cuando

---

<sup>115</sup> El discurso se recoge íntegramente en *San Jorge*, mayo de 1960, nº 39, p. 18 – 23. Se reseña también en prensa, bien individualmente, como es el caso de *La Vanguardia*, 19/V/1960, p. 2 – 3; o bien en conjunto con los demás discursos como sucede en *Diario de Barcelona*, 19/V/1960, p. 3 – 5; y *Solidaridad Nacional*, 19/V/1960, p. 1 – 7.

los escritores del Noventa y ocho comienzan a ganar poder de voz, la de Maragall inicia su ocaso vital. Todo esto no quita que “sus grandes creaciones (*Oda a España, Oda nueva a Barcelona, Canto del Retorno, Himno Ibérico...*) llenas están de lo que pudiéramos llamar características de la generación: su amor agridulce a la patria, su desdén formalístico, su tensión interior, su abrir los ojos ante el paisaje inmediato.” La diferencia entre Maragall y el resto de la Generación –aparte de la cronológica- es que su obra no está impregnada de “dolor agridulce” reflejado en “la impotencia y la desesperación y el pesimismo.” Maragall eleva “su canto optimista a la nueva España que espera salga del desastre colonial, es una eclosión de fe y de esperanza, [...], nos dice en su Oda a España.”

Pero el poeta no desearía la construcción de una España que rechazara su pasado de gestas y victorias. Regeneración sí, pero

“¡alto! Que nadie entronque a un Maragall con las siete llaves que habían de cerrar el sepulcro del Cid, porque Maragall no renuncia al pasado glorioso, no exige olvidos para que el nuevo esfuerzo sea útil. No es un pacifista a cualquier precio. Quiere encontrar un camino. Tiene una esperanza luminosa. En España todavía existen «recuerdos de aquellas gestas» y «montes para convalecer», según sus propias palabras. Su voz es de aurora, no de anochecer.”

Este último aspecto entroncaría con el carácter conservador de Maragall. Pero Castell – Florite no interpreta el conservadurismo maragalliano como rechazo a las innovaciones sino que lo lee como un sentimiento de “repugna [contra] toda negación que no esté inspirada en una afirmación más poderosa; cree punible socialmente toda destrucción que no sea capaz de construir después algo más fuerte que lo destruido.” De ahí que, siguiendo la lectura del Marqués, Maragall se opusiera fervientemente a aquellas ideologías que buscaban la destrucción: el anarquismo (“nada podría decirse mejor contra ella que en su glosa al estampido de las bombas del 93, en el Liceo, en ocasión de estar él dentro, ocupando un palco con su familia, el mismo año del atentado a Martínez Campos.”); y el socialismo (“en cuanto representaba absorción y vasallaje de la propia personalidad, siquiera reconocía la necesidad de asociación, precisamente para destacarse dentro del [*sic*] amorjismo masivo”).

Con todo esto, ¿cuál es la forma política que Maragall defendía para España? Pues bien, Castell – Florite nos lo explica de una manera bien clara:

“propugnaba la monarquía nacional, pero no su lastre de falsa democracia parlamentaria. «Nada como el parlamentarismo para falsear la opinión pública y para hacer de la política y del Gobierno de los Estado una cosa completamente artificial, aparte de la vida, de los pueblos», dice en su polémica con Benoist. Pero Maragall no antepone absolutismo a democracia. Combate la

democracia política, estimando que el órgano apareció antes que la facultad o, en todo caso, en periodo de insuficiente crecimiento de aquélla.”

#### Y enfatiza que Maragall

“Ve en los españoles, por raza y temperamento, seres mal dotados para el sistema. Estima difícil hacer penetrar en ellos las ideas de Carlyle, pero a diferencia suya, no espera convencerlo con el triunfo de los virtuosos expertos, de los mejores, en fin, dentro del método, porque no ve, en la España de su tiempo, las clases directoras, las *aristocracias* aptas para el adecuado funcionamiento del sistema democrático.”

Nicolás González – Ruiz dedicó su discurso a poner el acento en la relación entre Maragall y lo hispano; entendido esto último como la relación entre los pueblos peninsulares incluyendo a Portugal. Es este un tema que centró, de manera efectiva, la producción ensayística de Maragall; pero las lecturas e interpretaciones que de él se hacen son variadas<sup>116</sup>.

González – Ruiz comienza glosando la obra poética maragalliana en catalán. Fue “Mucho, muy bueno y muy bello [lo que] escribió Maragall en lengua castellana.” Ahora bien, “sin negarle a eso una influencia y una fuerza indudable de gravitación, son algunos de sus cantos, o son poemas que llamaríamos de lírica descriptiva, como *La vaca ciega*, lo que iluminan con un relámpago, que tiene la fuerza de una revelación de toda el alma hispánica.”

Desde ese amor por Cataluña y España, Maragall habría estructurado su idea de una patria ideal para todos los españoles a partir de los ideales de la región catalana. Desde la perspectiva de González – Ruiz, el reconocimiento a Maragall debe entenderse no como una “antorcha bajo el celemín”, sino más bien “por la virtud de su contenido expansivo, levantado y cabal, armónico y amplio, [que es] como un faro que ilumina todas las tierras hispanas.” A partir del cultivo de las letras catalanas, Maragall habría creado para sí un enorme amor por Cataluña “fecundo, no solitario, ni egoísta, ni replegado a sí mismo, sino concebido siempre dentro de la gran familia hispana, sin la cual carecería de sentido, y repartido fraternalmente con todo lo que raza española o tarea española, que siente y comprende con un anhelo [*sic*] inextinto de reciprocidad.” Es decir: Cataluña no se entendería sin España y viceversa.

---

<sup>116</sup> El discurso se recoge íntegramente en *San Jorge*, mayo de 1960, nº 39, p. 24 – 27. Se reseña también en prensa, bien individualmente, como es el caso de *La Vanguardia*, 19/V/1960, p. 2; o bien en conjunto con los demás discursos como sucede en *Diario de Barcelona*, 19/V/1960, p. 3 – 5; y *Solidaridad Nacional*, 19/V/1960, p. 1 – 7.

Ensalzar a España como hacía Maragall suponía ensalzar el papel de Castilla en su construcción:

“Es impresionante la visión de la magna Castilla de Maragall, su reconocimiento explícito y reiterado de la gran terea castellana en la Historia. Y aquellos versos estremecedores y penetrantes del canto a Iberia dedicados a Castilla con ternura y al mismo tiempo con visión exacta de sus limitaciones, cuando pide que se le hable al mar lejano.”

También Andalucía tendría su papel en la construcción de España, pero haciendo distinciones entre los conceptos de «Andalucía» y «andalucismo»: “Andalucía, en el ánimo de Maragall, es contemplada con deseo de justicia, pidiéndole perdón por los defectos que señala, que acaso pueden ser mayores otros de quienes los señalen, distinguiendo Andalucía del «andalucismo», que es otra cosa.”

Finalmente resta el asunto de Portugal dentro del conjunto hispánico. Siguiendo la lectura de González – Ruiz, efectivamente Maragall apostaba por una integración del país luso en una hipotética unión íbera. Ahora bien, el ponente matizaba que, aun resaltando que Maragall “no puede dar de lado la unidad espiritual de la Península”, la unión debía producirse con “el respeto más profundo a las circunstancias históricas y políticas, y a la independencia de los pueblos, [que] exige el [*sic*] fraternar [el] entendimiento de las naciones peninsulares.”

El profesor Guillermo Díaz – Plaja se apartó diametralmente de los temas relacionados con el pensamiento maragalliano tratando el asunto de los años de bachillerato del poeta<sup>117</sup>. Maragall, que había estudiado en el Instituto de Enseñanza Media de Barcelona “hoy denominado ‘Jaime Balmes’”. A partir de la lectura del expediente académico del poeta, Díaz – Plaja afirma que aun no debiendo “extralimitar la importancia” de los datos, estos resultan significativos para comprender “un cambio bastante importante en la curva de su formación intelectual, sobrevenida precisamente en el umbral de su pubertad.”

Al ponente le sorprenden las primeras calificaciones del joven Maragall “correspondientes al mes de junio de 1873 [donde] encontramos su calificación de *aprobado* en latín y castellano y geografía. Un año más tarde, Maragall aprueba retórica, historia universal e historia de España, materias de que fue examinado por el catedrático don Simeón Tuyet, sin duda porque Coll y Vehí, muy delicado de salud, estaba absorbido por las tareas de la dirección del

---

<sup>117</sup> El discurso se recoge íntegramente en *San Jorge*, mayo de 1960, nº 39, p. 28 – 30.

Instituto. No deja de sorprender la modestia de estas calificaciones, en quien había de ser literato insigne.”

Ahora bien, todo no podía ser tan mediocre en la trayectoria del futuro maestro de las letras catalanas pues, en el “curso 1873 – 1874 [se] nos señala que Maragall obtuvo el Premio en retórica y poética y un [*sic*] Áccesit en historia de España.”

Si el joven Maragall no destacaba en las materias comúnmente denominadas de letras, caso contrario era en las del ámbito científico:

“Así, en junio de 1875, obtuvo *sobresaliente* en aritmética y álgebra, examinado por don Eugenio Artigalás; en 1876, salva con *notable* la asignatura de geometría y trigonometría, y en 1877, también en la convocatoria de junio, alcanza un *sobresaliente* de Física y Química, un *notable* en Historia natural y otro *sobresaliente* en Fisiología e higiene, formando las actas correspondientes el catedrático don Francisco Bonet.”

Del final de su etapa como bachiller son los primeros poemas de Maragall, fechados en 1878, cuando obtiene el grado. Son estos los primeros poemas fechados del poeta que “son puras eclosiones sentimentales que deben ser estudiadas como documentos autobiográficos en contacto con los datos académicos que hoy hemos dado a conocer.”

El catedrático José María Valverde se internó en el campo de la estética maragalliana con su ponencia “Maragall y las ideas estéticas<sup>118</sup>.” A diferencia de lo que se hará con posterioridad, Valverde considera la obra en verso y prosa de Maragall como producciones de característica similares, porque el poeta “se expresa igual en ambos medios.”

Maragall es un superador del Romanticismo desde dentro.

“El itinerario de su vida es el del abandono del individualismo exaltado, del intimismo egoísta, del orgullo idealista, para atenerse humildemente a la realidad de la vida humana en sus límites, que, aunque signifiquen renuncia, son a la vez luminosos y cálidos y, más aún, son la forma desde la cual se ve el sentido de la esperanza en la inmortalidad del hombre en visión divina.”

---

<sup>118</sup> El discurso se recoge íntegramente en *San Jorge*, mayo de 1960, nº 39, p. 41 – 44. Se reseña también en prensa, bien individualmente, como es el caso de *La Vanguardia*, 19/V/1960, p. 2; o bien en conjunto con los demás discursos como sucede en *Diario de Barcelona*, 19/V/1960, p. 3 – 5; y *Solidaridad Nacional*, 19/V/1960, p. 1 – 7.

Pero aun así Maragall toma de él “ese afán de una forma sin límites, una forma sin forma, una lírica que no deja nada fuera y que no se sujeta a ningún límite: valga el ejemplo de su poesía *L’Oda infinita*.”

El religioso Padre Ramón Roquer dedicó su discurso a tratar la relación entre la obra de Maragall y la fe cristiana<sup>119</sup>. Como resulta evidente para cualquier conocedor de la obra Maragalliana “de la fe práctica, encarnada en el culto privado y litúrgico de Maragall, nadie osa dudar. Es proverbial entre nosotros su macizo catolicismo en su triple dimensión: individual, familiar y social.”

El poeta se mantendría siempre dentro de los postulados supremos del catolicismo de amor hacia el prójimo, comunión con Dios, y creencia en la vida eterna, por encima “del aguijón escéptico que es ‘constante’ en la historia del pensamiento, desde la prevaricación edénica, modulada por los grandes sofistas de cualquier época.” Con esos tres aspectos siempre ensalzados por el poeta, este profesará siempre su “convencimiento de la necesidad del ‘entusiasmo’ en la confesión de la fe, tanto especulativa como práctica.” Lo que quiere decir que Maragall no concebía la fe católica como simple contemplación de Dios. Aquellos que adoptan una postura despreocupada ante la religión son “los tibios”; los “¡Desventurados los que se agostan en el templo –‘mueren en la iglesia’-, porque sólo buscan en él la paz comodona de conformidad con el mundo ambiente, durmiendo aburridos en vez de participar con fecunda alegría en el misterio salvador!” Contra estos se dirigirá una buena parte de la temática de la poesía y los escritos periodísticos de Maragall.

### Las lecturas de la prensa

Los discursos del acto oficial de la Biblioteca Central nos dejan entrever que aspectos se ensalzan de la obra y la vida de Maragall para acercar a este personaje al discurso oficial del régimen. Pero podemos sacar otros muchos ejemplos de otra fuente: la prensa. A lo largo de los primeros meses del año 1960, la prensa catalana y española publicó numerosos artículos en relación a la figura personal y literaria de Joan Maragall. Como escritor de poesía y articulista en el *Diario de Barcelona*, la lectura del escritor catalán no es sencilla para los articulistas dado lo basto de su obra y los temas que trató.

---

<sup>119</sup> El discurso se recoge íntegramente en *San Jorge*, mayo de 1960, n° 39, p. 36 – 40. Se reseña también en prensa, bien individualmente, como es el caso de *La Vanguardia*, 19/V/1960, p. 2; o bien en conjunto con los demás discursos como sucede en *Diario de Barcelona*, 19/V/1960, p. 3 – 5; y *Solidaridad Nacional*, 19/V/1960, p. 1 – 7.

En su faceta como poeta nos encontramos con la temática paisajista, la preocupación por lo público, la exaltación de la palabra como elemento representativo de lo más elevado que puede manifestar el ser humano, el canto a la vida, la preocupación estética, etc. Como articulista ocurre lo mismo: desde temas puramente cívicos a pequeños ensayos sobre la literatura alemana, la religión, la música y los bailes populares, la política, etc.

Desde la prensa y las revistas se comienza a leer a Maragall como un personaje que hay que recordar no desde “los valores de la vida y [de] la obra de uno de los espíritus más finos de la Europa de su tiempo”, sino que debe hacerse a partir de la intención personal de comprender y asimilar “su ejemplo” y “sus creaciones” que han servido a “todas las generaciones posteriores, siempre interesadas en la eficacia formativa del magisterio estético y social maragalliano” para educarse correctamente. Maragall no solo es educador en la estética y en la creación literaria, es, además, el poeta que “en suprema ejecutoria cordial y cristiana” transmite “el mensaje excelso y sensible de la poesía como vínculo entrañable de la unión integradora de las almas<sup>120</sup>.”

Además de educador de la sociedad, Maragall sería uno de los representantes de las letras catalanas que “han enriquecido la historia común” de Cataluña y España junto con otros escritores como “Balmes, Verdaguer, Guimerá, Torras y Bages, el sabio obispo de Vich; Milá, Estelrich y tantos otros.” Son estos personajes los que antes han evitado la incomunicación de Cataluña “con las demás regiones y provincias de España, y para eso, precisamente para eso, han trabajado las mejores mentes españolas en el curso de los últimos setenta años<sup>121</sup>.”

Si continuamos leyendo mes a mes *Diario de Barcelona* nos encontramos –de manera involuntaria- con un acto de censura sobre la obra de Joan Maragall. En un pequeño texto sobre el año del centenario del poeta, se nos dice que “un editor tuvo el gran acierto de poner a la venta un calendario para 1960 con hojas diarias –eso que llamamos un bloc-, dedicado a nuestro don Juan Maragall, con motivo de acaecer el presente año el centenario de su nacimiento<sup>122</sup>.” El calendario consistía en 366 hojas (1960 fue año bisiesto) en las que estaban impresos fragmentos destacados de la obra del poeta junto con la valoración de la misma por parte de otros escritores. Si se escribía esto

---

<sup>120</sup> *Diario de Barcelona*, 4/III/1960, p. 2.

<sup>121</sup> *Diario de Barcelona*, 29/VI/1960, p. 5.

<sup>122</sup> *Diario de Barcelona*, 13/III/1960, p. 3.

desde el diario en el que trabajó buena parte de su vida Maragall no podía dejar de decirse que

“en la dilatada y gloriosa historia del DIARIO DE BARCELONA, Maragall llena un capítulo de gran valor, posiblemente el de máximo valor. ¡Qué pequeños, que insignificantes nos sentimos al escribir para estas páginas si pensamos que en ellas se publicaron los artículos de Maragall! Sólo podemos presumir de algo común: que traducimos como él nuestro pensamiento, para expresar nuestro amor y nuestra preocupación por las cosas de la región y las de España en general. Poquita cosa es...”

La curiosidad de esta noticia reside en que el editor del calendario, Miquel Arimany, sufrió la censura por publicar exclusivamente en catalán los versos maragallianos. Para poder sacar a la venta el «bloc» debió introducir también fragmentos de su obra en castellano<sup>123</sup>.

El mismo día en el que se publicaba la noticia de la puesta en venta del calendario editado por Arimany, Carlos Soldevila escribía un artículo que iniciaba el recorrido por el año de la conmemoración de la “memoria y recuerdo constante de la vida y obra del eximio poeta barcelonés, don Juan Maragall.” Soldevila analiza a Maragall como articulista en el *Diario de Barcelona* que, como periódico que “figuraba, y con razón, como [*sic*] protaestandarte fidedigno del conservadurismo catalán” otorgaba a los escritos de Maragall “por el contexto y por la época en que aparecen un relieve que si honra a quien los escribió, no deja de dar una elevada idea del respeto que inspiraron a hombre tan firme en sus ideas, como el director del DIARIO don Juan Mañé y Flaquer, del que Maragall fue, además, secretario, amigo y, por fin, conmovido biógrafo<sup>124</sup>.”

El *Diario de Barcelona* comenzará a publicar, a partir del día 4 de mayo, “aquellos artículos más significativos de los que Juan Maragall publicó en estas mismas páginas, todos los jueves, en el curso de los diez años que perteneció a esta redacción<sup>125</sup>.” Echemos un vistazo a los títulos de los artículos que se reprodujeron. “Una gracia de caritat!”, “Mi don Juan Mañé”, “Martes Santo”, “Alegría de Pascua”, “San Jorge, patrón de Cataluña”, “Montserrat”, “La gloria y la fama”, “Una evocación trascendental”, “La ciudad del ensueño”, “Flors de Maria”, “Una evocación trascendental” –este se encuentra repetido-, “La alegría redentora”, “Corpus”, “La emigración alegre”, “Un cura”, “La levadura”, “La

<sup>123</sup> SOLÉ I SABATÉ, J.M. Y VILLARROYA, J. (1993): p. 196.

<sup>124</sup> *Diario de Barcelona*, 13/III/1960, p. 9.

<sup>125</sup> *Diario de Barcelona*, 30/IV/1960, p. 3.

paz de los campos”, “La vuelta al mar”, “La sonata de Beethoven”, “El momento termal”, “Campanas”, “Francia dulce”, “Esta es mi fe”, “Beatriz”, “Evocación”, “El regreso”, “Las fiestas”, “El cesto de frutas”, “La bella victoria”, “Sensaciones de otoño”, “La música y el alma”, “El ingeniero”, “Noviembre”, “Comentario”, “Premio al idealismo”.

De los 34 textos que se publicaron, 13 se refieren a temática religiosa; 8 a temática paisajística o a algún lugar concreto; 3 a personajes concretos; 2 a la música; y los 8 que restan a temáticas variadas. Como vemos, lo que se destaca de la producción de Maragall por medio de esta selección de textos son los escritos de temática religiosa.

Después de la publicación del primer artículo “Una gracia de caritat!”, apareció publicada en las páginas del *Diario* una pequeña noticia en la que se nos comentaba lo siguiente:

“La reproducción no pudo ser más afortunada, ni mejor recibida; fue oportuna, porque en el último domingo se efectuaba la colecta pro fachada de la Pasión, del Templo Expiatorio de la Sagrada Familia, y el que fue ilustre redactor nuestro, estimulaba a los barceloneses en su emotivo escrito, a participar generosamente en la postulación que en 1905 se hiciera. Y mereció buena acogida, según nos consta. En general, de todos aquellos a quienes iba dirigido el llamamiento y, particularmente, de uno de los mismos, que en su boleto de suscripción –por valor de quinientas pesetas-, fechado el lunes, se identificaba como ‘Un lector del artículo de Maragall, del día de ayer, en DIARIO DE BARCELONA.<sup>126</sup>’”

Que “cincuenta y cinco años después, la palabra de Maragall repite el eco de eficacia que despertara al ser publicada por primera vez” quedaba de manifiesto, aunque ese eco fuese únicamente entre los lectores más pudientes del *Diario*.

Cuestión aparte merece el tratamiento que de la lengua catalana y española hace Maragall en su obra. Como ya hemos visto más arriba, el poeta catalán empleó las dos para la prosa y la poesía pero con diferente valoración por parte de la crítica contemporánea a los homenajes. Si el uso del idioma castellano era ejemplo de comprensión, preocupación y amor por España; el uso del catalán era una muestra del respeto maragalliano por lo popular de su tierra “porque don Juan Maragall –el hombre que dio a nuestra lengua y a nuestra literatura, mucho antes de las normas, un sentido e universalidad y una proyección social- [...]”<sup>127</sup>.” Se quiere decir que el poeta se preocupó

<sup>126</sup> *Diario de Barcelona*, 7/IV/1960, p. 2.

<sup>127</sup> *Diario de Barcelona*, 9/X/1960, p. 2.

siempre por su lengua mucho antes de que esta estuviera normativizada, lo que da a su obra el punto que la acerca a lo popular.

El presidente de la Real Academia Española, en su discurso anteriormente citado, también hacía referencia al bilingüismo maragalliano. Esa especie de «preciado don del bilingüismo, don sagrado, de inestimable riqueza espiritual, cuando se tiene, como Maragall lo tenía, con equiparable sensibilidad y magisterio en ambas lenguas tan hermanas.»

Detengámonos ahora en los editoriales que el diario *La Vanguardia española* publicó el día después del homenaje oficial a Maragall en el que estuvo presente Franco. Analizando el discurrir de los discursos y las personalidades que se hallaban escuchándolos en la Biblioteca Central, se describe a Maragall como parte del “paisaje de las letras españolas”, y se abunda en que mientras falte en ese paisaje “la presencia permanente, poderosa, dulce y altiva al mismo tiempo, de este príncipe de nuestra lírica, la visión de la poesía de España será como una sinfonía inconclusa o, quizá, mutilada.”

El punto clave del artículo llega cuando, en un giro discursivo digno del mejor de los apologetas se escriben las siguientes líneas:

“Nos basta ahora con anotar aquí la pública satisfacción con que hemos visto al Caudillo adelantarse a presidir, con el alcance de su ya histórica personalidad, esta primera fiesta en honor de aquel hombre que tuvo verdaderas adivinaciones del destino español, elevadas a la más alta potenciación poética. La elección que ayer aprendimos fue importante y no la hemos de olvidar. El camino está abierto. Nos invita al viaje. Por él nos proponemos ir al encuentro de la Belleza maragalliana<sup>128</sup>.”

Por esa capacidad visionaria de Maragall, capaz de aventurarse al futuro de glorioso –ejemplificado en Franco- que viviría España, “Cataluña ha de cumplir deberes de excepcional rigor hacia Maragall, con motivo del Centenario. Y esos deberes alcanzan en grandísima parte a toda España.”

En el otro artículo de la misma naturaleza se abunda en las características del Maragall homenajeado:

“Él fue un gran caballero cristiano y patriota que hablo de paz, de amor, de trabajo honesto y de hogares arreglados y en orden: esa voz se siente coreada hoy por el clamor de todo un pueblo.

---

<sup>128</sup> *La Vanguardia*, 19/V/1960, p. 1.

¡Grandioso triunfo del escritor catalán, victoria insigne del periodista cuya única tribuna fue la página de su diario, el venerable Diario de Barcelona<sup>129</sup>!”

Y como no podía ser de otro modo, “desde la brillante presidencia del acto hasta el último espectador, hubo en el aire un trémolo de emoción cuando los razonamientos de los oradores convinieron en definir la enorme fuerza de la poesía, su ingente capacidad de averiguación de la realidad actual y de profecía de la venidera.”

Porque Maragall amaba a España, y como esta era característica fundamental de su obra, no podía obviarse su confluencia con un grupo de escritores que se preocuparon tanto como él por España. Así, Miguel Ángel Castiella, escribe lo siguiente:

“Coincidente en el amor y en el dolor de España –que es lo mismo, con permiso de los optimistas de cuerda ajena-, con el grupo del ‘noventa y ocho’, y unos años anterior a ellos, muy pocos recabaron para el poeta catalán y españolísimo un lugar en la ‘generación’, o si se quiere, en sus prolegómenos, acaso movido el común más por sentido de la discriminación que de la justicia. No son bastante argumento esos cuarenta años que va a cumplir Maragall en la pérdida final de las colonias, ni su fallecimiento al final del año 1911, en plena juventud creadora –precisamente cuando está cobrando fuerza la voz de los Unamuno, de ‘los’ Machado y de los Baroja- para excluirle taimadamente de una postura que comparte explícitamente. ‘Los adiós’, la ‘Oda a España’, la ‘Oda nueva a Barcelona’, el ‘Canto del retorno’, y el ‘Himno Ibérico’, por ejemplo, piezas antológicas donde se percibe con claridad el amor agrio, la proximidad del paisaje, y cierto desdén por el rígido, envarado y tradicional formalismo estilístico –como Carlos Riba diría- su idioma caótico, lleno de ‘tensión interior’, que constituyen fundamentales notas de aquella generación, están fechadas en 1896, 1898, 1899 y 1906, respectivamente<sup>130</sup>.”

Porque Maragall, en definitiva, es el exponente catalán de la Generación del 98, al mismo nivel cronológico que Unamuno, Baroja, Azorín o Machado.

### Pedro Laín: Maragall y la Generación del 98

El marqués de Castell – Florite lanzaba en su discurso la posibilidad de introducir la obra de Joan Maragall en la corriente literaria de la llamada Generación del 98. Si a alguien le preocupó el estudio de esta generación de literatos e intelectuales fue a Pedro Laín Entralgo, siempre interesado en introducir los postulados teóricos del grupo dentro del difícil entramado ideológico cultural de la dictadura franquista. Pero para analizar detalladamente la lectura que de Maragall hace Laín detengámonos primero en una

<sup>129</sup> *La Vanguardia*, 19/V/1960, p. 1.

<sup>130</sup> *Solidaridad Nacional*, 11/V/1960, p. 12.

cuestión que ya dejó entreverse unas líneas más arriba y que preocupa mucho a la *intelligentsia* del franquismo: el bilingüismo.

En el año 2010, la editorial Triacastela publicó un compendio de textos de Pedro Laín Entralgo bajo el título *Reconciliar España*. La obra se divide en dos partes que llevan por encabezamiento “Una y diversa España” –escrita en 1968–, y “A qué llamamos España” escrita en 1971. Dentro de la primera parte nos encontramos con un capítulo titulado “Mi Maragall” dividido en tres subepígrafes «el Escritor», «el Cristiano», y «el Español».

Laín comienza a leer a Maragall como «español» y «escritor». Como cultivador de la palabra, Maragall sería un verdadero adorador de su pureza, sobre todo si era escrita en catalán<sup>131</sup>. La obra maragalliana sería la parte intermedia del tronco del árbol de las letras catalanas que había nacido con Verdaguer y que culminaría con la poesía simbólica y hermética de Espriu. Un nexo de unión entre dos maneras de hacer poesía muy alejadas en el tiempo. Maragall era, por lo tanto, un renovador de las formas estilísticas y literarias de su tiempo que no renunciaba a su lengua materna.

Pero escribir en catalán no significaba despreciar la lengua castellana. Como sabemos, Maragall escribió numerosos artículos y ensayos “en la lengua de Castilla, y hasta de algún poema también en claro y limpio castellano<sup>132</sup>.” Ello quiere decir, a juicio de Laín, que para abordar y comprender la obra maragalliana se debe abordar “sin escape el vidrioso tema del bilingüismo.”

Según Laín “en pocas regiones de Europa constituye el bilingüismo un hecho social tan real y patente como en Cataluña<sup>133</sup>.” Todos los catalanes podrían expresarse indistintamente en lengua catalana y en lengua castellana (con excepción de algunas zonas rurales, matiza), de tal modo que cualquier catalán podría desarrollar su vida diaria en uno u otro idioma.

“Pero a todo esto, ¿en qué consiste el bilingüismo, cuando es hábito de un país entero, y no habilidad privada de tal o cual individuo? [...] ¿Qué papel puede representar el castellano en el actual bilingüismo de Cataluña? ¿Habría de ser tan sólo un instrumento útil para la expresión social

---

<sup>131</sup> Laín con su estilo ampuloso, que no esconde su inteligencia y su enorme bagaje cultural, el cual veremos siempre en sus escritos, dice sobre este particular: “No será desmedido decir que, en cuanto a poeta, Maragall se veía a sí mismo como un sacerdote y un celador de la palabra verdadera. Y más aún –casi es ocioso añadirlo– si esa palabra era catalana.” LAÍN ENTRALGO, P. (2010): p. 131.

<sup>132</sup> LAÍN ENTRALGO, P. (2010): p. 131.

<sup>133</sup> LAÍN ENTRALGO, P. (2010): p. 132.

de cuanto en la vida del hombre parece más tópico y negocioso? Los catalanes verdaderamente fieles a su idioma propio, ¿son acaso incapaces de pronunciar y de escribir en castellano «palabras vivas»? ¿Deberían renunciar, en consecuencia, al empleo literario del habla de Castilla?”

En una de las cartas que componen el epistolario entre Maragall y Unamuno, el poeta catalán se preguntaba si podrían hacer de los catalanes, injertar en su garganta y en su corazón la gloriosa lengua de Castilla<sup>134</sup>. Contestaba así Maragall afirmativamente a las dos últimas preguntas que Laín se hacía en aquella larga sarta de interrogantes. Pero el Académico turolense rebate la posibilidad de negar un bilingüismo fructífero y de calidad literaria entre los autores catalanes citando las obras castellanas de Ors, Miguel S. Oliver, Turró, Riber, Riba, Sagarra, Pla, o Gazziel.

¿Y qué ocurría cuando Maragall escribía en castellano? ¿Qué respuesta se le podía dar a un escritor como Pla que afirmaba que el poeta escribía en “un castellà, sempre, de tota manera, una mica pobre, traduït i enravenat, desproveït d’aquell *gracejo* que agradava tant a la gent del su temps<sup>135</sup>?” Pues con un argumento bien sencillo: ese supuesto «*gracejo*» tampoco existía en la prosa “severa, vigorosa, expresiva y, por supuesto, rica, tan rica como las que los otros del Guadarrama nutren y crean” de Unamuno, Maeztu, o Gregorio Marañón. No se deben confundir los términos ni los estilos, concluirá Laín sobre este tema. Maragall sería para él el claro ejemplo del bilingüismo -¿podríamos llamarlo armónico?- que imperaba en la Cataluña que él conocía.

En su relación con la religión, tres serían los aspectos que Laín remarcaría del poeta. El primero de ellos sería la que él denomina «efabilidad», es decir, la capacidad que Maragall tenía de transmitir fehacientemente la fe cristiana “como íntima y externa confesión<sup>136</sup>.” El segundo de los aspectos resaltados por Maragall sería la «festividad», o lo que es lo mismo, el canto a las fiestas tanto cristianas como paganas. Y el tercero la «encarnación natural», que sería la manifestación de Dios en todo aquello que es visible para el hombre.

Con todo esto que acabamos de ver, ¿cómo introduce Laín a Joan Maragall en la Generación del 98? Para ello debemos leer atentamente el prólogo que escribe para el *Epistolario y escritos complementarios* entre Miguel de Unamuno y Maragall. El texto se publicó en 1971, once años después del centenario del nacimiento de Maragall, lo que

<sup>134</sup> UNAMUNO, M. Y MARAGALL, J. (1971): p. 50 – 52.

<sup>135</sup> PLA, J. (1956): p. 123.

<sup>136</sup> LAÍN ENTRALGO, P. (2010): p. 137.

nos indica una clara evolución del pensamiento de Laín. Y hablamos de evolución porque si nos detenemos en una de las obras clave de la evolución intelectual de Laín, *La Generación del 98*, nos percatamos que en ningún momento se hace referencia a la figura de Joan Maragall. Habrá que esperar hasta 1960 y la publicación de las *Obres Completes de Joan Maragall* en dos volúmenes que recogen la obra catalana y castellana, para que Laín rectifique –en el prólogo del segundo volumen- su omisión en los siguientes términos:

“Estas reflexiones sobre la figura de la obra de Juan Maragall, que para mí venían siendo íntimo deber, se me han constituido al fin en causa de muy sincera pesadumbre. Por ignorancia y apresuramiento, dos pecados nada veniales en quien con alguna seriedad aspire a llamarse ‘intelectual’, omití la consideración de Maragall en el libro que hace más de quince años consagré a la obra y al ensueño de la generación del Noventa y Ocho. Involuntariamente, cometí una grave injusticia. ¿Acaso el gran poeta de Barcelona no fue, y por más de un motivo, la insigne figura catalana de esa generación insigne? Grave era, pues, mi deuda literaria y moral con el autor de la *Oda a Espanya*. Pero he aquí que sólo venciendo un fuerte sentimiento de pesadumbre puedo ahora apagar esa deuda mía<sup>137</sup>.”

Si el marqués de Castell – Florite leía a Maragall como un antecedente del Noventa y ocho, Laín lo interpreta como “el primogénito<sup>138</sup>.” Es Maragall primero de los intelectuales del mundo de la cultura que se percató de los problemas enquistados en la realidad de la España finisecular desde su “tierra nativa.” Desde Cataluña, Maragall reúne en su persona las características ideológicas y estilísticas del grupo literario de los unamunos, barojas, azorines, machados... Todo ello aderezado “catalana y mediterráneamente [...], en la obra del gran poeta de Barcelona.” La obra maragalliana bebe de

“la primacía de la vida y el sentimiento sobre la inteligencia razonadora, el culto de la sinceridad, la expresividad y la precisión en el uso del idioma –que en la pluma de Maragall, sea catalana o castellana la tinta, recuerda unas veces a Unamuno, otras a Maeztu y algunas a Antonio Machado-, el gusto vital y literario por el paisaje, la radical actitud antiburguesa del alma, tupida y cortésmente disminuída en su caso por la innegable burguesía de su posición política y de su cómoda instalación social<sup>139</sup>.”

<sup>137</sup> MARAGALL, J. (1960): p. 13, v. II.

<sup>138</sup> UNAMUNO, M. Y MARAGALL, J. (1971): p. 11.

<sup>139</sup> UNAMUNO, M. Y MARAGALL, J. (1971): p: 11 – 12.

La *Oda a Espanya*, teniendo en cuenta lo que nos dice Laín, sería el principal ejemplo de la “españolía noventayochista y catalana<sup>140</sup>” de Maragall; el canto del vate catalán que se eleva sonoro y fuerte contra la España decadente de entonces.

Una España imaginada por Maragall que, según la lectura lainiana, consistiría en la unión de las regiones con sus diferencias lingüísticas, culturales, sociales, políticas y geográficas. La convivencia armónica de todas ellas permitiría construir una “indudable diversidad vital –posiblemente armoniosa, pero realmente fuerte- de los hombres de España y sus modos de existir en el mundo<sup>141</sup>.” Maragall anhelaba esa España desde su posición de catalán:

“Potser algú em diria que encara fóra millor dir-se espanyols d’una vegada: responc que estaria bé, perquè ho som; però és que avui per avui, dir-se catalans és dir-se espanyols d’una manera més viva, més [sic] efícaç y més plena d’esperança que no pas amb aquesta paraula mateixa<sup>142</sup>.”

El *Epistolario* se encarga de cerrarlo Dionisio Ridruejo con un epílogo en el que culmina el trayecto discursivo iniciado por Laín sobre Maragall y su relación con el Noventa y ocho. Profundizando en la idea de la España por hacer de los noventayochistas, Ridruejo pone de manifiesto los ideales maragallianos que sustentarían el proyecto:

“mediante la sinceración y potenciación de cada una de las partes, que habrá de bucear en sí misma, descubrir y clarificar sus valores, creencias y estilos –lo maragalliano sería decir alma-, aprestarse luego a reunir y sumar por la voluntad, matrimonialmente, cooperativamente, lo que antes se amalgamó por el dominio del más poblado y enérgico de los fragmentos<sup>143</sup>.”

Maragall, al igual que hacía Unamuno, “afirmaba que la España anterior fue castellanizante.” La nueva España de Maragall sería un proyecto “coral”; y va mucho más allá Ridruejo cuando le pone nombre a la idea de España maragalliana, porque, “aunque él no use nunca esa palabra ideológica” lo que Maragall ve es una España “federada<sup>144</sup>.”

## El discurso de la intelectualidad catalana

La intelectualidad catalana también creó una idea completa de Joan Maragall pero en otros términos diferentes a los escritores e intelectuales castellanos. En el año en que nos movemos, 1960, fueron pocas las publicaciones de ámbito catalán relacionadas

<sup>140</sup> UNAMUNO, M. Y MARAGALL, J. (1971): p. 12.

<sup>141</sup> UNAMUNO, M. Y MARAGALL, J. (1971): p. 14.

<sup>142</sup> MARAGALL, J. (1960): p. 748, v. I.

<sup>143</sup> UNAMUNO, M. Y MARAGALL, J. (1971): p. 249.

<sup>144</sup> “Cada cual será cada cual para que el todo sea un todo vivo, capaz de destino o empresa” UNAMUNO, M. Y MARAGALL, J. (1971): p. 249.

directamente con el poeta; pero sí las tenemos algunas un poco anteriores y posteriores al centenario que hemos relatado, que nos permiten conocer la imagen «más catalana» de Joan Maragall.

### Josep Pla: Maragall y el «gracejo»

El primer autor al que haremos referencia será Josep Pla y su conocida serie de semblanzas de personajes destacados catalanes *Homenots*, publicada por la editorial Selecta dentro de la colección *Obres Completes de Josep Pla* en 1956. La sexta serie de *Homenots* nos habla de Alfred Sisquella, Pompeu Fabra, Miró i Folguera, Antoni Gaudí, y Maragall. Lo que nos cuenta Pla en este capítulo no deja de ser una pequeña parte de la semblanza de Joan Maragall publicada en 1984<sup>145</sup> -tres años después de su fallecimiento- que se verá completada con entrevistas a personajes cercanos al poeta que dieron su visión del él.

En el *Homenot* de Maragall podemos ver por donde se lee al poeta desde los círculos catalanes. “Maragall fou un escriptor molt més apassionat per les qüestions de fons que per les qüestions formals, que sempre considerà secundàries i de simple instrumentació<sup>146</sup>.” La poesía maragalliana era libre en muchos aspectos porque lo que preocupaba al poeta era el trasfondo del mensaje que transmitía, la calidad y el valor de las palabras que componían sus poemas y textos periodísticos; de ahí que “en aquest sentit és el pur antibarroc, el meravellós antiestilista<sup>147</sup>”, que aborrece a “aquells espècimens d’escriptor que semblen no tenir res més que fer que presentar filigranades<sup>148</sup>.” Maragall, por lo tanto, siguiendo a Pla, sentía auténtico horror por el Siglo de Oro castellano y del siglo XVII francés. En cambio, su admiración por la poesía romántica alemana nacería de ese horror hacia lo barroco.

El problema al que se enfrentó Maragall siempre, durante todo el transcurso de su vida, fue al trabajo “amb una llengua precària<sup>149</sup>.” Por esta causa, la obra del poeta en catalán sería “molt desigual<sup>150</sup>.” Sin desmerecer nunca el conjunto de la obra literaria maragalliana, Pla se refiere cuando habla de “desigualdad”, a las limitaciones que el poeta tuvo con la herramienta que trabajaba: el catalán sin normativizar.

---

<sup>145</sup> PLA, J. (1984): *Joan Maragall: un assaig*, Barcelona, Destino.

<sup>146</sup> PLA, J. (1956): p. 126.

<sup>147</sup> PLA, J. (1956): p. 127.

<sup>148</sup> PLA, J. (1956): p. 127.

<sup>149</sup> PLA, J. (1956): p. 127.

<sup>150</sup> PLA, J. (1956): p. 126.

“Jo crec, modestament –nos dice Pla-, que si Maragall, els mitjans d’expressió del qual no foren mai excessivament fàcils ni abundants, s’hagués trobat amb una llengua fixada i de maneig més còmode, el seu treball s’hauria trobat molt més facilitat. Un home que com ell, que mai no considerà que valgués la pena de perdre un sol moment en les qüestions formals o de l’estil, s’hauria merescut treballar amb un instrument d’expressió de manipulació més adient<sup>151</sup>.”

Para Pla, Maragall es un retroceso desde el punto de vista de la creación literaria respecto a Verdaguer, Carner, o Sagarra; pero esto no quiere decir que “per a l’home d’avui, però, per a la sensibilitat dels nostres dies, Maragall és més poeta que Verdaguer, Carner i Sagarra. El dia de demà ja ho veurem [...]”<sup>152</sup>.” Maragall iría más allá de la perfección formal, sería el poeta que llega a los sentimientos más profundos a través del manejo de la palabra, y eso, siguiendo la lectura de Pla, es lo que hace que la obra maragalliana esté “vigent, perquè, malgrat la seva possibilitat verbal, tenia tantes coses a dir, tantes coses que la gent hauria volgut dir i que ell representà sobre el paper, de vegades –quan les coses se li donen bé- amb una impressionant, sorprenent fluïdesa<sup>153</sup>.” Y lo que es más importante: la obra de Maragall traspasa fronteras y, aún con sus limitaciones, nadie pone en duda que “Maragall passà per sobre de tots aquests obstacles, i el resultat està a la vista. [...] La immortalitat de Maragall està posada sobre fonaments<sup>154</sup>.”

### Josep Benet: «El nostre» Joan Maragall

Josep Benet también tuvo su parte en la construcción de la imagen catalana de Maragall. En 1963 Benet ve publicada una de sus obras fundamentales: *Maragall i la Setmana Tràgica*, escrito que había sido premiado en 1961 con el Premi Joan Maragall y en 1963 con el Lletra d’Or. Este ensayo es una obra fundamental para conocer y comprender la elevada altura moral del discurso social maragalliano a través de los textos que el poeta escribió en el *Diario de Barcelona* dedicados a la semana convulsa que se vivió en la ciudad de Barcelona a finales de junio de 1909: la relación entre la política y la sociedad; el inconmensurable y etéreo valor del perdón como muestra de hermandad entre los hombres; la necesidad de establecer una nueva relación entre la Iglesia y Dios; etc. Estas ideas, que podrían ser un resumen de todo el ideal maragalliano, se plasman en el ensayo de Benet; pero la censura no pudo dejar de ver viejos fantasmas entre sus líneas.

<sup>151</sup> PLA, J. (1956): p. 126.

<sup>152</sup> PLA, J. (1956): p. 127 – 128.

<sup>153</sup> PLA, J. (1956): p. 128.

<sup>154</sup> PLA, J. (1956): p. 128.

En el prólogo a la sexta edición del libro<sup>155</sup>, reproducido en la edición de 2009<sup>156</sup>, se nos pone de manifiesto un caso de censura a la obra de Benet y, por extensión, a la de Maragall. Benet cuenta como en el momento de abordar la segunda edición del libro tuvo que afrontar que el censor eliminara fragmentos de textos de Maragall reproducidos a lo largo del ensayo, y que sí habían estado permitidos en la primera edición publicada por el Institut d'Estudis Catalans. La causa que motivaba la censura del poeta las deja bien claras el censor:

“En cuanto a la otra parte de vuestra tachadura, me parece un poco fuerte permitir que Maragall aparezca, como se trata de hacer en este libro, como un gran partidario de la separación y del catalanismo político. Yo no dudo de la veracidad del documento que se cita, pero no me parece oportuno el que eso se airee ni creo que ese texto sea representativo de la postura completa de Maragall ante el problema catalanista. De todas maneras, me da la impresión de que todo el libro se trata de eso precisamente: de hacer ver que Maragall fue un gran catalanista. Si esto es así –yo no he leído todo el libro–, mi consejo sería no autorizar nada de la obra. En cualquier caso, y como esta decisión drástica realmente no debe adoptarse, lo que sí conviene estar advertidos del momento de su salida al público con objeto de comentar adecuadamente, en la *Estafeta* y otros periódicos, la obra<sup>157</sup>.”

Y es que la censura debía ser implacable con todo aquello que pudiera cuestiona o poner en riesgo la unidad de España. Maragall, en ese aspecto, resultaba un poco ambiguo para las autoridades censoras de la dictadura. Para crear un discurso homogéneo sobre el Joan Maragall para introducirlo en el discurso literario de escritores a honrar por parte de toda España, los intelectuales podían ocultar los aspectos que les interesaran, pues podían dar más voz o menos a tal o cual texto del poeta. Pero a los censores no se les escapaba que lo que se publicaba literalmente del poeta era interpretable por cualquiera que lo leyera sin que sobre él actuara ningún tipo de filtro de carácter «intelectual». Y los que lo leían sabían que Maragall se había relacionado con posiciones cercanas a la Lliga catalana y había apoyado con enorme entusiasmo la creación de la unión de partidos *Solidaritat Catalana*<sup>158</sup>; es decir, los orígenes primigenios del nacionalismo catalán que tanto mal había hecho a la unidad de España.

---

<sup>155</sup> BENET, J. (1992): *Maragall i la Setmana Tràgica*, Barcelona, Edicions 62.

<sup>156</sup> Es la utilizada para este trabajo.

<sup>157</sup> BENET, J. (2009): p. 14. Estas líneas pertenecen al informe emitido por el delegado provincial de Barcelona del Ministerio de Información y Turismo, Jaime Delgado, y fueron selladas el 17 de julio de 1964.

<sup>158</sup> Sobre este aspecto resulta esclarecedor la lectura de la relación epistolar entre Unamuno y Maragall, donde se pone de manifiesto la divergencia de pensamiento entre el escritor bilbaíno y el barcelonés, especialmente los documentos XXVII y XXVIII. UNAMUNO, M. Y MARAGALL, J. (1971): p. 66 – 71.

Benet dedica una parte de la obra a clarificar la que él entiende que es la postura de Maragall ante la Generación del 98. En un artículo publicado en el *Diario de Barcelona* en 1894, comentó el poeta que “hay quien todavía se apena y se escandaliza por semejantes barbaridades [habla sobre la laxitud de las leyes españolas y el desprecio de las instituciones y ciudadanos por ellas], porque son muchos aún los que creen que España es un Estado; y no hay tal cosa: España no es un Estado: En España *jugamos a Estado*. Así es como no hay absurdos posibles entre nosotros<sup>159</sup>.” Maragall, y por extensión el resto de los catalanes de su posición –burguesa–, eran conscientes de la decadencia de España pero no de la misma manera que los noventayochistas. La sociedad catalana habría comprendido la oportunidad que suponía una situación social y política crítica como esa para tomar la delantera en el cambio que necesitaba España; “aquesta distinta reacció de Catalunya davant la desfeta del 1898 tingué conseqüències importantíssimes. Una s’elles fou la d’acréixer encara més la dissociació existent entre Estat espanyol i societat catalana<sup>160</sup>.”

Aparte de esto, debemos referirnos a la lectura que Benet hace sobre la valoración que hizo en su momento Maragall sobre la quema de iglesias y conventos durante la Semana Trágica. Líneas más arriba hemos citado y comentado la interpretación que daban los intelectuales de la dictadura a la obra maragalliana en relación con la religión: Maragall abogaba la salida del hombre de su interior para encontrarse en verdadera comunión con Dios. El ejemplo de texto maragalliano más claro para este aspecto sería *L’Església cremada* publicado, en noviembre de 1909 en *La Veu de Catalunya*, después de la asistencia de Maragall un oficio religioso en una iglesia que había sido destruida durante la Semana Trágica. Benet, de manera efectiva también, remarca que una de las críticas de Maragall en este texto iba dirigida a los feligreses que asistían impasibles a la celebración de la misa. Pero va más allá Benet cuando lee que los que han quemado la iglesia no lo hicieron por ir contra la religión, sino contra aquellos que se apropiaban y tergiversaban la palabra de Cristo predicándola y no sintiéndola como el resto del pueblo. Su crítica iba contra los corruptores de la palabra divina: la palabra de Dios<sup>161</sup>. Esto es lo que dice Joan Maragall en las líneas finales del texto, y que se le escapó a los intelectuales de la dictadura:

---

<sup>159</sup> MARAGALL, J. (1960): p. 439, v. II

<sup>160</sup> BENET, J. (2009): p. 21 – 23.

<sup>161</sup> BENET, J. (2009): p. 171 – 209.

“Mentres jo m’imagino que, si es diguessin en alta veu i ben comprensibles per tothom els salms fortíssims del començament, i els fidels en sal lengua natural poguessin alternar-hi; si fossin lleguides, cridades, al poble les paraules de foc de les Epístoles de Sant Pau, que es poden ben dir adreçades a tots els homes de tots els temps; [...] ja n’estic ben cert que ‘la gent que van a Missa’ serien en tota cosa ben diferents de lo que són ara; [...]. Ara us han cremat la Iglésia: perdoneu-los, perquè d’ells sí que pot ben dir-se ‘que no saben lo que fan’, i que de no saber-ho, no en tenen pas tota la culpa. Feu que ho sàpiguen: els Doctors de la Iglésia han de dir com, però feu que ho sàpiguen; i ja que ells, amb el foc i el ferro i la blasfemia han violat el sant recinte, no torneu a tancar-lo, sinó crideu-los a ell, tal com ells se l’han obert [...]. No reedifiqueu les runes, no n’esborreu la sang, ni poseu bàlsam al dolor; perquè no hi ha mellor esque ni engranall per a atreure als mals contents i als que pateixen... als dolents –si els voleu dir dolents, que no sé si heu pensat bé lo just-, que és el doble sentit d’aquesta paraula que té per tota rel el Dol<sup>162</sup>.”

Es más, Benet cita en su libro la opinión de un lector de Maragall, José de Aladern, que por medio de un artículo publicado en el diario *El Progreso*, el 24 de diciembre de 1909, hace la siguiente valoración –y advertencia- del texto arriba citado de Maragall:

“Los cristianísimos señores feudales cercaron sus castillos de tremendos fosos y aislaron sus puertas con férreos puentes levadizos, y, sin embargo, ya lo habéis visto; el castillo se hundió por sí solo al hundirse su señoría, porque el pueblo no sintió ninguna necesidad de ir al castillo a rendir homenaje al señor feudal. Procurad vosotros que no llegue el día en que el pueblo no sienta ninguna necesidad de acudir a vuestros templos, convertidos en fortalezas, y vuestro poder se hunda, como se hundió el poder feudal<sup>163</sup>.”

Esto parece indicar que la crítica maragalliana a la Iglesia fue comprendida y asimilada por los lectores de *La Veu de Catalunya* y, por lo tanto, de Maragall. Y lo que es más sorprendente de todo: habría causado un giro de pensamiento personal en el poeta que, a veces, le “venien ganas de posar-se a escriure en *El Progreso*, el diari de Barcelona que era el més llegit, en aquell temps, per les masses populars.” La razón de Maragall para cambiar *La Veu* por *El Progreso* era que “em sembla que en el baix poble hi ha, almenys més vivor que en altres esferes<sup>164</sup>.”

Josep Benet nos presenta a un Joan Maragall muy distante del Juan Maragall del que nos hablan los intelectuales y escritores franquistas. Al escritor y ensayista catalán no se le escapó, con anterioridad a los actos de homenaje a Maragall, que el régimen

<sup>162</sup> MARAGALL, J. (1960): p. 777 – 780, v. I.

<sup>163</sup> BENET, J. (2009): p. 204 – 205.

<sup>164</sup> BENET, J. (2009): p. 213 – 214.

iniciaría su “campana” para “apropiarse” de la figura del poeta. Así, a través de su columna en la revista *Germinabit* titulada “Notes i Comentaris”, Benet se expresaba claramente: “Cal esperar que la celebració no es limitarà a convocar uns actes més o menys acadèmics o retòrics, que contrastarien amb la personalitat, plenament sincera, de Joan Maragall<sup>165</sup>.” No podían permitir que el poeta catalán fuera instrumentalizado por la dictadura presentándolo como parte de la Generación del 98. Pero está claro que la *intelligentsia* del régimen jugó sus bazas y dio más resonancia a su interpretación a través de la voz, fundamentalmente, de Pedro Laín.

El escritor Joan Teixidor guardaba en su interior el mismo temor que Benet y así lo dejaba escrito en un artículo titulado “Maragall, abans i ara”, en la revista *Serra d’Or*:

“Ja he insinuat en una altra ocasió que en les commemoracions de Maragall hi haurà una mica de tot i que, a vegades, en un cert sentit, serà gairebé incòmode. Incòmode, al menys, per a mi, perquè jo em resisteixo al fet que un poeta, un escriptor, pugui arribar a ésser un home tan públic, tan apte per a la vana fantasmagoria dels elogis matussers i de les frases fetes. [...] El poeta se situa cornològicament en els anys de la generació del 98, però encara que li degui molt en certes actituds essencials, d’altra banda se n’allunya francament<sup>166</sup>.”

### Criterion: El mensaje y la estética maragalliana

Entre 1960 y 1962, con motivo de este centenario que estamos analizando, vieron la luz dentro de la colección Criterion, tres volúmenes —el 4, 12 y el 14—, dedicados a la figura de Joan Maragall.

El volumen número 4 ve la luz en 1960 y se divide en cinco bloques temáticos. En la primera parte, titulada “La paraula viva”, se analiza el estilo de Maragall y su influencia posterior en la literatura catalana y europea. Marià Manent, en el capítulo titulado “Inspiració, forma, paraula viva”, nos explica los orígenes de la poesía maragalliana, el lugar del cual brotan las palabras que luego plasmaba en sus poemas. Y no oculta que Maragall seguía un principio de “indispensable passivitat” ante la creación literaria porque, en general, la “experiencia indica que la inspiració és intermitent, capriciosa, difícilment provocable<sup>167</sup>.” Joan Oller i Rabassa escribe “La presència de Maragall”, donde nos comenta la importancia que tuvo en su momento la introducción

<sup>165</sup> *Germinabit*, julio 1959, nº 64, p. 13.

<sup>166</sup> *Serra d’Or*, noviembre – diciembre 1961, nº 11 – 12, año II, 2ª época, p. 42 – 44.

<sup>167</sup> MANENT, M. ESCLASANS, A. Y OTROS (1960): p. 13.

maragalliana de nuevas formas de escribir “després del Romanticisme; després d’un llarg període en el qual els poemes havien d’ésser composicions literàries, *peces*, ben complertes i arrodonides<sup>168</sup>.” Y nos define también Oller qué es la poesía pura para Maragall:

“Maragall vol el moment poètic pur sense cap altra sensibilitat que l’emoció poètica pura. Per explicar-nos això, ens posa l’exemple dels moments de contemplació davant del mar: moment religiós en el qual considerem la maravella que tot allò que veiem hagi estat creat<sup>169</sup>.”

Agustí Esclasans escribe “Maragall, els «Himnes Homèrics» i el «Poema de Catalunya»” explicando la influencia que Maragall tuvo en su obra literaria, y puntualizando qué significó Maragall para la nueva creación literaria:

“En Maragall tot fou moviment i acció, dubte i crença: fou, en fi, una ànima vivint en poesia i elevació, fou la dignitat de la vida i el sentit de la moralitat més perfecte que hem conegut, com digué d’ell Unamuno. De Maragall son aquestes paraules: «Sigueu purs, sigueu vosaltres mateixos». Perquè Maragall fou la consciència que s’obre, que s’acusa, i que combat. Maragall creà el seu temps i obrí l’esdevenidor de la poesia catalana. Per això el sentim tan present en aquest centenari, puix que ell fou un innovador, no sols en poesia, sinó en la norma de la vida<sup>170</sup>.”

Josep Maria Rovira Artigues cierra el primer bloque con “Eficacia humana de la poesia de Joan Maragall”, entroncando con el cariz temático del segundo bloque del volumen titulado “Cant Espiritual”. La religión es el tema fundamental de los cinco ensayos que componen este apartado. Joan Bta. Manyà –“Consideracions filosòfiques al «Cant Espiritual»”-, P. Basili de Rubí –“Glosses al «Cant Espiritual»”-, Jaume Sarri –“Poesia cristiana o poesia simplement?”-, Octavi Saltor –“La plural actualitat de Maragall”-, y Lluís Jordà –“L’element sobrenatural en l’obra de Joan Maragall”-, hacen su aportación en este segundo bloque.

Joaquín Zuazagoitia abre el tercer bloque del volumen número cuatro de *Criterion* bajo el título “Maragall i Unamuno”. Zuazagoitia escribe “Entre el Mediterráneo y el Cantábrico: España”. P. Jordi de Barcelona escribe “L’única Espanya. Meditació maragalliana a propòsit del llibre: *Epistolario entre Unamuno y Maragall*.” La visión de Maragall sobre España, como escribe Jordi de Barcelona, sería la siguiente:

<sup>168</sup> MANENT, M. ESCLASANS, A. Y OTROS (1960): p. 27.

<sup>169</sup> MANENT, M. ESCLASANS, A. Y OTROS (1960): p. 32.

<sup>170</sup> MANENT, M. ESCLASANS, A. Y OTROS (1960): p. 47.

“Tota la realitat del problema espanyol, principi de tragedia i de grandesa ensems, es redueix en el fet que Espanya és una i distinta a la vegada. El problema s’aguditza quan, segons uns, es voldria fer una Espanya distinta, oblidant que és al mateix temps una. Aquesta agudització és la manifestació d’una oposició extremista que no condueix a res de positiu, o, millor dit, condueix a l’opressió o a l’estirpament<sup>171</sup>.”

España contaría con elementos comunes que la harían constituir un todo capaz de integrar en su interior todas las tendencias; porque España conserva un innegable pasado que le confiere una latinidad que se manifiesta en las lenguas –excepto el vasco-, y en la unidad religiosa. Pero

“Una cosa és la unitat, tan estimada per Maragall quan afirma que vol construir una Espanya gran, quan desitja una nova composició ibèrica, i una altra cosa és l’uniformisme, rebutjat pel nostre poeta en tots els seus escrits polítics en els quals es manifesta repetides vegades partidari del respecte al reconeixement de les diversitats existents dintre de l’espaiosa Espanya<sup>172</sup>.”

Este cuarto volumen de *Criterion* lo cierran dos bloques titulados “Records” y “Llibres”. En ellos escriben, respectivamente, Frederic Alfonso i Orfila –“Barcelona”-, Joaquim Maria de Nadal –“El Maragall que jo conegui”, y Tomàs Roig i Llop –“Pels camins de Maragall-; y Lluís Gassò i Carbonell –“L’Epistolari entre Unamuno i Maragall”-, y P. Leonard de Torrefeta –“Les obres completes de Joan Maragall”-.

El segundo de los volúmenes, publicado en 1961, se divide en tres partes: una introducción titulada “Joan Maragall i el llenguatge”, a cargo de Osvald Cardona; cinco estudios dedicados al *Cant Espiritual* escritos por Joan Arús –“Maragall, el poeta del «Cant Espiritual»-; Àlvar Maduell –“El Cant Espiritual de Sant Francesc i el de Maragall-; Antoni Balasch Torrell –“La lluminosa espiritualitat de Joan Maragall”-, y Guillem Díaz-Plaja –“Les dues vessants de Maragall”-; y un último apartado de crítica literaria de obras dedicadas a la figura del poeta: Joan Arús repite en esta entrega y escribe “L’Antítesis de Maragall”, y Alfons Quiñones redacta “El Maragall de Joan Maria Corredor” sobre la tesis que Corredor presentó en la universidad de Montpellier sobre Joan Maragall.

Si el volumen 12 se dedica exclusivamente al análisis y crítica literaria, el volumen 14 va un paso más allá y entra en la valoración del conjunto de la obra maragalliana. De

<sup>171</sup> MANENT, M. ESCLASANS, A. Y OTROS (1960): p. 116.

<sup>172</sup> MANENT, M. ESCLASANS, A. Y OTROS (1960): p. 124.

la misma manera que su antecesora, la obra se divide en cuatro apartados: el primero trata sobre la conciencia jurídica en la obra de Maragall; continúa el texto con el análisis de la postura intelectual del poeta; la poesía de Maragall y su dimensión literaria; y, un análisis del papel de la amistad en la obra maragalliana. El libro lo inicia un estudio de Octavi Saltor titulado “Consciència jurídica en l’obra poètica de Maragall” en el cual nos comenta que la experiencia jurídica –Maragall era abogado–, empañará su obra “com una constant íntima que surt del seu ideari líric i de la seva fraseologia literària, d’una consciència jurídica, més que adquirida, sentida en la rel de la seva posició crítica davant dels homes i de les coses<sup>173</sup>.” Manifiesta también Saltor los ideales colectivos que impregnan la obra de Maragall: la fraternidad –“és, en el que avui diríem missatge maragallià<sup>174</sup>–; la libertad –“quant al sentiment que és alhora convicció, desig ideal i fórmula jurídica de convivència, de pau<sup>175</sup>–; y la paz –que “és, certament, un veritable leit – motiv en la poètica ideològica maragalliana<sup>176</sup>.” Qué mejor manera de terminar el capítulo que recordando las últimas palabras que pronunció Maragall antes de fallecer: “«amunt, amunt»”, que no son más que las palabras que resumen “un bell morir que honra literalment tota una vida”; una vida que

“fou també, una lliçó contínua entorn seu, que erigí aquest lema en fórmula espiritualista per a la comunitat, i que fa, de la figura de Maragall, un símbol, un camí, un signifi, d’entesa radicalment cordial i lluminosa en els eventuais avatars tormentuosos de la seva gent, entre els seus contemporanis i després d’ells<sup>177</sup>.”

El segundo bloque lo abre Joan Oller i Rabassa con un texto titulado “Maragall i alguns intel·lectuals.” Cuando nos ponemos ante personajes como Maragall, según Oller, como Ruskin, Nietzsche, Maeterlinck, Unamuno, D’Ors, Novalis, y otros

“no podem dir que estem davant de personalitats a les quals poguem dir a seques filòsofs, novel·listes, poetes o dramaturgs solament. Són com un complex de participacions d’aquestes coses dins la rotació d’un moviment teoritzant. Són, potser, uns teoritzadors. Però, si bé hi pot haver «intel·lectuals» sense teoria, tot i això la majoria seran uns teoritzants o crítics combatius o revolucionaris<sup>178</sup>.”

<sup>173</sup> ARIMANY, M, SALTOR, O, Y OTROS (1962): p. 26.

<sup>174</sup> ARIMANY, M, SALTOR, O, Y OTROS (1962): p. 47.

<sup>175</sup> ARIMANY, M, SALTOR, O, Y OTROS (1962): p. 47.

<sup>176</sup> ARIMANY, M, SALTOR, O, Y OTROS (1962): p. 47.

<sup>177</sup> ARIMANY, M, SALTOR, O, Y OTROS (1962): p. 53.

<sup>178</sup> ARIMANY, M, SALTOR, O, Y OTROS (1962): p. 65.

Joan Maragall es tratado en dos facetas: la de poeta –“cal tenir ben present que quan el nostre poeta (a Maragall sempre se li digué poeta) escrivia [...]”<sup>179</sup>–, y la de maestro –“com diu molt bé el nostre mestre”<sup>180</sup>.”

En la misma línea que Oller i Rabassa abunda Esteve Albert i Corp con el tema “L’Ascesi de Joan Maragall.” Albert considera que la poesia maragalliana es “la més original, més personal i més revolucionaria que s’ha donat en tota la nostra història literària”<sup>181</sup>.” Cuando se intenta crear una imagen de un Joan Maragall encasillado, se está intentando acometer una tarea casi imposible porque el poeta “fou un home de finestra oberta, a ple sol, a tots els vents, a tots els sorolls del carrer, fins a les veus sinistres de la nit i la misteriosa astrologia [...]”<sup>182</sup>.” Por lo tanto, no debe resultar extraño que “ens fa[ci] riure la polèmica dels qui volen encasillar-lo i continuen, inconscients, jugant a bizantinisme, escatint el què d’una possible heterodoxia i el grau exacte de la seva catalanitat”<sup>183</sup>.” Y concluye de manera tajante sobre este último aspecto

“Del gran poliedre de la seva personalitat cadascú es va creure que l’havia vist tot, ni que ho hagués fet només d’una cara. [...] [Però] han passat els anys i, encara, una anècdota, un vers, separats del conjunt, serveixen perquè tothom tiri aigua al seu molí i es faci un Joan Maragall a la mida, al propi gust o servei. Misèria humana, mesquinesa dels catalans!”<sup>184</sup>”

Abre el tercer bloque temático del Citerion número 14 el escritor Francesc Pujol i Algeró con el texto titulado “L’altíssim poeta que fou Joan Maragall.” El poeta es para su pueblo un guía, y cuando “un poble [és] mancat del seu poeta, és un poble de poca vitalitat social, considerat ideològicament, per la qual cosa estimem tan amorosament els poetes i filòsofs, posat que són els infantadors d’una vida superior, més idealitzada, de la qual viu l’home quotidianament”<sup>185</sup>.” Del poeta, de su amor a la patria surge “la sana passió amorosa, de sentiment enlairat, que hom projecta sobre la multitud, la qual, influida pel cant profètic del seu poeta, creu decididament en la continuïtat del seu existir”<sup>186</sup>.” Cuando todo esto se manifiesta en la persona del poeta, “sorgeix el poeta social, que representa en la vida col·lectiva, una acumulació de força moral per a les aspiracions de millorament

<sup>179</sup> ARIMANY, M, SALTOR, O, Y OTROS (1962): p. 66.

<sup>180</sup> ARIMANY, M, SALTOR, O, Y OTROS (1962): p. 68.

<sup>181</sup> ARIMANY, M, SALTOR, O, Y OTROS (1962): p. 91.

<sup>182</sup> ARIMANY, M, SALTOR, O, Y OTROS (1962): p. 93.

<sup>183</sup> ARIMANY, M, SALTOR, O, Y OTROS (1962): p. 93.

<sup>184</sup> ARIMANY, M, SALTOR, O, Y OTROS (1962): p. 95 – 96.

<sup>185</sup> ARIMANY, M, SALTOR, O, Y OTROS (1962): p. 100.

<sup>186</sup> ARIMANY, M, SALTOR, O, Y OTROS (1962): p. 101.

humà<sup>187</sup>.” Y es que para Maragall solo había un amor básico: “Catalunya, i després d’aquest amor patri, l’estima a la humanitat<sup>188</sup>.”

Josep Maria Lompart, Maria Castanyer, y Antoni Closes escriben sobre “La Vaca cega”; “Maragall i «L’Empordà» sobre el *Cant de l’Empordà*; y sobre “L’aportació de Maragall al teatre català”, respectivamente. Finalmente, escriben en el último bloque Joan Sallarès, y Tomás Roig i Llop. Sallarès se encarga de una “Glossa d’un altre Joan Maragall” sobre un hombre que, él personalmente, “estimava molt, universalment, en posició de família, de cultura i de patria. I que era humil de les supremes determinacions<sup>189</sup>.” Roig, por su parte nos habla sobre “Rossinyol vist per Maragall”, comentándonos que los dos personajes eran “dos bons amics, dues ànimes escollides, genials, que han donat i segueixen donant honor altíssim al nostre país<sup>190</sup>.”

---

<sup>187</sup> ARIMANY, M, SALTOR, O, Y OTROS (1962): p. 101.

<sup>188</sup> ARIMANY, M, SALTOR, O, Y OTROS (1962): p. 104.

<sup>189</sup> ARIMANY, M, SALTOR, O, Y OTROS (1962): p. 136.

<sup>190</sup> ARIMANY, M, SALTOR, O, Y OTROS (1962): p. 141.

## Conclusiones

A través del capítulo anterior hemos descrito las diferentes lecturas que se produjeron alrededor de la figura de Joan Maragall y su vida y obra. Es ahora el momento de poner negro sobre blanco las conclusiones que de todo ello podemos extraer; es decir, la interpretación de las variadas opiniones sobre Maragall que fueron vertidas por los diferentes actores del mundo intelectual español –en general- y catalán –en particular. Y es que las interpretaciones de uno u otro signo tienen una explicación que se encuadra dentro de un contexto cultural muy bien definido, como hemos visto líneas más arriba; pero estas extienden también sus raíces en orígenes que se remontan unas décadas más atrás, en la consolidación de la ideología dominante de la dictadura: el franquismo.

Para la exposición de las conclusiones, seguiremos un camino que dividiremos en tres etapas. La primera será la interpretación que desde el franquismo se da al poeta Maragall; en la segunda concluiremos cuál es la lectura que se hace, en el momento del centenario, por parte de la intelectualidad catalanista; y en la tercera y última explicaremos el porqué de esa lectura, es decir, cuales son los fundamentos teóricos que permiten realizar una lectura como la que se hizo en ese momento cronológico preciso de la historia de España y Cataluña.

La tarea nos remitirá con frecuencia a volver atrás en nuestro discurso. Para evitar lo más posible estas regresiones, utilizaremos algunos datos que no aparecen en el texto principal, pero que son similares en su contenido y mensaje, para sostener aún más nuestras conclusiones.

### La lectura franquista de Maragall

Para acercarnos al poeta Joan Maragall a la tradición literaria –y por extensión cultural- de España, los intelectuales y críticos lo asociaron a la Generación del 98 española. Basta con recordar las palabras de Laín en el prólogo a las *Obres Completes* del poeta catalán, cuando se pregunta: “¿acaso el gran poeta de Barcelona no fue, y por más de un motivo, la insigne figura catalana de esta generación insigne?” Y es que Maragall seguía las líneas temáticas que marcaron a dicho grupo intelectual: una preocupación por España y su decadencia, un interés en la apertura hacia Europa, un anhelo de una España fuerte donde convivieran gallegos, portugueses, castellanos, vascos y catalanes.

Lo que se destaca no es solo el mensaje, el contenido de toda la obra, que transmite Maragall; es también la resonancia que se da a una parte u otra de su obra. Esto quiere

decir que, los encargados de adaptar al poeta a la tradición castellana del 98, no dan la misma resonancia a un poema que a otro, a un artículo o a otro. En las alusiones elogiosas a la obra de Maragall siempre se destacan tres poemas: “La Vaca cega”, la “Oda a Espanya”, y el “Cant espiritual”.

De “La Vaca Cega” se dirá que fue de la “muy intensa y extensa” obra del poeta, la auténtica “joya” de su producción que habría bastado únicamente la rima de esa composición para donarle a Maragall “el título de poeta máximo<sup>191</sup>.” Porque en “La Vaca Cega” se conjugaban, no solo la máxima expresión de la forma y la estética maragalliana, también el canto implícito al paisaje –en este caso de Cataluña- elemento que juega un papel destacado en toda la obra de los escritores del Noventa y ocho. Y no solo eso, y tal vez sea el factor simbólico que haga destacar a esta composición, el poema fue traducido al castellano por primera vez por Miguel de Unamuno.

La “Oda a Espanya” es leída en el otro sentido importante de la Generación del 98: el canto a la decadencia de España como nación y los anhelos de un cambio esperado. “Escolta Espanya, -la veu d’un fill/que’t parla en llengua –no castellana.” Comienza así un poema que, desde una de las regiones que la componen, habla a España en su lengua natal con la intención hacerle ver sus problemas y manifestarle que el cambio para ella debe llegar si no quiere quedar excluida del mundo que la rodea: “Salvat-t, oh! Salva-t – de tant de mal/que’l plò’t torni feconda, alegre i viva;/pensa en la vida que tens entorn:/aixeca’l front,/somriu als set colors que hi ha en els nuvols.”

Finalmente, en el grupo de poemas destacados, nos encontramos el “Cant Espiritual.” Si los dos anteriores eran referentes –cada uno a su manera- de la adaptación maragalliana al 98, este era la manifestación máxima de la innovación del poeta en la expresión literaria. Lo que podría llamarse la aportación máxima del poeta catalán a las letras castellanas. Porque este poema no es más que la invocación del aspecto literario que define a Maragall: la «paraula viva». Como hemos ido viendo por aquellas líneas ya lejanas, Maragall entendía la palabra como algo sagrado, como algo que debía ser escogido con sumo cuidado, como algo que debía ser utilizado en el momento oportuno. “Quan no hi ha l’obligació de parlar, el silenci és sagradament delectós”, decía Maragall remarcando de manera clara el valor de la palabra. Porque la palabra, ya lo hemos dicho,

---

<sup>191</sup> *Diario de Barcelona*, 14/II/1960, p. 5.

era algo sagrado; y lo sagrado, en Maragall, tenía gran importancia para sus lectores franquistas.

La exaltación del Joan Maragall religioso es una constante en todas las lecturas que de él se hacen desde la *intelligentsia* franquista. Y no es para menos, dado el carácter «nacionalcatólico» del régimen dictatorial del general Franco. Los tres puntos con los que definía Pedro Laín la relación entre la religión y Maragall, son un ejemplo meridiano de la importancia de este aspecto para encajar al autor dentro del mosaico de escritores recuperados «por» y «para» la dictadura franquista. Porque Maragall, siguiendo la doctrina de la «Paraula viva», entendía la eucaristía como el acto supremo de comunión con Dios, y por eso criticaba ferozmente a todos aquellos que asistían impávidos a la celebración de la liturgia. El artículo “L’Iglésia Cremada”, Maragall ejemplificaría claramente esa posición desde la cual, nos recuerda Ramón Rucabado desde las páginas de *Diario de Barcelona*, “increpa Maragall a los que asisten indiferentes, distraídos y soñolientos a la patética ceremonia que revive la dolorosa muerte de Jesús en el Calvario<sup>192</sup>.”

Esta es la lectura del fervientemente católico Joan Maragall. Y será ese sentimiento y su búsqueda sin descanso de la pureza, lo que le lleve a innovar en su poesía y apartarse de los cánones y esquemas anteriores del romanticismo de finales del siglo XIX.

Joan Maragall era «escritor» y, sobre todo, «español.» Y como personaje que desde Cataluña se vuelca de manera absoluta con España, debe escribir en castellano, y la prosa en este idioma tiene la misma calidad que la escrita en su idioma vernáculo. Laín se encargó de enfatizar este aspecto de manera reiterativa en los estudios que hemos visto líneas pretéritas, situando al poeta en el tronco de autores catalanes destacados que escribieron en algún momento en el idioma de Castilla. El acento lo ponía Laín en destacar el carácter «bilingüe» de Cataluña, una condición que no haría más que acrecentar la grandeza de esa tierra que permitía a sus escritores expresarse indistintamente en uno u otro idioma con el máximo éxito. No es que escribiera en los dos idiomas, es que cuando lo hacía en catalán, Maragall empleaba el idioma anterior a la normativización fabriana, lo que hacía su verso y su prosa agradables a la lectura pues

---

<sup>192</sup> *Diario de Barcelona*, 9/X/1960, p. 29 – 30.

podía leerse como a un autor tradicional catalán que empleaba una lengua que funcionaba como un fósil.

El éxito de Joan Maragall estaría en la capacidad que tuvo de encadenar en su obra los tres aspectos fundamentales para los intelectuales franquistas: el ferviente catolicismo que profesaba, la idea de España que tenía, en línea con de la Generación del 98, y la prolija producción tanto en catalán como castellano.

### La lectura catalanista de Maragall

Lectura buen diferente dan de Joan Maragall los escritores e intelectuales catalanes. Lejos de hablar de tendencias literarias y de pensamiento en las que incluirlo, la lectura que se hace es, salvo algunas excepciones como ya hemos visto, de carácter estético, poniendo énfasis en aquellos aspectos que hacen del poeta algo nuevo en la familia de poetas de Cataluña.

Teníamos el ejemplo de Josep Pla, que destacaba la posición de Joan Maragall como escritor que había revolucionado las letras catalanas pasando por encima del barroquismo y romanticismo, y poniendo mucho más el acento sobre las cuestiones de fondo, es decir, de transmitir el mensaje de lo que estaba escribiendo. Esto no deja de ser la lectura que hacían los falangistas de la «Palabra viva», pero matizada, porque Maragall no entendía la palabra como un instrumento para hacer filigranas, por eso aborrecía a aquellos autores que formaban parte del Siglo de Oro castellano y del siglo XVII francés.

El otro autor del cual hemos analizado la lectura que hacía de Joan Maragall, era Josep Benet. Benet crea y consolida la imagen de ciudadano de Maragall, a través del ensayo sobre la Semana Trágica, que construye en base a los textos que el poeta fue escribiendo a lo largo de esa semana de enfrentamientos en la Barcelona de 1909. Porque en este texto se presenta al poeta cercano a determinadas sensibilidades sociales que en aquel momento estaban silenciadas; además, se nos presenta a un Maragall crítico con la postura oficial de la Iglesia, factor este último que chocaba de frente contra los intereses en la creación de la imagen maragalliana por parte de los franquistas. Debemos recordar que este texto fue sometido a las tijeras de la censura, lo cual nos indica el temor de los censores a que la imagen que se estaba construyendo de Maragall cayera en saco roto.

No es que Maragall perteneciera a la Generación del 98, es que había superado – juntamente con toda la burguesía catalana- la visión pesimista de los noventayochistas, situando seguidamente la realidad política catalana por delante de los problemas del resto

del Estado. El poeta no pertenecería, por consiguiente a la Generación del 98, sino que formaría parte de una generación exclusivamente catalana englobada bajo el año de 1901, tal y como había teorizado Jaume Vicens Vives en su *Notícia de Catalunya*, intentando aplicar para el caso de Cataluña la teoría sobre las generaciones desarrollada por Arnold J. Toynbee<sup>193</sup>. En esa misma línea abundó Josep Maria Corredor en su biografía sobre Joan Maragall, publicada en 1960 y ganadora del Premi de Biografia Catalana Aedos, donde en un fragmento del quinto capítulo titulado “L’Ideal Ibèric” nos dice que

“La ‘generació del 98’ també es inconformista, però el seu inconformisme es limita a la negació, a oposar un refús a la mentalitat i a la sensibilitat aleshores predominants. Els falta confiança per a predicar un veritable redreçament en l’esfera nacional, i els sobra sinceritat i bon gust per a ajuntarse al cor oficial de la ‘generació.’ Llur acció, autènticament renovadora en el terreny literari, no és de les més eficaces per a suscitar nous estímuls i encoratjar les energies vacil·lants<sup>194</sup>.”

Porque Maragall tenía un tono diferente a los del 98. “¿Com imaginar-se els homes del ‘98’, engavanyats potser per força en el seu individualisme agressiu, escrivint els articles que Maragall prodigà a l’època de la ‘Solidaritat’, articles on a cada ratlla semba presentir-se la desfinalda de multituds enfervorides<sup>195</sup>?” Porque Joan Maragall era un guía del pueblo al que orientaba hacia un futuro mejor.

El máximo interés estaba en que la figura de Joan Maragall no fuese apropiada por voces externas a Cataluña. Porque Maragall era la voz de Cataluña. Este documento manuscrito que Agustí Esclasans recitó ante la tumba del poeta en el centenario de su muerte es claro ejemplo y síntesis de todo lo que antes hayamos dicho:

“I ara retorno, amb nous companys, davant la teva tomba noble, mig fadigat pels anys i els desenganyys, però fidel, com sempre, al nostre poble.

Retornem vora teu, oh Mestre pur, per a fer-te l’homenatge literari, per a ofrenar-te, de cara al futur, l’amor, Paraula Viva, la veu del centenari.

La veu que no s’apaga, i que en l’espai posa resons eterns, que si s’allunya retorna amb nou vigor, que no mor mai, la veu del doble amor que és impuls i és esplai: l’amor al nostre Verb, l’amor a Catalunya!

Barcelona, 1960.

<sup>193</sup> GASSOL BELLET, O. (2006): “Verdaguer, Maragall, Riba, Espriu: l’evolució de la imatge de poeta nacional durant la postguerra.”, en PANYELLA, R. Y MARRUGAT, J. (eds.): *L’ escriptor i la seva imatge. Contribució a la història dels intel·lectuals en la literatura catalana contemporània*, Barcelona, Grup d’Estudis de Literatura Catalana Contemporània de la UAB, L’Avenç.

<sup>194</sup> CORREDOR, J.M<sup>a</sup> (1960): p. 189.

<sup>195</sup> CORREDOR, J.M<sup>a</sup> (1960): p. 190.

Agustí Esclasans<sup>196</sup>.”

Miquel Arimany, en su obra *Maragall. 1860 – 1911 – 1961*, deja claro que cuando se habla de Maragall “cometem un pecat: el de pensar només en el poeta<sup>197</sup>.” Y es que esa también era la diferencia de la visión catalana con la lectura franquista: no es únicamente el poeta como «poeta» -la lectura que sacamos, por ejemplo, de la colección *Criterion*-; es también el poeta como «ciudadano-poeta» que se preocupa y actúa ante aquello que afecta a sus conciudadanos, y es esta última visión la que más importancia tiene entre los catalanes que leen a Maragall.

Porque Joan Maragall era el «nostre poeta», el «nostre mestre», en definitiva el «nostre Maragall». La utilización recurrente del adjetivo posesivo nos indica la cualidad identitaria que se le atribuye al poeta desde los círculos del catalanismo. Con el uso del posesivo se genera la idea de posesión e identificación con el mensaje del poeta, que pasa a ser un patrimonio inalienable para todos los catalanes.

### Una explicación a la lectura franquista de Joan Maragall

La lectura franquista de Joan Maragall se explica por el contexto político-cultural que comienza a cambiar a mediados de los años cincuenta, y que ya hemos analizado en líneas anteriores. Pero el origen profundo del acercamiento y encaje de la cultura catalana en el contexto español, surgido por la necesidad de aumentar las bases que dieran soporte a la dictadura, viene de más atrás en el tiempo: desde aquellos primeros momentos en los que se inició el debate sobre el «ser de España»; el debate entre la *España como problema* y la *España sin problema*.

Como hemos visto con anterioridad, Pedro Laín y Rafael Calvo presentaban dos maneras de entender la realidad española. El problema de España, presentado por Laín, vendría de la imposibilidad de conciliar el discurso liberal-progresista con el reaccionario y; mientras que en el caso de Calvo Serer, en España no habría problema alguno de conciliación de posturas, pues, una vez culminada la guerra con la victoria de uno de los bandos, el problema se habría solucionado con la imposición de un modelo único. En la raíz de estas lecturas se encuentran Ortega y Gasset y Unamuno, por una parte, y Menéndez Pelayo y Maeztu, por otro.

---

<sup>196</sup> 14/II/1960, *Homenatge a Joan Maragall en el centenari de la seva naixença (1860 – 1960)*, Manuscrito del autor, Arxiu Joan Maragall, Manuscrits, 4 I/3/8.

<sup>197</sup> ARIMANY, M. (1963): p. 7.

Y es que los proyectos de renovación de España que proponían las dos corrientes de pensamiento que actuaban dentro de la dictadura –la falangista y la católica- llevaban implícitos el necesario encaje de las diferentes realidades territoriales que conformaban el mosaico político, social, y cultural del Estado español. En el caso que nos concierne, el encaje de Cataluña con el resto de España, centró el debate intelectual y político entre finales de los años cuarenta y 1951<sup>198</sup>. Porque si existían dos visiones sobre el problema de España, otras tantas se daban para fundamentar un proyecto territorial.

Por un lado los que querían articular España a través de un proyecto que girara alrededor de Castilla, fuertemente centralista y castellanista, tal y como lo habían teorizado tanto Unamuno como Ortega; por otro, los que querían una España que considerara la totalidad de sus regiones y que se construyera en base a la unión de las mismas, tal y como se había comenzado a leer desde el proyecto de Acción Española. Y todo ello por la importancia del resurgir de la cultura catalana, que a partir de 1951 verá aumentar su presencia en los medios de difusión de la dictadura, especialmente las revistas editadas por el SEU.

Dionisio Ridruejo, como ya hemos visto en el capítulo correspondiente, se da cuenta de ese resurgir y comienza a escribir en *Revista* la columna “Las dos ciudades de España”, o lo que es lo mismo, la ejemplificación del diálogo entre Barcelona y Madrid. Ridruejo, al igual que Laín, son los dos exponentes de la máxima apertura del falangismo hacia la pluralidad española. No se niega la presencia de diversos pueblos componiendo España: se acepta la pluralidad de España; pero como los componentes del 98 y Ortega, se establece que los cimientos de aquella estaban apoyados sobre la omnímoda Castilla<sup>199</sup>. Y es que la realidad castellana era el corazón que bombeaba la sangre del resto de España, el germen del Imperio del siglo XVI, el núcleo fundacional de una manera de entender el mundo, el origen de una lengua regia que unía a millones de personas alrededor del orbe. Era necesario pues, con la vista puesta en la integración de Cataluña, fomentar cualquier aspecto que hiciera énfasis en el diálogo entre esa región y España.

La recuperación y publicación del epistolario entre Unamuno y Maragall, ya comentado líneas más arriba, sería un ejemplo paradigmático de esa necesidad de fomentar los vínculos entre las dos regiones. Dos hombres cercanos en su sensibilidad

---

<sup>198</sup> SAZ, I. (2003): p. 388.

<sup>199</sup> SAZ, I. (2003): p. 254 – 255.

por España exponen de manera clara cuáles son sus proyectos para el Estado, pero siempre con la dificultad para conjugar el papel dominante de Castilla con el resto de regiones. En base a esto, se origina lo que Ismael Saz ha denominado “catalanismo falangista”, de un evidente carácter antidemocrático y antiliberal, fundamentado en la siempre presente «unidad de destino en lo Universal» que José Antonio había pronosticado para España<sup>200</sup>. Porque Unamuno y Ortega estaban siempre muy presentes entre las filas falangistas con sus ideas sobre la nación española: una nación que integrara la diversidad, pero siempre con la conciencia de que Castilla era superior a las demás regiones por su pasado glorioso y por todo lo que había dado a las que convivían a su alrededor<sup>201</sup>.

Con la vista puesta en la unión de los territorios españoles, los intelectuales falangistas iniciaron lo que podría llamarse «proceso de reconciliación falangista», que Ismael Saz explica de la siguiente manera:

“Aplastamiento e integración; perdón selectivo y castigo expiatorio; memoria y recuerdo. Esos eran los términos del problema. Podían variar los tonos, pero la sustancia era inmutable. Esa era la solución totalitaria, fascista, porque esa era la ideología de Falange y a ella respondían todos sus cuadros<sup>202</sup>.”

Porque la revancha y la ausencia de olvido para con los que habían luchado en contra de los ideales falangistas eran dos premisas irrechazables; porque a fin de cuentas, olvidar sería traicionar a las víctimas que había dejado el bando enemigo.

Con la única finalidad de buscar y encontrar esa reconciliación entre los españoles, la recuperación de la figura de aquellos personajes que no se habían situado en posiciones próximas al proyecto falangista, bien fuera por sus postulados ideológicos previos al 36 o por su posición posterior a la guerra, y que podían aportar algo al mundo de la cultura se hizo evidente. El caso de Joan Maragall que hemos estudiado es un ejemplo claro de la necesidad de apertura hacia la realidad catalana, siempre dentro de una concepción totalitaria que implicaba «españolidad», «autenticidad» y «unidad» completa de todos los españoles. Pero ya con anterioridad Ridruejo había iniciado el proceso de recuperación de otro poeta, Antonio Machado, desde las páginas de *Escorial* con un artículo con un

---

<sup>200</sup> SAZ, I. (2003): p. 393.

<sup>201</sup> GALLEGO, F. (2014): p. 58.

<sup>202</sup> SAZ, I. (2003): p. 262.

título más que simbólico “El poeta rescatado<sup>203</sup>.” Y ya a finales de los cuarenta, como ya vimos, se produjo la inclusión de otros dos escritores catalanes en el discurso franquista: Jacint Verdaguer y Jaume Balmes.

El marco era ese: todos los españoles, muertos o vivos, cabían en el proyecto de la nueva nación española surgida después de abril del 39. Los vivos debían aceptar que no podía existir nada más que el proyecto y el partido falangista con una misión por cumplir: la proyección del Imperio español. Los muertos ayudarían en la tarea dando el poso necesario de intelectualidad y tradición; y con la ventaja añadida de que no podían hablar, la tarea podía ser sencilla. Con una correcta lectura, adecuada a los objetivos que se querían conseguir, un poeta, un prosista, un ensayista, un músico, o un pintor podían pasar a engordar la lista de personajes que habían conducido a la gloria y ensalce de la dictadura. La tarea de consolidar un proyecto político como el de la dictadura franquista era compleja y no estaba exenta de olvidos selectivos y contradicciones manifiestas. El poeta Joan Maragall fue uno de esos poetas, prosistas, y ensayistas sometidos a relectura para darle entrada en la casa falangista.

Quien le hubiera dicho al poeta del barrio barcelonés de Sant Gervasi, que ya en los inicios del siglo XX iba a intuir ya la presencia de un caudillo salvador de España... Pues los falangistas «comprensivos», los anhelantes de una revolución pendiente y de una nueva España que necesitaba encontrar sus raíces y, en caso de no conseguirlo, de inventárselas.

---

<sup>203</sup> MUÑOZ SORO, J. (2013): “Despojos despojados. Los intentos de repatriación de los restos de Antonio Machado durante el franquismo”, *Cercles. Revista d’Història Cultural*, nº 16, Barcelona, Grup d’Estudis d’Història de la Cultura i dels Intel·lectuals, Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona.

## Bibliografía

-, (1952): *Medio siglo de publicaciones de poesía en España: Catálogo de revistas*, Madrid.

-, (1973): *Commemoració del centenari de Joan Maragall (1860-1911)*.

ALBERT, M. (1998): *Vencer no es convencer: Literatura e ideología del fascismo español*, Frankfurt am Main, Vervuert.

AMAT, J. (2007): *Las voces del diálogo: Poesía y política en el medio siglo*, Barcelona, Península.

ANGUERA, P. (1996): *El catalanismo conservador*, Girona, Cercle d'Estudis Històrics i Socials.

ARIMANY, M., SALTOR, O., Y OTROS (1962): *Maragall*, colección Criterion, nº 14, Barcelona, Editorial Franciscana.

ARIMANY, M. (1963): *Maragall, 1860-1911-1961*, Barcelona, Miquel Arimany.

BALCELLS, A. (1991): *El nacionalismo catalán*. Madrid: Historia 16.

BARBAGALLO, F., GARRABOU, R., Y OTROS (1990): *Franquisme: Sobre la resistència i consens a Catalunya : 1938-1959*, Barcelona, Centre de Treball i Documentació.

BENET, J. (1978): *Catalunya sota el règim franquista*, Barcelona, Blume.

BENET, J. (1995): *L'intent franquista de genocidi cultural contra Catalunya*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat.

BENET, J. (2009): *Maragall i la setmana trágica*, Barcelona, Edicions 62.

BOX VARELA, Z. (2010): *España, año cero: La construcción simbólica del franquismo*, Madrid, Alianza.

CAHNER, M. (1976): *Cataluña en la época franquista: 1939-75*, Barcelona, Destino.

CALVO CARILLA, J.L. (1998): *La cara oculta del 98: místicos e intelectuales en la España del fin de siglo (1895 – 1902)*, Madrid, Cátedra.

CARDONA, O., ARÚS COLOMER, J., Y OTROS (1961): *Maragall*, colección Criterion, nº 12, Barcelona, Editorial Franciscana.

CASASSAS, J. (coord.) (1999): *Els Intel·lectuals i el poder a catalunya :Materials per a un assaig d'història cultural del món català contemporani: 1808-1975*, Barcelona, Pòrtic.

CASTILLA DEL PINO, C. Y OTROS (1977): *La cultura bajo el franquismo*, Barcelona, Anagrama.

CAZORLA, A. (2005): *Las políticas de la victoria: la consolidación del nuevo Estado Franquista (1938 – 1953)*, Madrid, Marcial Pons.

CORREDOR, J.M<sup>a</sup>. (1960): *Joan Maragall*, Barcelona, Aedos.

CREXELL, J. (2000): *Els Fets del Palau i el consell de guerra a Jordi Pujol*, Barcelona, Edicions de La Magrana.

DE CABO, I. (2001): *La resistencia cultural bajo el franquismo: En torno a la revista destino, 1957-1961*, Barcelona, Àltera.

DE RIQUER I PERMANYER, B. (dir.) (1988): *Història de la diputació de Barcelona*, Barcelona, Diputació de Barcelona.

DE UNAMUNO, M., MARAGALL, J., (1971): *Epistolario y escritos complementarios*, Madrid, Seminarios y Ediciones.

DI FEBO, G. (2002): *Ritos de guerra y de victoria en la España franquista*, Bilbao, Desclée de Brouwer.

DÍAZ, E. (1983): *Pensamiento español en la era de Franco: 1939 – 1975*, Madrid, Tecnos.

ELLWOOD, S. (2001): *Historia de Falange española*, Barcelona, Crítica.

ESPADALER, A. M. (2005): *Història de la literatura catalana*, Barcelona, Barcanova.

FANÉS, F. (1977): *La vaga de tramvies del 1951: Una crònica de Barcelona*, Barcelona, Laia.

FERRARY, A. (1994): “Las ensoñaciones de un discurso nacionalista. La intelligentsia franquista a examen”, *Studia Historica – Historia Contemporánea*, vol. XII, p. 157 – 172, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca.

FERRER I GIRONÈS, F. (1985): *La persecució política de la llengua catalana: Història de les mesures preses contra el seu ús des de la nova planta fins avui*, Barcelona, Edicions 62.

FORCADELL ÁLVAREZ, C., SALOMÓN CHÉLIZ, M. P., SAZ, I., (eds.) (2009): *Discursos de españa en el siglo XX*, València, Universitat de València.

GABANCHO, P. (2005): *La postguerra cultural a Barcelona (1939 – 1959)*, Barcelona, Meteora.

GALLEGO, F. (2013): *El evangelio fascista: la formación de la cultura política del franquismo (1930 – 1950)*, Barcelona, Crítica.

GALLOFRÉ, M. J., (1991): *L'edició catalana i la censura franquista: 1939-1951*, Barcelona, Abadia de Montserrat.

GONZÁLEZ SUBÍAS, J.L. (2000): “Aspectos noventayochistas en la obra poética de Joan Maragall (una peculiar manera de entender España), en SEVILLA ARROYO, F., Y ALVAR, C. (eds.) (2000): *Actas del XIII congreso de la asociación internacional de hispanistas: Madrid, 6-11 de julio de 1998*, Madrid, Castalia.

GRACIA, J., (1996): *Estado y cultura. El despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo: 1940-1962*, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail.

GRACIA, J., Y RÓDENAS, D. (2008): *El ensayo español: Siglo XX*, Barcelona, Crítica.

GUANSÉ, D. (1960): *Joan maragall: Maragall en la vida nacional catalana*, Santiago de Xile, Universitaria.

HEINE, H. (1983): *La oposición política al franquismo: De 1939 a 1952*, Barcelona, Crítica.

JORDANA CASANELLA, J., (1966): *Maragall ante las crisis de España*, Tesis de licenciatura, Barcelona, Universidad de Barcelona.

JULIÁ DÍAZ, S. (2004): *Historias de las dos Españas*, Madrid, Santillana.

LAÍN ENTRALGO, P. (1949): *España como problema*, Madrid, Seminario de Problemas Hispanoamericanos.

LAÍN ENTRALGO, P. (1997): *La Generación del 98*, Madrid, Espasa-Calpe.

LAÍN ENTRALGO, P. (2010): *Reconciliar España*, Madrid, Triacastela.

MAINER, J. (1994): *De postguerra: 1951-1990*, Barcelona, Crítica.

MAINER, J. (2008): *La corona hecha trizas :1930-1960 : Una literatura en crisis*. Barcelona: Crítica.

MAINER, J. (2013): *Falange y literatura: Antología*, Barcelona, RBA.

MANENT, M., ESCLASANS, A., Y OTROS (1960): *Maragall: 1860 – 1911*, colección Criterion, nº 4, Barcelona, Editorial Franciscana.

MARAGALL, J., (1960): *Obres completes*, 2 vols., Barcelona, Selecta.

MARÍN I CORBERA, M. (2000): *Catalanisme, clientelisme i franquisme: Josep Maria de Porcioles*, Barcelona, Societat Catalana d'Estudis Històrics.

MARÍN I CORBERA, M. (2006): *Història del franquisme a Catalunya*, Lleida, Pagès.

MARSAL, J. F. (1979): *Pensar bajo el franquismo: Intelectuales y política en la generación de los años cincuenta*, Barcelona, Península.

MARTÍNEZ RUS, A. (2012): “La represión cultural: libros destruidos, bibliotecas depuradas y lecturas vigiladas” en ARÓSTEGUI, J. (coord.): *Franco: la represión como sistema*, 365 – 415, Barcelona, Flor del Viento ediciones.

MILLET MARISTANY, J. M. (1963): *Joan Maragall: Conferències en commemoració del centenari de la seva naixença (1860) i del cinquantenari de la seva mort (1911)*, Barcelona, Selecta.

MOLINERO, C. Y YSÀS, P. (2003): *El Règim franquista: feixisme, modernització i consens*, Vic, Eumo.

PARRA CELAYA, M. (1978): *La falange y la generación del 98*, Barcelona, Círculo Cultural Hispánico.

PAYNE, STANLEY G. (1985): *Falange: Historia del fascismo español*, Madrid, Sarpe.

PENELLA, M. (2006): *La falange teórica*, Barcelona, Planeta.

PLA, J. (1956): *Homenots: sisena sèrie. Alfred Sisquella, Pompeu Fabra, Joan Maragall, Miró i Folguera, Gaudí*, Barcelona, Selecta.

PLA, J. (1984): *Joan Maragall: Un assaig*, Barcelona, Destino.

RAMÍREZ GIMÉNEZ, M. (1978): *Las fuentes ideológicas de un régimen. (España 1939 – 1945)*, Zaragoza, Libros Pórtico.

RICHARDS, M. (2010): “Flange, autarquia i crisi. La vaga general del 1951 a Barcelona”, *Segle XX, Revista catalana d’Història*, nº 3, p. 95 – 124.

RIDRUEJO, D., (1976): *Casi unas memorias: Con fuego y con raíces*, Barcelona, Planeta.

SANTACANA I TORRES, C. (2000): *El franquisme i els catalans: Els informes del consejo nacional del movimiento: 1962-1971*, Catarroja, Afers.

SAZ, I. (2003): *España contra España: Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons.

SAZ, I., Y ARCHILÉS I CARDONA, F. (eds.) (2012): *La nación de los españoles: Discursos y prácticas del nacionalismo español en la época contemporánea.*, Valencia, Universitat de València.

SEGURA, A., MAYAYO I ARTAL, A., ABELLÓ I GÜELL, T., (eds.) (2012): *La dictadura franquista: La institucionalització d'un règim*, Barcelona, Universitat de Barcelona.

SERRAHIMA, M., (1994): *Joan Maragall*, Barcelona, Edicions 62.

SOBREQUÉS I CALLICÓ, J. (2011): *Història de Barcelona*, Barcelona, Random House Mondadori.

SOLÉ I SABATÉ, J. M. (2005, 2006): *El franquisme a Catalunya: 1939-1977*, Barcelona, Edicions 62.

SOLÉ I SABATÉ, J. M., Y VILLARROYA I FONT, J. (1994): *Cronologia de la repressió de la llengua i la cultura catalanes: 1936-1975*, Barcelona, Curial.

SOTELO VÁZQUEZ, A. (2012): “Joan Maragall y la invención de la literatura española del siglo XX”, *Revista de Occidente*, nº 370, p. 51 – 69.

THOMÀS, J. M. (1992): *Falange, guerra civil, franquisme: F.E.T. y de las J.O.N.S. de barcelona en els primers anys del règim franquista*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat.

THOMÀS, J. M. (2001): *La falange de franco: Fascismo y fascistización en el régimen franquista, 1937-1945*, Barcelona, Plaza Janés.

THOMÀS, J. M. (2008): *Feixistes! Viatge a l'interior del falangisme català*, Barcelona, L'Esfera dels Llibres.

TORRENTS, R. (2011): *Joan maragall, intel·lectual en "el segle dels intel·lectuals"*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, Secció de Filosofia i Ciències Socials.

VILANOVA, M. (1965): *España en Maragall*, Tesis doctoral, Valencia, Facultad de Filosofía y Letras.